

Enrique Ballesteros

ANCESTRA



Un grupo de amigos en una lluviosa noche de viernes, un caserón perdido en los montes de Málaga, un anciano atormentado por sus fantasmas y un enigma del pasado, oculto durante décadas, por descubrir.

En este escenario, propio de novela de terror, el paso del tiempo, la muerte, el desamor, la nada o el olvido son algunos de los monstruos que van aterrando a Néstor Pérez hasta el punto de confundirse el pasado con el presente, lo real con lo imaginario, la cordura con la locura.

Enmarcada en las diferencias entre los anarquismos en la guerra civil, *Ancestra* es una inquietante e intensa historia que atrapa al lector y lo pone ante el abismo y el drama vital de la lucha por el recuerdo, ese último reducto de inmortalidad que nos es permitido.

ANCESTRA

Enrique Ballesteros Fernández



éride ediciones

Enrique Ballesteros Fernández

ANCESTRA

Ilustraciones: María Dolores Olea Guerrero

Ancestra es una novela de ficción o una ficción novelada, por tanto, aquellos lugares, personajes y situaciones que se recrean, aun inspirados a veces en el mundo real, son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es solo una convergencia entre ambos mundos, el real y el ficticio, un guiño, una coincidencia...

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Capítulo primero

Las luces se habían apagado, al igual que la vida de aquella entrañable anciana que había iluminado esa coqueta y diminuta casa. Néstor había pasado gran parte de su infancia escuchando, perplejo, relatos de un mundo que aún palpitaba en los cuadros, jarrones, alfombras, ahora tan oscuros. La alegría de ese patio rebosante de vida, los juegos, las canciones, regresaban cuando recorría a oscuras y entre sombras la casa vacía de su tía abuela.

La vieja Estrella había fallecido y con ella había arrastrado todo eso.

Él parecía buscar una tregua, un último adiós a esa vida. No había herederos claros y nadie sabía muy bien qué iba a ser de todos esos objetos. Las sombras, salpicadas de las luces de los faros, asomaban por la vieja persiana de rejilla

y no hacían presagiar nada bueno. Pero entonces a Néstor no le preocupaba nada de eso. No sabía bien por qué aquella fría noche había acudido a la casa ya sin vida.

Entonces, un sudor frío comenzó a recorrerle el pecho a medida que sus ojos se iban parando en todos y cada uno de los objetos que componían la habitación. Un estrépito de la tierra empezó a hacer vibrar suelo y paredes. Todo aquello que pertenecía a su tía abuela poco a poco iba cayendo, haciéndose añicos y deslizándose hacia una grieta abierta en las entrañas del piso que se hacía cada vez más grande por la violencia del seísmo. Néstor gritó, se aferró, pero no pudo evitarlo. Él fue lo último de ese salón en ser engullido por el agujero, herida abierta en la casa.

Un grito de pánico sacudió el silencio de una noche en la que Néstor, bañado en sudor y en angustia, había tenido una de sus más horribles pesadillas.

Apenas tuvo tiempo para reflexionar sobre aquel extraño sueño. Hacía tiempo que ya había muerto su tía abuela y no sabía bien a qué venía eso.

El día empujaba con rebosante fuerza y los cláxones parecían componer el último éxito discotequero. Las prisas, los atascos, algo a lo que, en Málaga, no había más remedio que acostumbrarse. «Vaya, esta gente de Turural no para de apretar con la nueva pagina web». Néstor Pérez llegaba con el tiempo justo, una vez mas, a su puesto en la modesta

empresa de diseño gráfico y el trabajo acumulado le daba también los buenos días.

El teléfono echaba humo y aún no había dejado atrás los acelerones de la carretera.

«No me toques los *htmls*», refunfuñaba para sus adentros por las prisas de aquel cliente tan exigente. Un día más, una mañana más, en una vida más como la de tanta gente en aquella y en otras ciudades.

—Te digo que no me apetece pasar la cena de Navidad en una venta perdida de la mano de Dios—le replicó a Julio, compañero de trabajo, con quien planificaba el ritual de todos los inviernos.

—Recuerda, años anteriores hemos terminado dando vueltas por el centro sin encontrar un solo restaurante que estuviera guapo —le recordó.

—Si hubiéramos reservado con tiempo... ¡Es que siempre nos pilla el toro! —continuaba en sus trece el sufrido diseñador que, en aquella tarde, sólo diseñó su propio cabreo.

—Venga, se lo decimos a Manolo y a Luis, y ya verás como se apuntan. Además, esas ventas tienen, no sé, un sabor especial.

—Ya, como Sevilla. ¡Yo me voy a Puerto Marina... aunque sea solo!

En ese momento volvió a sonar el teléfono y el cliente que quería que le cambiaran el formato de *flash* a *html* de su web devolvió el protagonismo a los ordenadores aparcando la conflictiva cena del día siguiente.

Dijo Neruda: «el *amor es una batalla de relámpagos*». Pues bien, aquella noche debió de ser una de las más amorosas y románticas de la historia. La lluvia vapuleaba a todo aquel que se atreviera a salir a la calle, la tormenta hacía iluminar en estruendos la calle oscura por la avería eléctrica, la naturaleza había dotado a aquella noche de su propia electricidad.

Néstor seguía maldiciendo el momento en el que aceptó el plan para aquel sábado noche.

—Sábado *sabadete*, me cago en la leche.

—Vamos, deja de quejarte por todo y sube al coche, que de poco te sirve el paraguas —le avisó Julio al volante.

Manolo y Luis, los otros dos intrépidos, iban en otro coche, en su ajetreo de ligues y citas, ajenos al barullo que se traía el urbanita.

—Tenemos que ponernos al día, esto ya no es lo que era —reflexionó Luis.

—Chimenea, una buena mesa y un buen plato de los montes. Es lo que nos espera —era el presagio de Manolo.

Néstor había decidido, ya que estaba montado en aquel vehículo, desconectar, en cierto modo, descansar, disfrutar. Apenas participó de la apoteosis del recuerdo que traía en éxtasis a Julio sobre aquellos lejanos días de colegio.

Sentía que la ciudad se iba quedando atrás a medida que avanzaba el cuentakilómetros. Con ella, todo su universo, ese frágil universo, ahora que sus luces eran difusas llamaradas, a lo lejos, en lo oscuro.

La niebla apenas dejaba ver lo que iba apareciendo en la carretera y la lentitud y el silencio se apoderaron de aquel coche que, en esa noche, se había «vestido» para la fiesta.

El camino era inhóspito. Recordó una anécdota que le había contado de pequeño su tía abuela Estrella. Le sorprendió entonces lo que aquella dulce anciana le explicaba como si hubiese ocurrido ayer. Una historia sacada de la cotidianeidad de aquellos días de principios del siglo XX, nada especial, pero impactante a la luz de los neones de nuestro progreso.

Aquel camino duro, seco, sólo suavizado por la reciente aparición del asfalto, fue en aquellos días el habitual trasiego de aquéllos que, desde los pueblos cercanos, iban a trabajar a la ciudad. Su único vehículo: un pollino. A veces era peor y aquellos héroes se veían obligados a recorrer decenas de kilómetros a pie tras una agotadora jornada de trabajo.

—Hijo, ¿ves este camino? Largo, ¿verdad? Y difícil. Vamos en coche y parece que no llegamos —dijo Estrella en uno de esos días de invierno en que la familia de Néstor iba a comer a ese camino de ventas.

—Sí, muy largo, tía, muy largo.

—Pues una vez iba yo con mi abuela, hace muchísimos años, de la mano. íbamos al pueblo de mi familia y no te lo podrás creer, pero íbamos andando. Entonces vimos a lo lejos la silueta de un obrero que hacía el mismo camino que nosotros. Iba en un burro.

—¡Un burro! —exclamó un niño que imaginaba a aquel simpático animal con la perplejidad de quien imagina a un dinosaurio.

—El hombre parecía cansado, su rostro agrietado, entonces el trabajo era duro, muy duro, Néstor. Mi abuela le dijo que si me podía montar en el burro, que yo era muy pequeña, que estaba hecha polvo y el camino que quedaba era largo.

—¿Y te montó en el burro, tía?

—Sí, yo era tan pequeña... y la sensación de verme subida a aquel apacible ser me dio miedo al principio, pero después fui sintiéndome cada vez más segura hasta que llegamos al pueblo.

Néstor miraba la furia de las gotas de lluvia golpeando el cristal, sacudiendo con estrépito las copas de los pinos, y apenas podía ver aquel camino que, 80 años antes, fue el mismo que vio su tía abuela y la abuela de su tía abuela; y se sintió cercano, cómplice, al recordar aquello, a su recién fallecida tía abuela, a la abuela de su tía abuela y, aunque en aquel momento aún no lo pensase, aunque sólo lo sintiese, a sus antepasados todos.

Un trueno rompió el letargo. Era el momento de bajar del coche, ya que habían llegado al lugar. Los paraguas se volvieron absolutamente inútiles, tanto es así que Néstor decidió dejarlo en el coche. Todos fueron hacia la puerta, como si no pasara nada, continuaban hablando de todo aquello que había llenado la atmósfera de aquellos vehículos: el día a día, los problemas cotidianos, los conflictos, los planes de futuro...

—Vamos, hombre, deja el cotilleo y llama —dijo Luis, señalando un vetusto picaporte de hierro cuya pintura era ya casi inexistente.

—Ah, pero cómo es que en una venta no tienen la puerta abierta —replicó intrigado Néstor ante la estampa.

—Venga, que esto no es el *Ritz* —esta vez Luis vapuleó el viejo objeto.

Una puerta enorme hacía parecer insignificantes a los cuatro amigos. De madera, como ya no se veía por el mundo, carcomida por la humedad y el uso, con las típicas semiesferas salientes, con la cerradura descomunal. Parecía aquella entrada ser el preámbulo de un mundo de gigantes. Además, estaba en su parte superior obstruida por un entramado de ramas de higuera secas que le daban aún más aspecto de abandono.

Una mujer abrió con aires de incredulidad y miró a los cuatro valientes. Su rostro arrugado, como aquellas pasas que tantas veces había recogido, hacía a aquella mujer más mayor de lo que en realidad era.

—Pasen, pasen. ¿Qué? ¿Tomamos un vinito?

—Vamos, claro. Calentémonos... con lo que está cayendo fuera —dijo ansioso Julio.

—¿Qué? ¿Les busco una habitación para comer?

—Sí, claro. Pero antes queremos estar aquí en la barra disfrutando del vino.

Pronto olvidaron la incomodidad de la lluvia, del viento, del frío, y se dejaron llevar por la calidez del vino, del ambiente y de las conversaciones que iban saltando a la palestra con entusiasmo.

Pero Néstor no era aquella noche el mismo. Ya apenas

añoraba aquella noche de marcha y desenfreno que había dejado escapar por la ocurrencia rural de sus amigos. Su ánimo de urbanita lo llevó a observar los detalles de aquella venta con curiosidad y asombro.

La venta era, en realidad, un viejo caserón que debía tener siglos. Lagar, dedicado en exclusividad al cultivo de la vid, fue adoptando otras funcionalidades a raíz de la crisis de la filoxera¹ de 1878. No era, por lo tanto, una recreación al abrigo del marketing y del estudio de las nuevas tendencias como tantas veces se había visto. No, en realidad, lo que más impactaba era precisamente que todo aquello era real.

Como era de esperar, el material que lo invadía todo era la piedra, con bloques escasamente labrados, aparejándose con enripiados² para asentar mejor los mampuestos³; las grandes baldosas del suelo, claro está, de piedra, de un color marrón cenizo, agrietadas pero sorprendentemente poco quebradas para su historial de trasiego; las paredes de cal abombadas por la humedad, con los desconchones como esquirlas de un territorio herido; las hercúleas vigas de madera morisca que apuntalaban un techo antiquísimo

1 Crisis de la filoxera: plaga provocada por el insecto phyloxera vastratis, que, en 1.878, comenzando en los Montes de Málaga, arrasó los viñedos de la provincia.

2 Enripiados: compendio de cascajos o fragmentos de ladrillos, piedras y otros materiales de obra de albañilería desechados o quebrados, que se utiliza para rellenar huecos de paredes o pisos.

3 Mampuesto: piedra sin labrar que se puede colocar en obra con la mano.

pero seguro, tan seguro que podía caerse esa casa, pero aquellas vigas seguirían ahí sosteniendo al vacío; nidos de golondrinas, auténticas equilibristas, creyendo en aquel techo como su cielo más impenetrable; las puertas de las habitaciones que, aún cerradas a cal y canto, dejaban entrever luces por sus rendijas en un pulso que había ganado la humedad contra las cerraduras; la barra decorada con una publicidad que, aniquilada por el paso del tiempo, había perdido todo su significado, con fotografías de anteriores huéspedes; una electricidad débil, moribunda, como si augurase una pronta oscuridad.

Y Néstor miraba todo eso, absorto, sin entrar apenas en el runruneo y en las risas del resto del grupo. Se preguntaba cómo aquello podía haber permanecido tal cual, igual desde hace décadas, igual desde hace siglos, inmóvil, desafiando al paso del tiempo que todo lo puede. Sobre todo se preguntaba qué hacía él, una tormentosa noche de diciembre, en aquel extraño lugar, divagando sobre su encuentro con una época que no era la suya.

—Bueno, vamos a comer ya —exclamó Néstor rompiendo la tertulia.

—Vamos a esperar, chaval, que nos están preparando el cuarto.

—¿Cómo que el cuarto?

—Sí, en este tipo de ventas se habilitan cuartos para cada grupo de clientes. Como mucho, dos grupos por cuarto. Ten en cuenta que se conserva la estructura original de la casa —explicó Luis haciendo alarde de sus conocimientos rurales.

—Pues por la gente que veo aquí, supongo que «el cuarto», como dices, será para nosotros solos.

—Ay, chico, disfruta del buen vino. ¿Ya no te acuerdas de la rasca que hace ahí afuera?

—Pues sí, la verdad es que estamos entrando en calor.

—Piensa que, tras comer, saldremos por aquí para seguir entrando en calor —dejó caer Julio en un ambiente que ya comenzaba a ser el propio de un sábado noche.

Todos entraron en un gran júbilo.

De repente, una de las plomizas puertas que tenía la entrada de la venta aulló un chirrido agonizante. La diminuta mujer que les había atendido era la misma que estaba preparando la habitación en la que cenarían y era la misma que prepararía y serviría después dicha comida.

—Pueden seguirme.

Los muchachos atravesaron el resquicio de una puerta que apenas podía mantenerse abierta. Llegaron a un patio.

Volvieron a sentir la lluvia. En éste, de planta rectangular por las distintas remodelaciones que tuvo en el tiempo, se erguía una fuente rodeada de albercas⁴ de forma cuadrada que, en el pasado, debieron servir para que bebieran las bestias.

—Joder, esta tía no se inmuta —susurró Néstor al resto del grupo.

El patio estaba flanqueado por dependencias a sus cuatro lados. Aún se dejaba ver la estructura típica de los lagares de la zona, con las modificaciones resultadas de los envites de la Historia: la nave de la prensa de viga⁵, el molino de tres rulos con tracción animal, la gañanía⁶, el tinajo⁷ con seis tinajas semienterradas, las bodegas, las cuadras... Todo eso seguía ahí, a pesar de haberseles otorgado usos distintos a los que se pensó en su tiempo.

4 Alberca: depósito artificial de agua con muros de fábrica.

5 Prensa de Viga: prensa para la elaboración del aceite de oliva utilizada entre los siglos XVII y el XIX. Se trata de un mecanismo de madera, basado en el principio de la palanca. La presión es ejercida de forma progresiva y lenta, gracias a un peso o quintal de piedra, suspendido en la cola de la viga que se elevaba con ayuda de un husillo de madera hecho girar por unos husilleros.

6 Gañanía: dependencia cuya finalidad es recoger a los mozos de labranza.

7 Tinajo: estructura arquitectónica a modo de zaguán en la cual convergen los accesos a la propia vivienda, así como a las cuadras y otras dependencias, teniendo un uso semi-privado, como lugar de reunión y descanso.

Impertérrita, la veterana señora abrió otra plúmbea puerta bajo el manto de una lluvia convertida ya en suave chirimirí. Se trataba de una vieja cuadra. La habitación, por lo tanto, era enorme, pues en ella, durante siglos, habían sido las bestias y no los hombres quienes la habían aprovechado.

Lo que más llamaba la atención era una chimenea en la cual, si hubieran querido, habrían podido poner la mesa; y los objetos que aún recordaban lo que aquellas paredes habían sido. Aún permanecían, arrinconados, como esperando el momento de desaparecer, juegos casi completos para la montura del bestiarío, con la barriguera⁸ para la sujeción inferior o el ataharre⁹ para la sujeción trasera de la cabalgadura, algún que otro albardón¹⁰, almohadillado de lona con paja de centeno.

Estaba todo allí, hipnotizado por el frío y la oscuridad, a la espera del último empujón del olvido.

8 Barriguera: correa que se pone en la barriga a las caballerías de tiro.

9 Ataharre: banda de cuero, cáñamo o esparto que, sujeta por sus puntas o cabos a los bordes laterales y posteriores de la silla, albarda o albardón, rodea los ijares y las ancas de la caballería y sirve para impedir que la montura o el aparejo se corran hacia adelante.

10 Albardón: especie de silla jineta, con perilla saliente y arzón trasero alto y volteado, que usan principalmente los derribadores, vaqueros y campesinos andaluces.

—Madre mía, qué frío, qué frío. Lo que comamos va a estar congelado.

—Vamos, vamos, que aquí en los días claros estamos bajo cero.

—¡Qué consuelo!

—Toda la rasca viene de la puerta que da al patio.

—Pues vamos a cerrarla.

—No, no la cierres, ya que cuando empiece a arder la leña nos vamos a asfixiar con el humo.

—Y salimos en la crónica de sucesos.

—Qué fuerte, los que estáis al fondo de la chimenea tenéis todo el calorcito.

—Bueno, pues ponemos la mesa en diagonal. Meeesa va.

—Esto no funciona

—Vamos a poner la mesa en su sitio.

—Sí, al final vamos a acabar en la chimenea.

—¿Y si nos turnamos?

—Sí, primer plato en la chimenea, segundo junto a la corriente gélida, y postre mitad y mitad.

Una ventana minúscula con rejas forjadas en hierro mostraba la lluvia con toda su rabia. Además, el techo a dos aguas, con las tejas curvas sobre faldones inclinados, hacía que el agua cayese con más violencia.

Los cuatro amigos prosiguieron su festiva cena en tan particular ambiente cuando la mujer hizo acto de presencia para tomarles nota. Aquel bestiario había impregnado también la carta.

Jabalí, cerdo, lomo en manteca, plato de los montes... Todo un inventario de iconos de la gastronomía rural malagueña que, en aquel lugar, cobraba aún más sentido. Era como si el acto de comer fuera una prolongación de la cotidianeidad de aquel sitio. El jabalí era santo y seña de aquella zona de los montes y más de una vez hasta había causado problemas debido a su elevado número. Existía la sensación de que aquel jabalí que iba en el plato era el mismo que, horas antes, se había cruzado con los vehículos de los muchachos en aquella centenaria carretera de los montes. Se sentía, por lo tanto, que todo estaba en armonía; una armonía como la de hace siglos; una armonía que, en aquel lugar, no se había perdido.

Pero esa armonía fue expulsada con estrépito de aquella cautivadora escena. Cuando apenas habían terminado de

cenar, aquella frágil electricidad rompió su delgado hilo de existencia y dejó la cuadra en una oscuridad sólo difuminada por el llameante fuego de la leña.

—Bueno, ponemos música y ya tenemos la discoteca. ¡Ah, no! Que aún no ha llegado el radiocasete a esta venta — ironizó Néstor, que decidió tomárselo todo a broma.

Una ráfaga de viento abrió de par en par la puerta que daba al patio y lo inundó todo de agua de lluvia. La tormenta que antes remitía había vuelto con más fuerza.

—Vamos a cerrar esto o tendremos que salir de aquí en kayak —dijo Julio mientras intentaba dominar el inasequible portón.

—¡Siglos!

—¡Aaaaah!

Una lúgubre voz salió del vacío acompañada por un escuálido brazo que interrumpió el cierre de la puerta.

—Así no, chaval. Así no.

Un hombre enjuto había hecho acto de presencia. Bien entrado en años; el ceño fruncido; la mirada serena pero desconcertante; una larga melena blanca, rizada y crespa; unas barbas con textura de estropajo que eran en realidad bigotes, al más puro estilo de los viejos marinos del XIX; un

ropaje inusual y antiguo para los tiempos, pero que encajaba muy bien con los aires de todo aquello y sobre todo con quien los vestía.

—Mi nombre es Ambrosio Buendía. Soy el dueño de esta venta.

En la otra mano tenía un candelabro que le daba un aire aún más siniestro o quizás más cómico pero que, sin duda, era la única manera de que, en ese instante, se vieran las caras.

—No saben cerrar una puerta. ¿No ven que estaba estancada con el cestillo de abajo en la ranura de esta baldosa? Por Dios, hay que levantarla un poco o subirle el cestillo¹¹.

Los chicos estaban perplejos. El viejo, candelabro en mano, se dio una vuelta por la habitación para ver si todo estaba en orden.

—Oiga, no es por nada, pero, ¿cuánto tiempo vamos a estar así?

—Tiempo, ja, ja, ja, ja. ¿Ha dicho tiempo? —don Ambrosio se acercó lo más que pudo a Manolo afinando la mirada como el que ajusta el obturador del microscopio para observar una bacteria o un ente extraño.

11 Cestillo: estructura de sujeción de una puerta con el fin de mantenerla semiabierta.

—¿Qué es el tiempo? O mejor aún, ¿qué quieren de él? Se supone que vienen huyendo de la fugacidad, del caos, del vértigo de un tiempo que se consume a sí mismo. Ay, esto del turismo rural iba a ser la panacea. La gente busca un reencuentro con lo auténtico, se decía, y no es así. No, no, no, no. ¡Siglos!

Los muchachos se miraban a sí mismos con la poca luz que desprendía aquel endeble candelabro agitado por un anciano que había entrado en un éxtasis filosófico.

—Lo que buscan es diseño, teatro. ¡Una farsa! Quieren mirar alrededor y decir: «Oh, ¡qué rural!». Pero, luego quieren seguir teniendo todas las comodidades de lo que llaman vida moderna, de lo que yo llamo vida de muñecas de porcelana. En cuanto la vida que envuelve cada lugar se despierta para poner las cosas en su orden, quieren llamar a sus mamás. Por cierto, al que me preguntaba lo del tiempo. Aquí el tiempo existe demasiado o no existe. ¿Es que acaso no saben cómo se llama esta venta?

—No —fueron diciendo todos al unísono.

—Ésta es la venta «*La nada*».

Capítulo segundo

El viejo se fue, tal y como había llegado, dispuesto a proseguir su infatigable inspección al caserón. Todos se quedaron con un extraño sabor de boca.

—¿Cómo están, muchachos? —entró atenta la mujer que los atendió.

—Oscuros, pero bien —respondió Néstor.

—Es mi padre. Fue quien compró esta casa y quien tuvo la idea de que fuese la venta «*La nada*». Discúlpelo, es algo cascarrabias, pero la cuida con tanto esmero...

—Oiga, ¿cuándo suele volver la luz?

—No lo sé. Tengan en cuenta que la electricidad aquí llegó hace un mes.

La delgada mujer portaba un candelabro de igual porte al de su anciano padre, y su frágil llamarada resaltaba aún más los laberínticos pliegues de su rostro.

—Bueno, pues yo creo que lo mejor será que nos vayamos —aseveró Manolo haciendo ademán de recogida.

—Hombre, si falta lo mejor: el vinito al brasero, el cachondeo... —le respondió Julio.

—Además, ¿no creéis que esto es...? no sé, ¿más auténtico? —Néstor sorprendió a todos mientras observaba la silueta del viejo que recorría el patio bajo una manta de agua, inasequible al desaliento.

—Ja, ja, ja, ja. Ahora dices eso. Menos mal que no querías venir, urbanita —todos prosiguieron en risas por el cambio de actitud de Néstor.

—Chicos, no es por nada, pero yo no saldría con esta tormenta —la mujer rompió el ambiente jocoso.

En este momento se eclipsó la tenue luz del candelabro por la explosión lumínica de un relámpago que hizo vibrar la venta. Hizo vibrar aquel techo, víctima de tormentas durante siglos, pero que, observándolo, parecía quebrarse de un momento a otro ante tal impacto. Las puertas, las ventanas, las paredes y toda la venta «*La nada*» se retorció en crujidos, pareciendo ceder ante ese estallido de fuerza

que le había deparado, como tantas otras veces, la madre naturaleza.

Néstor parecía encontrar en cambio sosiego ante ese drama. Era como si el propio edificio transmitiese la sensación de que, por mucho que rugiese el cielo, no iba a ocurrir nada bajo su techo; de que se podía estar seguro entre esas paredes de apariencia tan débil.

—A mí esto me da la sensación de que va a venirse abajo de un momento a otro —Luis era de aquéllos que percibía justo la sensación contraria.

—Oiga, espere, no se vaya —Néstor se dirigió a la pequeña mujer cuando ésta ya se iba.

—Dígame.

—¿Qué le parece si usted nos enseña un poco la casa? No sé, para no aburrirnos.

Los demás miraron atónitos a alguien que en toda su vida había mostrado el más mínimo interés por aquellos lugares que no tuvieran la marca del asfalto.

—A este chaval el jabalí no le ha sentado bien. Era «Cavallí» más bien, le han echado algo —ironizó Manolo.

—¿Me acompañan?

Sólo Néstor comenzó a andar cuando aquella diminuta mujer desafió a la lluvia y salió al patio para iniciar el recorrido. Una estrecha y quebradiza escalera de caracol era la que separaba la planta baja, habilitada para los clientes, de la alta, las dependencias de la familia. Tan sólo una barandilla metálica carcomida por la humedad y el óxido libraban a Néstor y a la guía de aquel peculiar museo de caer al vacío. Entraron en un pasillo. Apenas se veía, pero a lo poco que alcanzaba la vista era a resaltar objetos antiquísimos como platos, cuadros y cristalería, rodeados de fotografías, también de remotos tiempos. Era como si en ese lugar hubiesen quedado atrapados los recuerdos de gentes que vivieron allí o simplemente pasaron por allí.

Néstor nunca había dedicado atención a las fotografías antiguas. En los álbumes familiares eran apenas una primera pagina que siempre se pasaba con ansia para recordar momentos que sí se habían vivido. Tan sólo en casa de su tía abuela recordó haber pasado alguna tarde observando ese tipo de imágenes mientras la anciana le contaba su azarosa vida a modo de cuento infantil.

Eran instantáneas de la nebulosa, salidas de una niebla que parecía envolverlo todo. Un niño con los ropajes raídos mira apático a la cámara mientras sostiene a una cabra, el gris de su rostro se confunde con el resto del paisaje, lo absorbe; un pastor entre el rebaño que mira al objetivo como quien es sorprendido por un ente extraño, casi

demoníaco a tenor de la expresión de unos ojos tristes y rotos; una señora vestida de negro rodeada de sus cinco pequeños y envuelta en las sombras de la miseria, su mirada severa sostiene con fuerza toda la escena que se desenvuelve con el único escenario de un viejo patio de losas quebradizas y puertas de madera tan agrietadas como la propia imagen por el paso de los años.

Tristeza, melancolía, dolor... Néstor estaba pálido por contemplar todo aquello y miraba a la mujer que no decía nada, se limitaba a alumbrar.

—¿Cuántos años tendrán estas fotos?

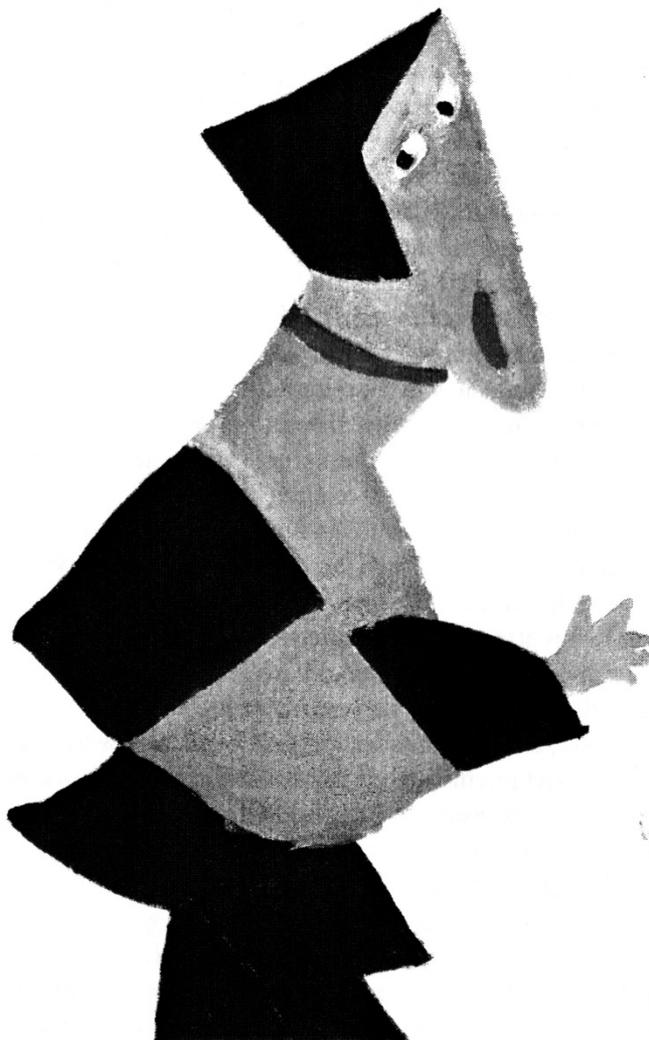
—Muchos.

—¿Creé que quedará alguien con vida?

—Observe.

Le enseñó una foto de familia. Eran nueve adultos y seis niños. De fondo, una mole de ladrillos, apilados con tejas mirando hacia abajo, que intentaba ser un edificio. Las distintas generaciones estaban colocadas con un impecable orden. La imagen transmitía una rotunda pobreza por sus ropajes, peinados, pero también una contundente dignidad. Los más jóvenes y altos al fondo, tanto hombres como mujeres, en el centro el matrimonio anciano en un claro homenaje y muestra de reverencia. Ella sostiene al más

pequeño y abajo del todo, los niños más mayores en un juego que apenas había cesado segundos antes de la toma. Había ancianos, gente de mediana edad y niños, por lo tanto, pero todos eran ancianos porque tenían los años en la mirada.



—¿Ve usted a la anciana?

—Madre mía, qué tristeza, sólo al mirarla ya nos llega el sufrimiento.

—Evidentemente, está muerta, murió hace décadas sin que eso preocupara a mucha gente.

—Claro.

—Pero es que el bebé que sostiene... ese bebé... también ha muerto. Si viviera tendría más de 100 años.

Nunca algo tan obvio resultó tan escalofriante.

—Oiga, es increíble. Hay algo tan similar en todos esos rostros... Son gente que no tiene nada que ver unos con otros, pero todos ellos se parecen. Es como si cada época tuviera su cara. Como si lo que vivimos quedara escrito en una especie de, no sé, rostro colectivo.

—¡Siglos! —el viejo Ambrosio Buendía no pudo evitar aparecer fascinado por lo que decía Néstor.

—Anda, anda, vete —le dijo a su hija agarrando del brazo al muchacho.

—Voy a ver cómo están los otros huéspedes —dijo la pequeña mujer señalando la escalera. —¡Lo sabía!, ¡lo sabía!, desde que entré y los vi a los cuatro, supe que usted era diferente, que era capaz de ver más allá. Acompáñeme, acompáñeme.

Don Ambrosio recorrió con rapidez aquel pasillo a oscuras

con Néstor agarrado del brazo hasta que llegó a una habitación. Abrió la puerta con el mismo sigilo y parsimonia con el que aquel devoto anciano hacía todo en esa casa.

—Le gusta la fotografía, ¿verdad?

Entonces se abrió ante los ojos de Néstor un escenario casi místico, una especie de altar laico en el cual santos e imágenes habían sido sustituidos por los rostros anónimos de un santoral mucho más cercano y cotidiano.

—Esta habitación es un refugio.

—Don Ambrosio... ¿qué significa todo esto?

—Ay, hijo. La fotografía es un arma que nos ha dado Dios.

—¿Para qué? ¿Para qué? —Néstor parecía cada vez más intrigado mientras observaba de reojo las miradas de todos esos retratos antiquísimos.

—Es un arma contra la muerte.

Un silencio heló más la habitación y aquellos rostros miraban cada vez de forma más penetrante.

—Mira, me pasé años recopilando todas estas escenas. Son de mi vida, del pueblo, de mis antepasados, de gente que ha sido importante en mi vida... Ay, rectifico, de gente que, simplemente, ha sido.

—Entiendo.

—No, usted no entiende. De toda esta gente, ¿quién se acuerda? Son gente que lo dio todo. Mujeres que sacaron adelante a tantos hijos, en su cara se observa la pena. Hombres que araron tanto la tierra, una tierra seca y yerma sólo regada con sus lágrimas. ¿Y qué? ¿Y ahora, qué?

—Ya, lo que usted, don Ambrosio, quiere decir es que de ellos nadie se acuerda.

—Peor, peor, ¡siglos! Lo que quiero decir es que, en realidad, es como si nunca hubieran existido.

—Hombre, al menos, gracias a todo esto están aquí sus recuerdos.

—Esta habitación es un refugio, pero un refugio momentáneo. No podemos vencer a la muerte del todo, ella siempre gana la carrera de fondo. Mire, vivo aquí con mi hija, que vio en el turismo rural la única opción de salvar todo esto y puede que tenga razón, pero ella jamás se casó. No tuvo hijos ni los tendrá jamás.

—Tiene miedo de que todo esto desaparezca.

—¡Siglos! La descendencia no se mide en número de hijos, sino en número de nietos, ¡en número de nietos! Ay, Néstor, ¿es ése su nombre, verdad?

—Sí.

—Morir sin descendencia es morir dos veces, es morir dos veces.

—Tranquilo.

—Porque no hay peor muerte que el olvido. ¡No hay peor muerte que el olvido!

El viejo parecía haber entrado en un clímax de agonía con el que Néstor se sentía cada vez mas agobiado. El repertorio de rostros, alumbrado en la oscuridad por velas a modo de un siniestro jurado, tampoco ayudaba.

—Le voy a decir una cosa: ¿hace falta morirse? ¿Cree que si desapareciera unos días alguien se iba a acordar de usted?

Néstor no respondió, estaba aturdido, quería escapar pero en el fondo se sentía atrapado por todo eso.

Entonces, de toda aquella arcaica galería, de todo aquel interminable desfile de pasado, una fotografía llamó la atención de Néstor hasta conseguir hipnotizarlo.

Se trataba de una joven de apenas 20 años. Sus ropas eran tan poco atractivas y asfixiantes como las del resto; su peinado tan acartonado como los de la época; pero su expresión transmitía mucha más frescura, espontaneidad y viveza. No era guapa, su rostro demasiado largo, sus ojos

demasiado estrechos, pero tenía un brillo de alegría realmente diferente dentro de aquel panorama de seres desolados.

Sin embargo, lo que más le llamaba la atención no era nada de eso, sino la sensación de que esa persona le era familiar; que la había visto en otro lugar, en otra época.

—¿Quién es?

El anciano, que parecía haberse tranquilizado, volvió a palidecer cuando Néstor le señaló a la mujer.

—¡Siglos! ¿Cree que me puedo acordar de las identidades de todas estas criaturas? Es imposible, lo realmente importante es dejar constancia de que existió, fuere quien fuere.

—Tranquilo, ese rostro me quiso parecer familiar.

Don Ambrosio, agitado, llevó a Néstor a otra parte de la habitación.

—Éste es el espacio donde rindo merecido homenaje a mis antepasados.

Se trataba de un estante en el que se colocaban, con un orden minucioso, los antepasados de los Buendía de

generación en generación, del más reciente al más antiguo.

—Felipe II tenía una sala igual en El Escorial. Ese hombre tenía un imperio en el que no se ponía el sol; sin embargo, cada vez que caía la noche, se plegaba como cualquier insignificante mortal ante la mirada de sus ancestros, ante el peso de su linaje. Mire, mi único imperio está aquí y es lo que ve. ¡El imperio de la existencia!

Aquella galería era si cabe más triste. Todos esos personajes daban la impresión de que, en el momento de hacerse la fotografía, ya anticipaban el nefasto destino que auguraba el viejo. Néstor volvió a mirar la picara sonrisa de la joven mientras escuchaba a don Ambrosio hablar de su abuelo, de su bisabuelo y de su tatarabuelo.

—Oiga, ¿y esa fotografía tan extraña?

Néstor se fijó en una imagen de lo que parecía ser un paupérrimo trono de Semana Santa saliendo por un portón.

—¿No le suena de nada? Ese patio es por el que ha pasado para llegar a esta habitación y ese pasillo por el que va el trono es el que lleva a la cuadra. Aquí en «*La nada*», antes de ser «*La nada*», había una peculiar Semana Santa. La multitud se congregaba en torno a las cristaleras que dan al patio. No sólo la gente que vivía en el lagar, también se abrían las puertas a los más pobres y a todo el que quisiera o bien mirar o echar el hombro. Era una catarsis religiosa

colectiva.

—Es increíble. Esos hombres que llevan el trono. Sus rostros son, no sé, bestiales. Don Ambrosio, tengo la sensación de que todo esto no pertenece a otra época, pertenece a otro mundo.

—Y así es, y así es. Observe el palio raído, el manto casi inexistente, la endeblez de los varales, la humildad de la Virgen. Oh, ¡siglos! Y lo que usted dice, por Dios, los rostros. En ellos se puede palpar la tragedia, llevan el drama rebosando en la retina. Pobres, pobres.

Don Ambrosio vivía, a medida que hablaba, la catarsis colectiva a la que se refería, pero no era religiosa, sino de angustia. Una catarsis angustiosa y agónica que daba la impresión, le arrebatava la vida a cuchilladas.

Entonces el anciano y su entregado oyente fueron de golpe interrumpidos.

—Néstor, esta gente dice que se va —Julio entró en la habitación con el palpito de haber recorrido corriendo esas interminables escaleras.

—¿Cómo que se van, con la que está cayendo?

—Néstor, ha parado de llover.

—Julio, tío, tranquilo, voy a bajar a ver.

El viejo se dio la vuelta para seguir su ritual de devoción a todos esos santos anónimos.

—Disculpe, don Ambrosio.

La noche era entonces apacible y tranquila. En mitad del campo, las tempestades eran más intensas y las calmas más profundas.

Sólo la caída de alguna gota furtiva, que había desafiado a su tiempo, hacía sonar los charcos de la antiquísima solería. El concierto de la música más primitiva.

—Vamos a ver, ¿qué os pasa? —Néstor volvió a entrar en la cuadra de la que sus amigos no habían salido.

—Tío, vamos. He pillado cobertura y mi mujer está preocupada —Manolo miraba su móvil con gesto preocupado. Luis asentía.

—Yo me quedo.

Un silencio aún más brutal recorrió aquel caserón. Todos pararon. Se hizo entonces el vacío más absoluto.

—Vamos a ver, mañana es sábado, no hay que trabajar, las carreteras están anegadas por la lluvia. ¿Por qué no aprovechar esta noche para desconectar? —Néstor balbuceó pero no paraba de encontrar argumentos.

—Desconectar, joder tío, cómo se nota que no tienes familia. Quién lo pillara —Luis ya hacía gesto de irse.

—Néstor, tío, yo no sé lo que te ha dado, pero yo no te voy a dejar aquí. ¿Cómo pretendes volver mañana?

Julio, en cuyo coche había venido con el urbanita converso, se quedó con él intrigado por el trance místico en el que había entrado. Los otros dos se fueron en el otro coche. La esquelética mujer apareció para felicitar a los dos nuevos huéspedes que tenía en la venta.

—No se arrepentirán. En la venta «*La nada*» van a pasar la noche más sosegada que hayan conocido jamás. Acompañenme a las habitaciones.

Y el sosiego fue la sensación que reinó al primer roce con todo el micromundo aquel; pero al respirar, al abrir los pulmones y el espíritu, empezó a latir una atmósfera mucho más inquieta.

La desazón arañaba las paredes más que la humedad. La ansiedad cargaba las vigas del techo más que el agua de lluvia.

—Bien, Néstor, ya sólo quedamos tú y yo.

—Ja, ja, ja... ¿te refieres a quién va a ser el próximo en morir?

—Siempre suele caer la tía buena o el negro.

—Pues entonces estemos tranquilos.

—Ja, ja, ja.

Volvieron a recorrer todo el abigarrado pasillo, esta vez sin rastros del dueño de la venta, para llegar a los dormitorios. El refugio, como llamaba don Ambrosio a aquella inquietante habitación, se había apagado como si todos sus «habitantes» se dispusiesen a entrar en un dulce letargo o, quizás, a regresar a él.

«No hay peor muerte que el olvido». «¿Cree que si desapareciese unos días alguien se iba a acordar de usted?». El viejo se había marchado, pero había dejado marcadas a fuego en la mente de Néstor frases que le permitieron, en realidad, no irse nunca.

—Ésta es la suya. Y ésa de ahí, la de usted.

La hija del dueño se limitó a abrir las puertas de las habitaciones contiguas en las que pasarían la noche los muchachos.

Los dormitorios eran de una humildad espartana. La cama se erguía con la tradicional colcha de hilo y los interminables brazos de metal de la cabecera creaban formas imposibles. El aseo se limitaba al lavabo con la entonces habitual pila de

mármol con aguamaniles¹² y espejo y a la discreta escupidera bajo la cama. Pocos objetos decoraban la pared, cuando la labrada puerta de madera se cerraba, sellaba el mundo. Parece como si el ascético espíritu de la habitación tuviera como fin aislar de todo lo de fuera, como si el sueño necesitara del recogimiento para lograr su salvífica misión.

La pared, como la de toda casa antigua que se precie, de cal. La cal pareció idearse para atrapar mundos. Uno puede quedarse perplejo ante una pared de cal. Puede dejar pasar las horas y terminará viendo figuras, paisajes, quizás rostros. Son tantos los surcos que la recorren, tan abruptos sus recovecos, tan variadas sus formas, tan visibles las más antiguas, que uno pudiera pensar que está ante una amalgama de mundos. Mundos que nos hablan de lo que somos, de lo que fuimos, donde habitan todos nuestros fantasmas. Mundos atrapados por las sucesivas capas de la historia que, como la sal, van haciendo futuro acompañados siempre por las sombras del pasado.

—Bueno, Julio, que pases una buena noche.

—Lo mismo digo.

Nunca antes había sentido de esa forma el silencio. Sus oídos de ciudad acumulaban el cántico de miles de estruendos, resonaban huidizos en la memoria. Nunca antes pudo vencer a ese caos de sonidos que traía consigo marcado a

12 Aguamanil: jarro con pico para echar agua en una palangana.

fuego en la psique de sus lejanías, todas esas multitudes que rugían embravecidas con su furia de pasado y años. Todo eso se calló. Todo eso desapareció. No se escuchaba nada porque nada había que escuchar. De tanto no escuchar, le pareció que no existía.

De tanto no escuchar, le pareció haber burlado a la materia y sus chillidos. Tan sólo alguna vieja viga se atrevía a crujir, a desafiar a esa nada de la que todo se adueñaba y que todo lo invadía.

Néstor observaba todo en calma, el mundo en calma, pero él no podía participar de aquella serenidad y no sabía bien por qué. *«Por una vez que encuentro el mundo en calma»*, decía una canción de Nacho Vegas. Se desabrochó la correa, se quitó el reloj, no quería saber nada del tiempo. *«Aquí el tiempo existe demasiado o no existe»*, dijo don Ambrosio en una de sus primeras apariciones. Estuvo tentado a ir a buscar al viejo, pero no, estaría durmiendo. No sería buena idea.

Se fue a la pila y se enjuagó la cara. Más humedad a la ya reinante, pero lo necesitaba. Cerró los ojos, el suelo estaba resbaladizo por la furia con la que dejó salir el agua del marmóreo lavabo. Néstor resbaló, la vieja y confortable cama evitó que la caída fuese dramática. Entonces observó algo.

«Madre mía, me cago en la leche, la que he liado con el

agua... Pero ¿eso qué es?».

El pie de Néstor había levantado sin querer una de las baldosas que había estallado en varios pedazos. Lo más sorprendente es que, bajo ella, había aparecido lo que parecía un conjunto de manuscritos.

Recogió los trozos de la baldosa quebrada para no volver a caerse e introdujo su mano en el hueco que había quedado en el suelo para ver qué significaba todo eso.

Era una extensa carta muy deteriorada por el paso del tiempo, casi ilegible, podía llevar allí decenas de años, casi un siglo.

«Este sitio no cuestiona cicatrices. Es posible escapar, Dios mío, es posible».

Néstor no sabía qué significaba aquello, se disponía a leer, a devorar el resto del legajo cuando algo se escurrió de sus manos y se deslizó hacia el suelo, aún mojado.

Se trataba de la misma joven que tanto llamó su atención en la sala de recuerdos de don Ambrosio. Aquí su mirada transmitía aún más felicidad. La sensación de familiaridad era aún más fuerte. Néstor no podía más. Quería saber. Volvió con violencia la fotografía del revés y entonces la sensación de sudor frío fue paralizante.

«Desde Ancestra, Estrella.

25 de abril de 1932».

Capítulo tercero

«Ha hecho un día maravilloso. Hacía tanto tiempo que no me sentía así. Por Dios, qué tonta he sido, con la de veces que me lo ha pedido y yo con mis miedos.

Hoy he sentido con más fuerza aquello que él llama Utopía, en este lugar que algún día se llamará Ancestra.

No entiendo mucho de filosofía, pero me ha convencido de todo aquello en lo que cree. Sé que acabamos de llegar, que aún tenemos que hacer muchas cosas, pero para mí este lugar ya se llama Ancestra.

Al principio sentí el cosquilleo en el vientre que llevo sintiendo desde que pensé en dejarlo todo. El taller, mis padres, toda esa gente que venía en barcos, todos los que me han conocido y han vivido esta corta vida mía. Dios mío, no podía más. Ese mundo no era el mío, no era

el mío. Desde que él apareció y comenzó a hablarme de toda esa gente tan rara, de sus libros, de sus teorías. Oh, ¡qué teorías! Si yo he tenido que dejar la escuela. Son tiempos tan difíciles. Si todos hubieran entendido lo que siento, todo hubiera sido más fácil, pero no lo hicieron. Sacrificio, sacrificio, sacrificio. Nunca entendieron ni entenderán lo que siento. Nunca vi que hubiera estado el amor en sus ojos.

Pero todo eso desapareció con esos primeros rayos del sol. Nunca había estado en una diabla¹³, no nos lo podíamos permitir.

Recuerdo cómo mi abuela me llevaba de la mano hasta su pueblo, ése que ahora vamos a inundar con una nueva luz. Él cree tanto en todo eso que no le importó gastar todo el dinero que había ahorrado. Madre mía, él también quiere escapar aunque no quiera reconocerlo.

Yo estaba pasmada mirando el paisaje cuando me apretó la mano con suavidad.

Me dijo que ya estábamos llegando. Todo parecía más bello, con más color.

Llegamos a esta posada nada más bajamos del carruaje. No queremos quedarnos aquí mucho tiempo,

13 Diabla: termino usado en Málaga en los siglos XIX y principios del XX para referirse a un carruaje.

pero sí al menos hasta que encontremos una casa en el propio pueblo. Por lo visto el dueño no ve con muy buenos ojos todo eso de las nuevas ideas, todo lo que nosotros queremos hacer. A veces pienso si no será peligroso todo lo que vamos a comenzar pero enseguida él me tranquiliza. Me dice que lo que vamos a hacer es inevitable, que ha llegado el momento y que no puede esperar más.

Este caserón es muy grande, para subir a las habitaciones hemos pasado por un patio precioso, como los que hay en el pueblo de mi familia, pero con objetos para la labranza, con el blanco de la cal y el color de las flores y su olor. Al fondo, en la cuadra, se oía relinchar a los animales y hay tanta luz, tanta luz.

No hubo tiempo para mucho más. A él le hubiera gustado reunirse con sus correligionarios, como los llama, pero yo estaba muy cansada del viaje.

Nos pusieron de comer, después nos subieron a las habitaciones para dejar las cosas, pasé la tarde con él hasta la cena y ahora estoy de nuevo aquí, escribiendo todo lo que pasa por mi cabeza.

La noche es preciosa. Es una de las primeras noches en toda mi vida que paso fuera de mi casa, pero me tranquiliza saber que él está en la otra habitación mientras yo escribo este diario. La colcha de la cama es

tan suave y tengo tanto sueño... Pronto estaré dormida y soñando cosas maravillosas. Se me ve en el espejo que tengo justo enfrente, se me ve cansada, pero al mismo tiempo tan feliz. No sé cómo he olvidado tanto dolor pero me da igual.

Este sitio no cuestiona cicatrices. Es posible escapar. Dios mío, es posible.

Desde Ancestra, Estrella. 25 de abril de 1932».

Néstor contuvo la respiración. Dejó suavemente los escritos en la cama. Tocó la colcha. Jugó con sus hilos reliándolos con sus dedos. Se puso de pie. Miró la habitación que seguía estando tan en calma como la encontró. Continuaba el silencio, la leve llovizna, el viento que azotaba la calma con su vértigo de ramas sobre cristales y junto a todo eso él, inmóvil, frente al espejo e impávido, quedó aún más petrificado viendo su desencajado rostro. Él se acababa de mirar en el espejo, en el mismo espejo, en el que se miró hace mas de setenta años su tía abuela Estrella.

«Gracias, Dios mío. Gracias por haberme abierto los ojos y poder ver al fin tantas cosas que antes no veía. Ahora siento que la vida tiene sentido y que hay tantas cosas en ella para disfrutar.

Los pájaros cantando me despertaron en la habitación. Escuché cómo alguien golpeaba la puerta. Era él, me dio los buenos días con una sonrisa y me cogió de la mano con ternura pidiéndome que me vistiese para empezar todo el trabajo que teníamos por delante. Hacía tiempo que no lo veía con tanta alegría. Estaba preocupado por mí, por mis problemas, por haber tenido que separarme de mi familia. Desde ahora todo va a ser diferente.

Cuando salió el sol fuimos al pueblo. Llegamos a él después de un largo camino. Esta posada está lejos, tenemos que irnos de aquí, él no para de decirlo. Pero no podemos pararnos a encontrar casa y sería muy difícil, ya que no estamos casados. Cómo me gustaría ser su esposa, pero esas ideas tuyas sobre el amor libre o algo así... y menos mal que ha dicho en la posada que somos hermanos... Bueno, no podemos venirnos abajo porque haya problemas. Él siempre dice que todo esto no será fácil, que habrá que luchar por la utopía y todo eso.

Ya en el pueblo nos reunimos todos en la casa de Miguel e Inés. Será lo que ellos llaman el centro de reuniones de la utopía. Hubo que hacer unas cuantas tareas para que sean posibles todas las cosas que pretendemos hacer en esa casa. Los hombres se pusieron manos a la obra para que la habitación más grande fuera una sala para trabajar. Cortaron unas maderas y con ellas hicieron unas cuantas mesas y unos taburetes

para sentarnos. Fue un día muy duro para ellos. Nosotras les echamos también una mano en algunas tareas.

Me he sentido muy a gusto con Inés. He salido a pasear con ella cuando los hombres, mientras descansaban de su trabajo, sacaron unas revistas y unos libros muy complicados de filósofos o gente así. Ella hace tiempo se empezó a sentir como yo. Notaba que algo iba mal, que no estaba a gusto. Su familia es mucho más rica que la mía y tiene unos estudios... Madre mía, empezó a leer esas revistas tan raras que vienen de Barcelona por su hermano, que ahora está en la cárcel por leerlas, y a conocer a más gente de todo este mundo.

Cómo pude vivir sin saber de cultura tanto tiempo, sin saber que existe gente que ha escrito tanto y tan bien, sin saber que hay otra vida más allá de la que siempre he vivido. ¡Dejé tan pronto la escuela! Ella viene de una familia de ésas que llaman burguesas, pero eso da lo mismo. De todas maneras, para las dos ha sido igual de duro dejar atrás tantísima gente y tantísimos recuerdos.

Por la tarde hemos vuelto a la habitación de su casa y de la de Miguel y ya tenían decidido qué hacer para, según ellos, poner a cada individuo en el lugar utópico que le corresponde, en lo que llaman cielo de los seres libres e inmortales.

En realidad tampoco es tan difícil esto que llaman

filosofía. Sólo tengo que imaginarme a mi abuela, a mi madre, a su hermana... Tanto sufrimiento para darnos un plato de comida cada día. Tanto trabajo para que tengamos una vida digna. ¿Qué recompensa tienen? Ninguna, de ellos nadie se acuerda ni se acordará cuando pasen los años y, madre mía, falten.

Esto es una gran injusticia. El hombre libre tiene que ser libre también de las injusticias como éstas. Libre del abandono y de la falta de gratitud y amor. Entonces ya sabemos cómo luchar contra esta injusticia: a toda esa gente que veamos en este pueblo vamos a darle la oportunidad de conservar algo suyo, algo que sea difícil que desaparezca y les recuerde cuando ya no estén y vamos a comenzar no con los vivos, sino con los que ya han muerto.

Por eso ese pueblo cambiará de nombre cuando llegue la victoria y el cambio que tanto buscamos. Por eso ese pueblo, para nosotros, ya ha cambiado de nombre, porque ya ha comenzado la nueva conciencia. Por eso esta noche, mientras me asomo a la ventana en la oscuridad, sé que para nosotros, ese pueblo ya se llama Ancestra.

Desde Ancestra, Estrella. 26 de abril de 1932».

Néstor corrió con violencia los visillos endebles de esa viejísima ventana rematada en madera y la abrió. Un vendaval

arrasó la habitación. El agua de lluvia llegó hasta la cama y volvió a empapararlo todo una vez más. Intentó mirar el pueblo en la oscuridad de la noche, pero no había apenas luz, y los árboles y la niebla hacían imposible ver más allá de la primera fila de pinos. No tuvo más remedio que cerrar la ventana. Empapado también en lágrimas, continuó leyendo, recreando todo aquello, imaginando, soñando, devorando toda aquella alma de papel.

«Qué difícil nos está resultando todo. Mira que sabía que esto no iba a ser fácil, pero sé que, si la utopía fuese algo fácil, no merecería la pena. Algo tan grande sé que tiene que costar y eso me da fuerza.

Hoy, igual que hicimos ayer, bajamos al pueblo nada más sentir la primera claridad de la mañana. Llegamos a la casa de Miguel y ahí nos reunimos todo el grupo. Había venido más gente que no conocíamos. Eso no gustó a muchos de los que habían estado ayer. Trabajamos mucho, pero, por otro lado, pensamos que sería bueno que gente nueva fuera conociendo estas ideas y cada vez fuéramos más. Quedaba tanto por hacer...

Lo malo es que pronto comenzaron los problemas. Éramos diez. La habitación que ayer convertimos en una sala de reuniones pronto se llenó de voces, gritos, discusiones. Se empezaron a escuchar palabras como «anarquismo individualista» y «anarquismo societario»

que no supe entender. La pelea fue poniéndose cada vez más violenta. Un tal Pedro empezó a pedir lo que él llamó una reforma agraria que, por lo visto, había prometido el gobierno y estaba tardando en llegar. Lo peor es que, después, defendió la revolución. Habló de la ocupación de fincas, de quema de cosechas, de asaltos... Decía que había que acabar con los terratenientes y con la oligarquía. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Los demás defendíamos la revolución, sí, pero de las conciencias. Nunca me han ido mal las cosas, no ha faltado el pan en mi casa muy a duras penas, pero veo que tras esa revolución que defendió ese hombre sólo vendrán más desgracias. Miguel dio un discurso como dueño de la casa y dejó muy claro a todos, el porqué estábamos allí, que no queríamos peleas, ni discusiones sino trabajar para el pueblo y para nuestra utopía. El tal Pedro se fue tras un portazo y le siguieron tres más. Qué pena. Qué pena. Somos tan pocos para tanto trabajo...

Ay, cuantos problemas, Dios. ¡Si ni siquiera puedo decir Dios! Es otra cosa que me duele. Siempre he creído en Dios y sigo creyendo en Él. Eso siempre me ha llevado a hacer el bien, a ayudar al que lo necesita. ¿No es eso lo que quería Jesús? ¿Que nos amemos los unos a los otros como él nos amó? ¿Por qué entonces, si lo que estamos haciendo es amar al prójimo, no podemos creer en Dios? ¿No creemos en lo mismo? Y lo que más me duele aún es que la gente piadosa no nos quiere.

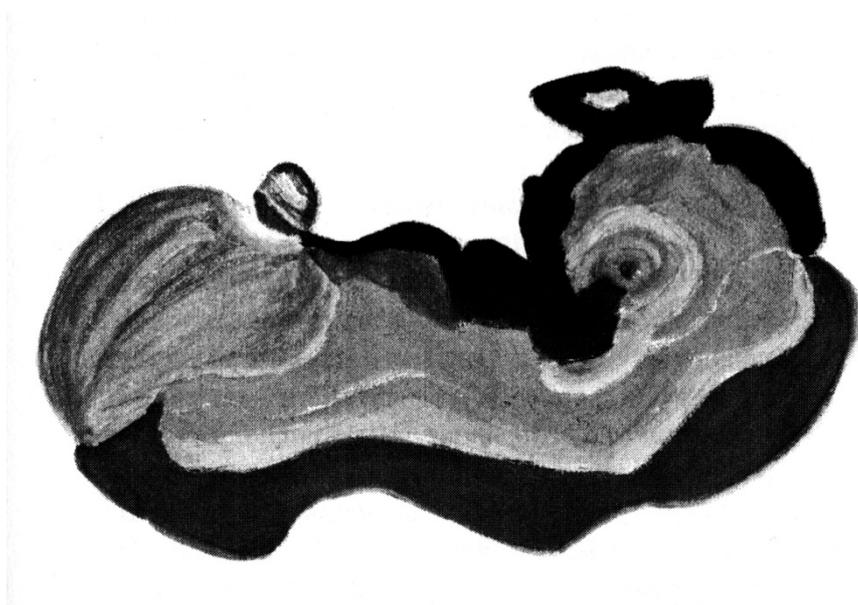
Comenté que quería ir a misa como he hecho desde que nací. Lo necesitaba, sin embargo, se dijo de una forma muy severa en la reunión que no debemos acercarnos ni a misas ni participar de los santos sacramentos, ni mucho menos acercarnos a sacerdotes ni a religiosas ya que podrían denunciarnos. ¿Por qué los que creen en Dios o dicen creer están contra nosotros? ¿Si sólo queremos hacerles el bien a todas estas criaturas que tanto lo necesitan? ¡Cuántas dudas! ¡Cuántas preguntas! ¿Será mi debilidad? ¿Será que no sirvo para esta misión? ¿Será que no soy digna de la utopía? Dame fuerzas, Dios, dame fuerzas.

Por la tarde nos dedicamos a arreglar algunos destrozos que habían dejado los llamados revolucionarios. La sala debía estar igual que cuando se hizo, ya que tendríamos más reuniones. No podíamos venirnos abajo. Inés y yo seríamos las encargadas de recoger todos los recuerdos de la gente del pueblo, seríamos lo que los hombres llamaron «guardianes de la memoria». Esa misma tarde, ella y yo nos sentamos en una esquina para pensar cómo íbamos a trabajar mañana. Mañana será el día en el que vayamos por el pueblo hablando con la gente y pidiéndoles que nos den recuerdos de sus seres queridos. Teníamos que pensar cómo hacerlo, por quién íbamos a comenzar, etc. Inés conoce el pueblo mucho mejor que yo y sabe quién es quién en él. Pienso que lo importante es que todos

seamos iguales en ese cielo de los seres libres e inmortales. En el recuerdo no debe existir eso que los hombres en sus reuniones llaman clases. En el recuerdo, como en el olvido, todos somos iguales y merecemos una oportunidad. Es algo por lo que merece la pena seguir luchando.

Sé que el día ha sido difícil. Sin embargo, estoy deseando que llegue mañana. Lo que Inés y yo vamos a hacer me ilusiona, me llena de una gran luz, me hace sentir viva.

Desde Ancestra, Estrella. 21 de abril de 1932».



De repente sonó un portazo. La puerta de la habitación donde estaba el joven se abrió de golpe.

—¡Néstor! ¿Se puede saber qué haces? No me dejas dormir.

Julio entró en la habitación y vio un panorama desolador. Su amigo Néstor con el pelo chorreando agua y casi llorando, el suelo también mojado y con los pedazos de baldosa rota, la cama hecha un desastre y llena de los viejos manuscritos, pero lo que más le impactó fue el rostro desencajado de su amigo.

—Néstor, ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué te ocurre?

—Julio, tío. No me creo lo que me está pasando.

—¿Qué?

—¿Recuerdas el sueño que te conté ayer al salir de la oficina?

—Eh, bueno... algo sobre la casa de tu abuela, ¿no?

—Dios. He venido aquí para algo. Todo esto es para algo, el sueño ése tan raro y ahora esto.

—Tranquilo, me estás asustando.

—Julio, sé que hace unos días hubiera sido imposible decir estas cosas. Vas a pensar que me he vuelto loco.

—No te preocupes. Cuéntame lo que te pasa.

—Observa —lo miró fijamente a los ojos y le sacó el quebradizo retrato de aquella mujer, tan deteriorado por el tiempo, pero con tanta fuerza. Julio, con igual

preocupación, le sostuvo la mirada. Entre los dos había cundido el pánico, el desasosiego. Uno lo sentía hacia lo desconocido y el otro hacia todo lo que estaba conociendo.

—¿Qué me estás intentando decir?

—Julio, por favor, esta mujer es mi tía abuela. El viejo me llevó a una sala donde tenía fotografías de mucha gente del pasado. Pues bien, desde que vi su rostro en aquella habitación de fotografías del viejo don Ambrosio supe que me era familiar, que la había conocido, quizás con otra edad, quizás con otro rostro.

—¿Encajan las fechas?

—Claro, las fechas encajan.

—¿Y esos papeles? Vamos a ver, déjame leerlos.

—Ella estuvo aquí antes de la guerra. Se escapó de su casa. Huyó de su familia. Tuvo una historia de amor. Era anarquista.

Julio comenzó a leer pero el estado de nerviosismo de su amigo le impedía concentrarse.

—Néstor, con todos mis respetos, no me imagino a tu tía como anarquista. La verdad.

—Sigue leyendo.

—Además, ¿qué ocurre si lo fue? ¿Qué tiene que ver toda esta historia con ese sueño que tuviste?

—Julio, Julio, Julio... En el sueño todo lo que había en su casa se hundía en el terremoto, era devorado. Todos sus recuerdos, incluido yo mismo. Todo desaparecía. Imagínate qué angustia. En realidad, es como si fuese ella la que se hundiese y ahora me encuentro con toda esta historia. Julio, ella nunca me contó nada. ¿A qué viene descubrirla ahora? Es como si ella me pidiese ayuda desde el otro mundo.

—Néstor, jamás pensé que pudieses creer en el más allá ni en nada parecido.

—Lo sé. Lo sé.

—Vamos a ver. Lo único que te pasa es que tuviste una pesadilla porque, no sé, estabas muy ligado a tu tía y te impresionó su muerte. Ahora llegas aquí y te encuentras este ambiente tan lúgubre, la lluvia y ese loco diciendo esas cosas tan extrañas...

Entonces Néstor, con un gesto, interrumpió la conversación y le volvió a insistir en que leyera los manuscritos hallados.

—¿De dónde has sacado esto? —Julio dejó de hablar tras hacerle la pregunta a su amigo y fijó su mirada en el suelo, al que le faltaba una baldosa. Esta estaba rota y

desperdigada en mil pedazos por la habitación.

—Sí.

—No me digas más —sentenció.

—Mira, Julio, vamos a hacer una cosa. Vamos a sentarnos aquí y mientras tú lees los primeros folios, yo leo los que me faltan como si fueran fascículos en plan «El médico responde».

—Chaval, tuve que haberte hecho caso cuando no querías venir hasta aquí. Cuando les contemos esto a Manolo y a Luis van a hartarse de reír.

—Julio, hazme caso. Sabes que eres la única persona en quien confío desde que murió ella precisamente. Tienes razón con eso de que estaba muy ligado a ella. Por Dios, si era una de las pocas personas con las que me he sentido realmente bien. Con ella no tenía que ser mejor de lo que soy. No tenía, no sé, que demostrar nada a nadie.

—Te entiendo.

—Julio, hay cosas que no pueden ser casualidades y ésta es una de ellas.

—Ya.

—¿Sabes lo que significa todo esto? ¿Sabes qué me está

diciendo ella?

—No. ¿Qué te dice?

—Sálvame, sálvame, sálvame.

Los muchachos empezaron a leer las húmedas y polvorientas hojas. Julio por la primera y Néstor por la penúltima.

Se miraron y no volvió a escucharse nada más aparte del viento susurrar tras el cristal entre las ramas secas de higuera.

La habitación de la antiquísima venta había recobrado una tranquilidad que sólo unos minutos atrás era imposible. Esas últimas palabras cortaban el aire. Tiempo después de ser pronunciadas siguieron ahí, esperando acuchillar nuevos momentos, dispuestas en fila como asesinos, como tenebrosos monstruos de un pasaje del terror del alma.

«Sálvame, sálvame, sálvame».

CAPÍTULO CUATRO

«Hoy he estado todo el día con Inés. Nos hemos recorrido el pueblo. Hemos hablado con todos los que hemos podido y que, como nos han dicho los hombres, no puedan ser un peligro para la utopía.

Estuvimos hablando primero con María, la mujer del panadero. Le pareció muy tierno todo lo que le dijimos. Estuvimos con ella rebuscando esas viejas fotos de la época de sus padres. Se echó a llorar. No entendía lo que somos ni lo que queremos hacer, pero le pareció bello. No tenía muchas ya que antiguamente las gentes no tenían costumbre de fotografiarse. Fue poniendo todas las fotografías en una vieja lata, una por una, y por cada fotografía una lágrima. En una de ellas aparecen sus padres, muy pobres, muy pobres. En otra es su padre, muy anciano, el que está parado y mirando asombrado

a un aparato al que ni yo acabo de acostumbrarme. Nunca olvidaré a aquel anciano. Es como si ya lo hubiese conocido, aunque esto no haya sucedido.

Ha sido la primera. Después estuvimos en la tienda, en la taberna, en el campo con los labradores, con los arrieros... Nos dejaron desde inservibles relojes hasta cartas muy difíciles de leer. Me conmovió la mujer del tabernero, que sólo pudo darnos una muñeca de trapo de su hija pequeña, que acababa de morir. ¡Cuánta pena! ¡Cuánta pena! Estaba rota pero eso nos da igual. No nos importa cómo estén esos objetos, lo que nos importa es, si logramos conservarlos, cómo están y estarán quienes fueron sus dueños.

Una de las visitas que más me ha impresionado es la que hemos hecho a un joven marino. Joven, sí, pero cansado. Su nombre es Joaquín. Yo conozco, de oídas, a su familia, los Jaén. Son una familia muy importante en el puerto de Málaga. Él, cansado ya de barcos y prisas, ha venido aquí a refugiarse en su pasión: la pintura. Es un pintor muy bueno. También nos ha contado que fue el desamor una de las razones que lo trajo aquí. Bien parecido, estaba acostumbrado a tener tantas mujeres como quisiera, hasta que se enamoró de una de ellas, precisamente la única que, en toda su vida, lo rechazó. Nunca se repuso de ese rechazo. Ha sido una de las pocas personas que nos ha entendido. No ha hecho falta volver

a explicarle todo de nuevo. Nos ha sacado un cuadro pequeño, un retrato de esa mujer. Dice que, desde que lo dejó, no para de pintarla y que lo hace, según él, para conjurar a su fantasma. Su mejor cuadro no lo pudimos ver porque nos cuenta que está en una casa de Málaga, la de su tío Ricardo Jaén que, hace unos años, dice, fue concejal. Ese cuadro es otro retrato de la misma mujer, de cuerpo entero, con un poco discreto escote y que sostiene en sus faldas a un alegre gato blanco. «Mujer con gato» se llama el cuadro. Junto al retrato nos ha dejado también una foto de familia de la casa de su tío Ricardo en la que, en un patio, aparecen en dos filas estos familiares suyos. Nos ha dejado con cierta tristeza en la mirada, pero nosotras ahora tenemos la alegría de haber conocido a alguien tan interesante.

Al terminar la mañana hemos ido echando todas las cajas de recuerdos en un saco. También nos ha pasado que muchos no nos han dado absolutamente nada, ya que son muy pobres y sus padres apenas les dejaron nada, sólo hambre. Otros no nos han entendido. Aún no sabemos qué vamos a hacer con lo que nos han dado hoy. Los hombres están hablando de crear lo que llaman una comuna. Es decir, una casa en la que podamos vivir todos los que creemos en todo esto en libertad. Puede que ése sea el mejor sitio.

Ay, Dios mío. No lo he podido evitar. No deberíamos

abrir esas cajas, para así evitar que pueda perderse lo que hay dentro pero yo lo he hecho, esta tarde en el patio de la casa de Inés, y me he puesto a llorar.

Es que en la ciudad todo es diferente. He visto gente muy pobre y muy bruta. ¡Oh, tantos pobres! Aquí es más terrible todavía. Esas personas arando la tierra, que no parecen personas... parecen animales. ¡Oh, pobres! Cuánto necesitan que se les trate como lo que son: seres humanos. Cuánto necesitan un futuro y un recuerdo como merecen los seres humanos. ¡Cómo nos necesitan!

Otra cosa he visto clara con la fotografía del primer anciano que nos dieron esta mañana. Deberíamos crear una estatua para ponerla en la plaza del pueblo. Oh, qué mejor símbolo para Ancestra que ese hombre tan normal, como tantos otros de los que hay en el pueblo. Ese ancestro. Estoy deseando contarlo al resto del grupo. Espero que les parezca buena idea.

Ha sido un día con mucho trabajo y con buenas ideas. Al final de la tarde llegamos ella y yo a su casa y encontramos tristes a nuestros hombres. Lo noté. Es como si no nos quisieran decir qué es lo que está pasando pero yo sé que el día no les ha ido bien. Inés también se ha dado cuenta. Espero que no sea nada, que sólo sea el cansancio de tener tanto trabajo.

Yo también estoy muy cansada. Creo que voy a dejar

de escribir porque mañana también habrá que trabajar muy duro.

Desde Ancestra, Estrella. 28 de abril de 1932».

«Hoy ha hecho un día de mucha lluvia. En esta mañana hemos llegado empapados a la casa y hemos decidido no salir al pueblo, al menos hasta que no hubiera lluvia. Ha sido buena idea porque hemos hablado de cosas muy grandes. En la mañana Inés y yo hemos estado hablando de crear una especie de escuela en la cual se enseñe lo importante que es el ser humano y el recuerdo de los que ya no están.

Un tema que tanto me preocupaba anoche.

Ella dice que su hermano le contó que en Barcelona se han creado ya ateneos. No sé muy bien qué significa eso. Yo lo que quiero es una casa que sea la casa de todo aquel que no la tenga, que pueda traer a sus hijos a aprender a leer y a escribir y también que nos sirva en nuestra misión de guardianes de la memoria. Es decir, un lugar en el que la gente que sabe hable en una habitación muy grande llena de sillas para que todo el mundo pueda sentarse, un lugar en el que las paredes estén llenas de las viejas fotografías y de todo lo que nos está dejando toda esa gente, un lugar en el que puedan

verse eso tan de moda ahora que son las películas de cine y que éstas hablasen de nuestra causa, un lugar en el que todos pudiesen leer esos libros y esas revistas que a Inés le trajo su hermano, y en un futuro poder crear nuestros propios libros y nuestras propias revistas, un lugar que fuese ese cielo de los seres libres e inmortales en la Tierra.

Hemos estado toda la mañana pensando cómo sería aquel sitio. Lo llamaríamos «El Ateneo Ancestra». Claro, que primero tenemos que encontrar la casa donde ponerlo.

Ha sido una mañana muy bonita porque mientras la lluvia caía fuera, nosotras inventábamos un mundo nuevo.

Después de comer paró de llover y después empezó a salir el sol, y cómo salía... Tenía una fuerza... Inés y yo nos hemos mirado y nos hemos entendido sin ni tan siquiera hablar. Hemos dejado a los hombres hablando de política y de sus cosas y nosotras hemos salido al pueblo. Nos quedaba poco tiempo, ya que él y yo no deberíamos de volver muy tarde a la posada, según él, para no levantar sospechas. En unas horas deberíamos ver todo el pueblo y encontrar una casa para nuestro sueño. Ha sido una aventura porque no les hemos dicho nada a los hombres. Queremos que sea algo que les ilusione y para eso vamos a buscar la mejor casa posible.

El pueblo es pequeño y pobre. Nos fue difícil encontrar lo que estábamos buscando. Un edificio nos llamó la atención. Estaba en ruinas. Había sido antes un convento, dijo Inés. No pudimos entrar porque estaba tapiado. Estaba muy abandonado, pero daba la sensación de haber sido tan bello... Por dentro dice Inés que es muy grande, con un patio. Dios quiera que podamos conseguirlo. Sería tan maravilloso...

Volvimos a la casa y vi una cosa que no me gustó. Uno de los hombres portaba un arma. Tuvimos una discusión. Habíamos quedado en que la nuestra era una revolución de las conciencias, una revolución de la paz, que no queríamos peleas ni mucho menos que nadie resultase herido. Creía que todo eso estaba claro.

Ellos dijeron que el arma la tenían sólo porque necesitamos poder defendemos si nos atacan nuestros enemigos. Me quedé un poco más tranquila, pero sigo teniendo la sensación de que los hombres nos ocultan algo. Eso me asusta, pero quiero confiar.

El día de hoy ha sido un día de esperanza. Se ha dado el primer paso para el Ateneo Ancestra, para que muy pronto podamos servir a nuestro prójimo. Convento, eso fue antes y convento será ahora, pero para un cielo libre, un cielo de los seres libres e inmortales.

Desde Ancestra, Estrella. 29 de abril de 1932».

«Hoy ha llovido mucho más que ayer. La tormenta nos ha impedido salir al pueblo. Nos despertamos con truenos y relámpagos y, al bajar por las escaleras, el posadero nos aconsejó que no fuésemos al pueblo, ya que la carretera podría inundarse con la lluvia. Él sospecha que el dueño de la posada sabe algo, pero yo no lo creo. Parece tan buen hombre, tan trabajador... Me he criado con gente así y no pienso que vaya a hacernos nada.

Él estaba tan ansioso, tenía tantas ganas de ir al pueblo y reunirse con los otros para hacer cosas. Yo lo tranquilicé, la revolución es inevitable y llegará. No pasa nada si nos quedamos un día aquí por la lluvia. Los demás están en el pueblo y seguro que se les ocurre algo, alguna gran idea. Debemos confiar, ser valientes. La confianza es de valientes. La confianza es de valientes. Se ve que logré tranquilizarlo.

Hay algo que no he contado en este diario, pero es porque me da mucha vergüenza. Él se ríe, pero me crié yendo a misa todos los domingos y fiestas de guardar. Inés me dice lo mismo, que no debemos temer a Dios, que lo único importante es ser felices y tener amor. Pero no puedo evitarlo. ¡Qué dirían mi madre y su hermana si lo vieran! Aún recuerdo los sermones que el párroco nos daba desde el púlpito. Siempre nos sentábamos en la misma esquina a escucharlo. Antes de conocerlo a él

creía saber qué es el pecado y ahora... Dios mío, cómo me gustaría espantar estas dudas. Religión, cuánto me das y cuánto me quitas, cómo me ahogas y cómo te necesito.

Lo que pasa es que, desde hace unos días, él y yo hemos encontrado un lugar para estar a solas dentro de la posada. Ya que no nos dejan dormir en la misma habitación a los dos, a él se le ocurrió la idea de buscar ese sitio.

Fue una vez que aprovechamos un descuido del posadero y nos colamos por un pasillo que hay en el patio. Ese hombre apenas oye. Está tan mayor el pobre... pero tenemos que ser cuidadosos de todas maneras. Al fondo de ese pasillo hay una habitación muy grande, enorme, que sirve para las labores del vino. En ella hay un cuadro de una pareja a punto de besarse. Se ve que lo tienen ahí escondido para que no escandalice a nadie. ¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad! Cuando llegamos allí no existe la revolución, ni el trabajo que queda por hacer, ni los problemas. Allí no existe nada de eso, tan sólo él y yo. ¡Cuán rápido pasa el tiempo! ¡Cuán rápidas van las horas! ¡Cómo late mi corazón cuando él me lleva de la mano por el pasillo mientras miro hacia atrás por si alguien nos ve! ¡Que me gustaría que fuese así siempre! ¡Siempre!

Hoy hemos vuelto a hacerlo, hemos vuelto a pillar

descuidado al posadero y hemos entrado allí. Además hemos estado más tiempo.

Mientras escribo esto escucho las gotas de lluvia golpear los cristales de mi ventana y me hacen recordar esa misma lluvia esta mañana y cómo hemos atravesado el patio, cuán rápido hemos pasado al pasillo, cuán mojado se ha puesto mi pelo. Ay, si yo lo pienso. Yo nunca hubiera hecho estas cosas. ¿Qué me hace ahora hacerlas? ¿Y qué me hace tan feliz haciéndolas? ¿Será el amor? ¿No será el amor la mejor de todas las revoluciones? ¿No será que no hay revolución si no hay amor? Pienso que si. Se llega a la revolución por el amor. Estoy segura de eso.

Hoy no tengo más que contar. Quiero con todo mi corazón que llegue mañana. Queda tanto por hacer.

Desde Ancestra, Estrella. 30 de abril de 1932».

Néstor cogió rápidamente el manuscrito que le faltaba cuando terminó de leer el anterior. No se percató de la presencia de Julio, también engullido por la lectura, ni del aspecto caótico de la habitación. Sólo una idea le rondaba la cabeza. No sabía por qué, le asustaba conocer el final de aquella historia y a la vez no entendía que éste pudiera estar tan cerca. Ni siquiera le dio tiempo a estremecerse, pero la

hoja que tenía entre las manos era ni más ni menos que la última.

«Tengo miedo, Dios mío. Ésta va a ser la última noche aquí. Esta mañana, cuando estábamos a punto de salir para el pueblo llegó a la posada la Guardia Civil. Estuvieron hablando con el dueño en la puerta. Nos pusimos enfermos. Estábamos bajando por las escaleras y volvimos hacia atrás, a las habitaciones. Desde allí lo oímos todo. No venían a buscarnos. Preguntaban por el tal Pedro, el revolucionario. Había órdenes de buscar y llevarse a los sospechosos. Decían que un grupo de anarquistas estaba alborotando el pueblo y que no podía suceder lo que pasó en Chipiona, donde hubo muertos y heridos en el asalto a un cuartel. Ay, ¿se referían también a nosotros o sólo al grupo del revolucionario?»

No puede ser. ¡Ellos son los criminales! ¡Ellos son los criminales! Nosotros no pretendemos que nadie haga nada que no sienta. ¡Y dicen que defienden la libertad...!

No buscaron a nadie en la casa. Nos libramos de puro milagro.

Cuando se fueron, de todos modos, el dueño nos miró con mala cara, como si pensase que tenemos algo que ver con ese hombre. Yo no sé esto cómo va a acabar, Dios mío.

Después, ya en el pueblo, hemos decidido que mañana abandonamos la posada. No podemos pasar aquí ni un día más, porque puede ser peligroso. Nos vamos a vivir a casa de Miguel e Inés como sea, aún en la cuadra con los animales, al menos hasta que todo mejore, que la gente se tranquilice y pase todo ese peligro, y aún así no sé si allí estaremos a salvo. Pueden ocurrir tantas cosas y estamos todos tan nerviosos...

Si hasta hace unos momentos pensé que ni siquiera pasaríamos aquí la noche.

Cuando terminamos de cenar, yo subí primero a dormir como he hecho todos los días desde que estamos aquí. Entonces, estaba en esta habitación tranquila y sentada, empezando a escribir este diario como todas las noches, hasta que escuché una discusión. Era él y peleaba con el posadero. Creo que discutían sobre política. Por Dios, lo que faltaba. Escuche su voz y bajé corriendo».

Néstor frenó su lectura y miró a Julio.

—Néstor, ¿qué te ocurre?

Calló, no podía aguantar la tensión de este relato, aún si cabe, más inquietante que los anteriores. Se levantó de la cama como movido por un resorte y le dejó el folio, que se rompió en dos pedazos, a Julio.

—¡Léelo en voz alta! ¡Léelo en voz alta! —le gritó a su amigo.

—¿Adónde vas?

—¡Sígueme y léelo!

—¡Néstor!

Julio cada vez entendía menos a su amigo. O bien Néstor encontraba morbo en repetir los pasos de manera idéntica a los de Estrella, setenta años atrás, o en realidad había descubierto algo.

«Ese pasillo se me hizo interminable, parecía que no acababa nunca y esa escalera de caracol... Dios mío, iba tan nerviosa que casi me caigo. La discusión se escuchaba cada vez más cerca».

Néstor y Julio bajaron con vértigo la endeble escalerilla, más deteriorada que en la época del relato. Uno cegado por algo que le devoraba, que le carcomía el alma, el otro leyendo en voz alta, mirando los escalones y aferrándose a la barandilla para no caerse.

«El patio estaba mojado. Estaba empezando a llover. Aquel lugar ya no me parecía tan bello. Qué angustia. Al fin llegué a la entrada».

Néstor abrió con furia el portón que separaba el patio de

aquella recepción, por llamarla así, en la que se habían tomado el vino cuando llegaron a la venta. Entonces, se dio de bruces con algo.

«¡Ambrosio!, ¡Ambrosio!».

Él estaba cara a cara con la persona que había vivido toda aquella etapa que desconocía de su tía abuela Estrella, con el otro protagonista de aquella historia tan dramática. Se paró el tiempo. Inmóviles. Intentaron no caer al suelo. Néstor tembló al oír, de boca de Julio, sus palabras. Palpitó al clavar su mirada en la del viejo. Se conmovió por el final de la historia. Se estremeció al sentir sobre sí mismo el aliento del dueño de la Venta «*La nada*», Ambrosio Buendía.

CAPÍTULO QUINTO

Tras explicarle Néstor todo lo que había descubierto en aquellos papeles, don Ambrosio condujo a los muchachos a una diminuta habitación que había tras la barra, a modo de trastienda, que él había habilitado como un improvisado despacho.

Poco más cabía allí dentro. El habitáculo era un amasijo de papeles, descoloridos por la humedad, algunos sueltos y otros en antiquísimos y rasgados archivadores. También había libros con los contenidos más excéntricos que pudieran imaginarse. Autores como Unamuno, Nietzsche, Schopenhauer o Kierkegaard copaban los puestos de honor en el desbarajuste. Salían de todas partes, pero sobre todo unas muy humildes estanterías de madera cobijaban todo ese desorden. Incluso una incursión en la pared, en otros tiempos alacena, era utilizada como refugio para los más

heteróclitos objetos como oxidados flexos, máquinas de escribir obsoletas o un depauperado reloj de arena. Muchas cosas parecían no tener sentido en aquel cubículo. La humedad era patente y abombaba la cal de las paredes con más intensidad que en el resto de la casa, debido a la absoluta ausencia de cuidados y reformas. También existía un caos de velas consumidas y otras nuevas, apiladas en polvorientas cajas de las que el viejo se iba proveyendo en su desorden cotidiano. La cera, ya consumida, de las más antiguas, hacía que la habitación poseyera un halo aún más escabroso y desagradable. Porque la luz era un enigma. Tan sólo un diminuto ventanuco daba la ilusión de que allí dentro podía entrar, pero por alguna razón, quién sabe si siniestra, éste siempre estaba cerrado.

Tras contemplar el descorazonador panorama y pasada la emoción, los dos se sentaron a escuchar hablar al alterado y melancólico anciano. Él, tras su abigarrado escritorio, y ellos, en dos sillas que, tras despojarse de unos vetustos archivadores, habían recobrado su primigenio uso. Los tres tan sólo se alumbraron con la única luz de una vela.

—¿Que cómo era Estrella? —Buendía, tras digerir la metafísica pregunta de Néstor, calló como si se dispusiese a entrar en trance—. Soy yo quien está deseando preguntarte cómo era Estrella, la Estrella que tú conociste, la Estrella que me falta, pero no me digas nada, mejor sea así. No quiero saberlo. Estrella era la llamada del abismo. Era la alegría que

deshace caminos marcados. Era el aire listo para ser respirado. ¡Vivir su vida! ¡Vivir su vida! Era una llamada de animales silvestres y pastos verdes que devoraban negocios, fábricas y ciudades. Era la frescura contra la decadencia. Era el hoy cargado de futuro, sin importarle apenas el futuro. Era el alma victoriosa de los que nunca regresaron del viaje, de su viaje hacia lo desconocido, hacia su propio mundo mejor. ¡Era demasiado buena para el mundo! ¡Era demasiado buena para el mundo! Odiaba a éste, con su pléyade de esclavos amarrados a grises talleres, con sus ritos trasnochados de hipócritas amaestrados, con sus gestos aprendidos de máquinas ante las máquinas, con sus niños tristes de voces mutiladas de risas y miradas, con sus cortes de aduladores de billetera acomodada... Su felicidad era todo lo contrario a lo que designaron todo este ejército de mediocres. ¡Créeme! —se levantó tan rápido como una exhalación, como un disparo acercando su sombrío rostro al de Néstor, estando ambos sólo separados por un decimonónico escritorio de madera—.

Sin haber leído jamás un libro sobre anarquismo, ni sobre filosofía. No sabía apenas nada de cultura, pero... ay, lo que sí sabía era soñar y cómo soñaba.

—Don Ambrosio. ¿Fue la Guardia Civil quien acabó con ese sueño? ¿El posadero les delató? ¿Cómo acabó todo?

Julio miraba con asombro cómo la velada se había con-

vertido en un mano a mano entre el viejo, al que él consideraba loco, y su amigo, al que en ese éxtasis místico, ya no reconocía.

—No, amigo. Con el sueño acabamos un poco todos. La Guardia Civil se fue. Siguieron haciendo arrestos, de vez en cuando, pero nunca nos hicieron nada. El posadero sólo pensaba en no tener problemas. Sigue leyendo ese papel si quieres. Sólo fue una discusión sobre política. Hizo un llamamiento al orden, pero ¿a qué orden? Al suyo, claro está. Lo que ocurría es que yo, entonces, padecía de incontinencia verbal, me aquejaba de una demoledora verborrea y no estaban los tiempos para eso. En aquellos días había momentos en los que la supervivencia era callar. Estrella, además, estaba muy nerviosa.

—Fueron entonces los que mi tía llamaba «el grupo del revolucionario»...

—Más o menos. En realidad, fueron la mayoría del resto de compañeros quienes no creían en el anarquismo individualista y se fueron decantando más por la revolución horrenda que fue nuestra tumba moral y real más adelante, en la guerra.

—Don Ambrosio, ¿qué es el anarquismo individualista?

—Ay. ¡Siglos! ¡Qué derrota! ¡Si acabaron hasta con el nombre! ¿Las ideas sin nombre pueden seguir existiendo?

¿Y los nombres sin idea? Mira, el anarquismo individualista era la verdadera utopía, una llamada al encuentro con el individuo. Era un canto a bucear en el limbo de nuestras abstracciones, hasta encontrar la base que lo sostiene todo: lo que somos... y diría Estrella «y lo que fuimos».

—¿Nuestras abstracciones?

—Sí. La sociedad nos ha envuelto en una entelequia de abstracciones: clase, tradición, costumbres, religión... son entidades abstractas creadas en pos de que todo funcione. Nos envuelven en un viaje sin retorno hacia la apariencia, hacia otro yo, porque lo que hacen es asfixiar, acallar, matar lentamente de pena a lo único vivo que se esconde tras todo eso: al yo, a uno mismo. Todo eso nos esclaviza. Y está por todas partes: en la escuela, en la familia, en la política... Está en todos los hombres: de izquierdas y de derechas, opulentos o desheredados, jóvenes y ancianos. Nosotros, como llamaradas de la libertad, quisimos liberar al ser humano de todas esas falsedades. Se nos dirá que vivir aparte de todo eso es puro espejismo, que es una locura sofocar ese «orden», que sin todo eso no se puede vivir. ¡Siglos! ¡Es con ello con lo que no se puede vivir! ¡Así no se vive, se vegeta! Quisimos dar una esperanza. Una esperanza, sí, a todo aquel que siente, sufre, palpa, duda. A todo aquel que mira aturdido más allá de los siglos, más allá de los tiempos que lo hicieron cobarde. La única forma de dar esa esperanza al ser humano era luchar por la utopía y

lo hicimos de una forma tan trágica, nuestra derrota fue tan trágica porque pensábamos... —tras un momento de silencio, de perderse su mirada en otros mundos seguramente ya inexistentes, el anciano rompió a llorar. Fue una explosión contenida que estalló dinamitando su quebrado rostro en mil lágrimas—. Nuestra derrota fue tan trágica porque pensábamos que nos iba la vida.



Nunca antes la palabra «vida» al pronunciarse había desgarrado de esa manera. Nunca antes la palabra «vida» había transmitido con tanta crudeza la sensación de muerte.

El anciano, sacudido como un látigo por todo aquello, sacó fuerzas de flaqueza y se volvió a incorporar.

—Discúlpeme.

—No pasa nada.

—Lo que iba diciendo. El individuo era lo importante. Antes de él no había sociedad, ni había normas, ni había nada.

—Eran muy críticos...

—La crítica... ¡Siempre! ¡Y a todas horas! No hay nada ni nadie que esté libre de pasar por la mirada de la crítica. Ni drama histórico, ni acontecimiento tormentoso, ni caos humano que no deba ser escudriñado. Sólo con la crítica podemos plantar cara a todas esas ataduras. Sólo con la crítica podemos construirnos a nosotros mismos, salpicarlo todo de nosotros mismos. Sólo con la crítica se es. Créeme, no es una crítica vacía que venga de una pasión política o del temperamento voluble de una ideología. ¡Tajantemente no! Nosotros no sólo nos empeñamos en liberar al individuo de todas las ataduras que he comentado antes en su vida, de las ataduras que al fin y al cabo tienen un origen humano, de las que te impone la sociedad. No menos importante era para nosotros la atadura de algo mucho más abstracto e intangible, la atadura de la muerte más dramática: el olvido. Lo que más entusiasmó a Estrella fue ese ideario nuestro de que, tras su muerte, hay que poner a cada individuo en el

lugar utópico que le corresponde.

—El cielo de los seres libres e inmortales...

—Exacto. En lo que llamábamos cielo de los seres libres e inmortales. Tras la victoria que nunca llegó, ese cielo en la tierra iba a llamarse Ancestra. íbamos a ser los guardianes de la memoria. Ella fue construyendo una especie de memoria colectiva con los objetos de los antepasados de la gente del pueblo para glorificarlos, una vez venciese la revolución. Recuerdo que ella estaba absolutamente obsesionada con eso, con salvar esos recuerdos.

—¿Abandonaron al final la posada tras aquella noche?

—Por supuesto, allí ya no estábamos seguros.

—¿Y qué paso después?

—La mañana siguiente, nada más amanecer, cogimos nuestras cosas y nos despedimos de aquel lugar. El camino era más duro que ahora, ya que estaba sin asfaltar. Los pinos eran los mismos. Era abril, pero el frío calaba hasta los huesos en estos montes en 1932. Estrella y yo íbamos con lo puesto. Habíamos pasado mala noche y nos dirigíamos al pueblo. Intenté tranquilizarla por lo que había pasado con el posadero, pero fue imposible. Me pregunté si había hecho bien con traerla a este mundo, si estaba hecha para la revolución. Llegamos a la casa de Miguel e Inés. Les

contamos lo sucedido. Cundió también el desánimo. Estábamos sólo los cuatro y discutimos sobre si era conveniente que el resto del grupo se enterase de lo que había ocurrido. Estrella nos preguntó si había algo que no le habíamos contado. Era una persona muy intuitiva y, efectivamente, algo no le contamos.

Los constantes silencios en los que se sumía el viejo cargaban aún más la historia de dramatismo, pero hacían surgir en Néstor una sensación cada vez más fuerte de impaciencia y nerviosismo.

—Sí. Ella lo dice en su diario. ¿Qué fue? ¿Qué fue?

—El día antes, mientras las mujeres hacían su labor de guardianes de la memoria, tuvimos otra reunión con el resto de hombres. Se habló de redada. Se dijo que las fuerzas del orden iban a venir a por nosotros, que ya habían caído unos cuantos. Todo en lo que habíamos creído hasta ahora, todo aquello por lo que estábamos trabajando... ¡Digo más! Incluso el espíritu de la utopía, hijo mío. Todo fue cuestionado.

—Usted dice que los otros compañeros no creían en el anarquismo individualista. ¿Por qué cree que esto fue así?

—Muy sencillo. La mayoría decía que era más importante salvar estómagos que salvar recuerdos. El «estomaguismo», como yo lo calificué. Que era una provocación la que había

cometido la autoridad como para que respondiésemos con fotitos. Que a la violencia había que responder con violencia. Que aquello nos iba a llevar a la derrota.

—¿Se enfrentó usted a los «estomaguistas»?

—Ay, siglos. Fue antes el estómago que la memoria y la inteligencia. De ahí viene todo. Mira, muchacho. Yo nunca creí en las revoluciones y voy a decir algo que en aquel entonces me hubiera resultado difícil: ni tan siquiera creí en el anarquismo.

—¿En serio?

—Claro. Yo, y más tarde Estrella también, sólo creíamos en la libertad y en la memoria. Para eso luchamos contra la sociedad dogmática, la clasicista, la burguesa. Esa batalla sí era ilusionante. Sin embargo, para luchar hacen falta trincheras y al llegar aquí nos encontramos con que nuestra trinchera estaba ocupada. Y lo peor no fue eso. Estaba ocupada por aquéllos de cuyo estómago brotaba el odio, por aquéllos que convirtieron el hambre en venganza y la sed en violencia, por aquéllos para los que la revolución era lo importante. A nosotros nos importaban los individuos, a ellos la masa, su informe y sangrienta masa. Era más cruento el odio que llegaron a sentir contra nosotros que el que sentían contra el verdadero enemigo. Nos asomamos a un abismo en el cual clamaban aullidos, silencios, angustias, gritos de pánico, llantos del horror. Las fotografías que le

enseñé, Néstor, eran todo eso: una vorágine de infiernos. No obstante, en aquel tiempo todos pensábamos que el enemigo estaba enfrente y no debíamos dividirnos. ¡Siglos, cuán difícil es discernir los matices de los tiempos! El primer día me enfrenté a ellos, pero más adelante me di cuenta de que estábamos cada vez más desorientados. Estrella tenía miedo. Yo tenía miedo. Yo me acerqué a los revolucionarios. ¡No quería perder! ¡No quería perder! No me daba cuenta de que al ganar así, también habríamos perdido.

—¿Qué decía mi tía de todo eso?

—Ella estaba muy ilusionada con su papel de guardián de la memoria. Decía que con toda esa gente del pueblo, con todas esas criaturas tan sencillas, se sentía realmente libre, pero llegaban malos tiempos. Detestaba las servidumbres, de las que había huido, porque le ahogaban el corazón, y no podía ahora someterse a otras: las de las siglas, las de los partidos, las de las ideologías. Eso, ay, era lo que nos pedía en aquel tiempo la revolución. No, perdón, nos lo pedían los revolucionarios y, tal vez, mi propia cobardía. Ella, valiente, nunca lo entendió. Quizás todo venía de que, en Málaga, la preparé para otra revolución bien distinta: la de las almas, la de las conciencias. Y eso no fue lo que nos encontramos al llegar aquí.

—Cuénteme, no sé, un caso o una anécdota... Quiero saber más.

—Néstor —Julio recriminó a su amigo su fiereza.

—Déjelo. Ése es el motor de la verdadera utopía. Volviendo a lo de antes. Recuerdo muy bien cómo Estrella, junto a otras mujeres, se decidieron a convertir un viejo edificio casi en ruinas en el Ateneo Ancestra.

—Sí. Ella lo cuenta en su diario.

—Pues bien, esta institución debía de ser el templo de la memoria, un centro de estudios de los antepasados a modo de los Ateneos que ya existían en Barcelona, por ejemplo, dedicados al naturismo o al excursionismo. Ella era la auténtica punta de lanza intelectual de nuestra utopía. Sin embargo, ocurrió algo dramático. Aquello fue el detonante. Fue el comienzo de una auténtica debacle. Jamás volvieron a brillar sus ojos como lo habían hecho antes, después de aquello. Estábamos los hombres reunidos «creando» utopía cuando de repente vino ella. Llegó de sus trabajos utópicos con magulladuras, golpes, el rostro desencajado, la sangre helada. Fue horrible.

—¿Qué paso?

—Un grupo de sindicalistas había asaltado el viejo edificio y las había expulsado. Eran de los nuestros pero las echaron a golpes, sin importarles todo el trabajo que habían hecho en aquel lugar, todo fue arrasado, les infringieron heridas, pero créeme, las peores heridas eran las que traía en la

mirada.

—¿Qué querían esos sindicalistas?

—Eran anarquistas. Sitúate de nuevo, si es que tus planes de estudio te lo permiten. Estamos en la primavera de 1932. Durante esa etapa, como lo demuestran casos en toda Andalucía, esa gente creía en provocar estallidos de violencia e ira para hacer estallar la revolución. Pretendían, de esa forma, ir desgastando el sistema. Claro, necesitaban una base de operaciones.

—¿Se recuperó mi tía?

—Nada volvió a ser lo mismo. Aquella tarde ella no paró de llorar. Se quedó parada en la puerta. Ausente, casi absorta, como a punto de caer en un desmayo. Fui a su encuentro. Los demás fueron a por material para sanarle las heridas. La sujeté para que no cayese. Me sacudía, me golpeaba, como queriendo escapar de mí. Néstor, presta atención. Daba la impresión de que me culpaba. Me exigía hacer algo, pero yo... —don Ambrosio se desmoronó de nuevo. Esta vez el trance era, si cabe, más profundo e inquietante. Daba la impresión de que no sobreviviría a este infierno que le quemaba por dentro. Daba la impresión de que no sobreviviría a esa sobredosis de recuerdos. No obstante, volvió en sí—, pero yo... no hice nada.

El viejo, inmóvil, agachó su rostro decrepito. Su mirada ida

perdía fuerza a borbotones, como sangre limpia que busca con furia una salida, escapar de la piel. La luz de la vela, en medio de aquella absorbente oscuridad, resaltaba aún más los recovecos de su rostro, la tristeza de su mirada. Todo en él perdía vida. Perdía tanta vida que Néstor se acercó a consolarlo.

—Yo era un teórico. Creía que sabía de la vida porque había leído libros. ¡Oh, qué libros! La pena es que ninguno de ellos me preparó para afrontar algo tan aterrador. Ella, convertida en mi despiadada conciencia, en mi particular e insobornable inquisición. «¡Para esto! ¡Para esto!», no paraba de gritar. Por un lado, la esperanza y por otro la angustia. Por un lado, la utopía y por otro su familia desamparada y sola. Por un lado el futuro que podía ser y por otro el pasado que ya jamás será. ¡Qué dolor! Lo recuerdo. ¡Siglos! Si no es que lo recuerde, es como si lo estuviera viviendo de nuevo. Era una tarde lluviosa, como la de hoy, estaba anocheciendo afuera y su cuerpo, tras la dura batalla, se desplomó sobre el mío y al hacerlo, me inundó de una mezcla de lluvia, sudor, barro y sangre. Aquel olor, aquel tacto forman parte ya de mi guarida. No podía más, había perdido el control, pero sabía que en un momento dado se vendría abajo. Yo apretaba fuertemente sus brazos para defenderme y, al perder ella las fuerzas, nos fundimos en un abrazo absolutamente desgarrador.

El anciano mostró aquella noche su lado más nocturno,

decadente y agónico. Néstor, en uno de sus silencios, miró el pequeño ventanuco que volvía a estar sacudido por el viento y la lluvia. La vela que había iluminado la velada daba ya sus últimos suspiros de humo. Él no había podido dejar de imaginar, de recrear en su mente, a medida que hablaba el octogenario, aquella angustiosa y dramática historia.

CAPÍTULO SEXTO

Tras el arrebató, la sacudida emocional que supuso para Ambrosio Buendía recordar aquella escena, se recuperó y continuó con el relato que tenía a Néstor y a Julio cada vez más atrapados.

—Pasó ese mes de abril del año 1932. Los años siguieron corriendo deprisa, con su devastadora mole de insatisfacción, con su letal apisonadora de tiempo. Aquí, en el pueblo que algún día iba a llamarse Ancestra, las cosas no iban bien.

—Seguían teniendo problemas.

—Sí. A cada estallido de ira revolucionario le siguió otro aún más virulento de represión por parte del sistema. El ambiente era irrespirable. La tensión, insoportable. Se iba de fracaso en fracaso. Ojo, también hubo días felices. Recuerdo

cómo saliendo del pueblo había un camino que te adentraba en pleno monte. Aquel camino terminaba en un lugar cerrado, un oasis plano de matorral rodeado por todos sus flancos por sinuosas pendientes en las que los afilados pinos obligaban a sus raíces a hacer malabares para permanecer en pie. A la derecha, una vieja casa en ruinas se iba desplomando, se iba desmoronando poco a poco. Ése era el lugar en el que la maestra llevaba de recreo a sus huestes. Los niños eran enormemente pobres, ya viste las fotos. Algo como un simple caballo de cartón era impensable. Los más pequeños y débiles se quedaban en el matorral y miraban asombrados las hazañas del resto. Sólo los más mayores tenían permiso para subir las empinadas cuestas que llevaban al territorio de los pinos y ninguno debía, con inclemente prohibición, bajar la hondura que llevaba a la depauperada casa. Más de uno lloró al caer rodando desde lo alto, perdiendo en ese momento la hombría y galones adquiridos sólo minutos antes frente a los demás. Aquélla era la vida. Aquél era el primitivo juego de los niños del pueblo, allí se inventaban su mundo, allí se inventaban el mundo.

Pues bien, algunas tardes, cuando ya no existía todo ese alboroto, Estrella y yo íbamos allí. Como en la posada, siempre buscando un lugar para estar solos. ¡Siempre buscando un lugar en el que huir! Era una sensación tan extraña. Aquel lugar era como estar en el centro de un enorme anfiteatro en el que, en el graderío, se erigían

inmisericordes los pinos y la ventisca. Imperturbables, observadores, jueces. Qué mezcla de belleza, melancolía y miedo. Para acabarlo de arreglar, el deprimente espectro de esa casa, de lo que fue esa casa. ¡Qué horror! ¡Qué espanto! El paso del tiempo no sólo había ido minando su estructura y su forma. No, no contento con eso, el gran inquisidor fue deslizándola por una pendiente, cada vez más empinada, hasta caer en una hondonada casi imposible. Por su propio peso estaba condenada a caer, a caer lentamente, con angustia, con agonía, hasta desaparecer. ¡Es como si fuera tragándola la tierra!

El grito sonó seco, frío, demoledor. En ese momento Néstor se impresionó por la severidad de la escena, pero fue después, al repasar mentalmente las palabras que acababa de oír, cuando sintió un letal escalofrío por la estremecedora metáfora salida de la boca del anciano. Se paralizó. En algún lugar había sentido ya eso, en algún lugar de sí mismo que no conocía, que estaba descubriendo.

—Muchacho. ¿Le ocurre algo?

—No. Continúe, por favor.

—Bueno. Se suponía que iba a contar algo agradable y ya ven.

—No se preocupe.

—La cosa es que, en medio de esa belleza amarga o de esa amargura bella, conseguimos ser felices. ¿Sabe? En silencio, sin hablar, sin rendir cuentas a nadie, ni tan siquiera a nuestros fantasmas. Tan sólo existían unas manos con caricia autómata para eludir el drama. Tan sólo existían unos ojos cerrados para no pensar. Tan sólo existían unos besos suaves para desaparecer. Sobre nosotros caía el mundo, el viento rugía, los pinos inquirían, la tierra devoraba sin piedad casas y a nosotros mientras tanto se nos ocurría ser felices. Felices. Felices. ¿Sabe usted otro drama?

—¿Cuál?

—Que probablemente ese lugar ni exista o, si existe, esté irreconocible. Ni el monte, ni los pinos, ni muchísimo menos la casa. La nada es un monstruo, un monstruo que nos devora, Néstor. La nada es un monstruo que se devora a sí mismo.

Néstor se sentía cada vez más incómodo por el transcurso tenebrista que estaba llevando la conversación y consiguió atajar, momentáneamente, toda esa delirante locura.

—¿No consiguió mi tía continuar con su misión de guardián de la memoria?

—Sí. Durante un tiempo. Aún lo recuerdo. Fue inolvidable aquel día en el cual Estrella pudo erigir en la plaza del pueblo

su gran monumento «El Ancestro». Hace años que no bajo al pueblo, pero dicen que aún sigue allí. Su ilusión era crear un símbolo, un monumento al modo de las estatuas de los grandes reyes o generales, pero cuyo protagonista fuera el ancestro. Es decir, un antepasado cualquiera que representase a todos nuestros antepasados. Rebuscó meticulosamente entre todas las fotografías que había ido recopilando de la gente del pueblo. Tardó en eso días. Ella se sentaba en el patio de la casa de Miguel. Las miraba, descartaba, elegía y las volvía a mirar. Quería estar muy segura. Quería no fallar. Estaba, chico, absolutamente obsesionada.

—Y consiguió su objetivo.

—Sí. En nuestro grupo había un escultor, un inglés. Bohemio y anacoreta, daba miedo al resto de la población, pero en nosotros encontró la calidez que venía buscando en Andalucía y que no halló en los demás. Aquellas gentes, muchachos, eran caldo de cultivo para la superchería, para el miedo y la desconfianza. Fuimos a su taller Estrella y yo y le llevamos la fotografía de nuestro ancestro. Se trataba de la imagen que ella había pensado desde el principio, precisamente la primera que obtuvo de la gente del pueblo, la de un triste anciano. No era tan mayor aquel hombre, pero en aquella época todos parecíamos ancianos. La juventud era la antesala de la decrepitud. Esculpió con esmero una auténtica obra de arte. Tras muchas gestiones,

peleas, incomprensión, por parte de la analfabeta clase política del momento, conseguimos que un ayuntamiento no hostil a nuestras ideas diese el visto bueno a su gloriosa ubicación: la plaza del pueblo. Una ceremonia muy humilde y sencilla lo sacó a la luz. Recuerdo cómo a Estrella le saltaron las lágrimas al despojarlo de la sábana que lo cubría.

Nos abrazamos. Creíamos haber destapado, nada más y nada menos, a la eternidad, haber ganado nuestro desafío, nuestro cruento órdago al paso del tiempo. Fue el día del laurel, nuestro particular día de vino y rosas. Aún recuerdo imágenes de personas que se nos acercaban, vienen a mí como en sueños, llegando a la plaza. Aún veo sus andares esquivos, sus miradas incrédulas, sus fatigados rostros. Aquellas pobres gentes parecían no entender nada de aquello, pero algunos demostraron su gratitud por el trabajo y la humanidad de Estrella. Sentían que allí había algo que tenía algo suyo. Como el sol, como los años. La estatua los miraba a todos.

—El Ancestro.

—Ancestro, sí, y de todos nosotros. Ese antepasado entró en la eternidad para llevar la eternidad a los antepasados todos.

Néstor escuchaba atónito la narración y lo imaginaba, pero no sólo eso, se situaba, no podía parar de pensar en el

momento en el que se colocase frente al monumento que, por lo que había contado el anciano, aún se mantenía en pie.

—Fue uno de los últimos momentos en los que la vi bien. Después...

—¿Después, qué? ¿Qué pasó con mi tía?

—Después llegó el fatídico 1936. La primavera de ese año fue el comienzo del desastre. Nuestra primera victoria fue nuestra derrota moral. Los revolucionarios tomaron el poder en el pueblo. Fue horrible. Ella decía que era el momento, que ahora o nunca, que jamás tendríamos otra oportunidad así. Ancestra debía nacer en aquel momento. El mundo nuevo, de las ruinas del viejo y todo eso que yo mismo le enseñé, pero...

—Pero...

—Pero yo temía por su vida. No estábamos bien vistos dentro de nuestra propia camaradería. Despertábamos recelo y desconfianza. Nunca nos entendieron, pero ella estaba convencida. Nunca antes la palabra utopía había cobrado su absoluto significado. En el fondo, ella era la anarquista y no yo. Quise atarla a las reglas de la utopía. ¡Contradicción! ¡Contradicción! Si ella venía huyendo de otras reglas. Sólo se encontró con la incompreensión de todo el mundo. Nuestra gente no era más libre que aquellos

mojigatos de los que ella huía. No, simplemente cambiamos unas reglas por otras. Se esclavizaron con distintas cadenas. Al final fuimos exactamente igual que nuestros enemigos y eso fue lo que creó la división dentro de nuestro grupo. Eso fue lo que nos hundió.

—¿Guerra dentro de la guerra?

—Efectivamente. Lo tomaron absolutamente todo. Colectivizaron tierras. Lo requisaban todo en nombre de la revolución. De los nuestros quedaron pocos. La mayoría se pasó al poder, mejor dicho, al vacío de poder. Nosotros lo único que pudimos hacer fue resistir e intentar pasar desapercibidos. En una palabra: sobrevivir.

—¿Qué ocurrió con la obra de mi tía?

—Ella temía mucho por ello. Era enormemente celosa con la función que le habíamos asignado dentro de la utopía. Lo escondió en algún lugar que, en aquel momento, desconocía. No se fiaba ni de mí. Néstor, yo la había decepcionado. Los revolucionarios, en su enorme incultura, calificaron nuestra utopía de conservadora. ¡Qué tragedia! ¡Qué tragedia! La memoria hay que conservarla, pero nunca puede ser conservadora. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! Un día entraron en la casa a buscar todo ese material y no encontraron nada. La torpeza de esa gente lo impidió. Se fueron con su rabia, cargados de odio. En ese momento,

éramos nosotros el enemigo. Sacábamos fuerzas de flaqueza. No podíamos desfallecer. No debíamos volver atrás. Sin embargo, entre tanta angustia, a Estrella se le ocurrió pensar en el pasado. Se obsesionó con cómo estaría su familia en esa convulsa primavera de 1936. Se sentía culpable. ¿Y si la muerte sorprendía a alguno de sus familiares sin dar ella el último adiós? ¿Y si, de estar allí, consiguiera evitar una catástrofe? Volvieron a ocupar su corazón esos mismos que lo oprimieron, que la oprimieron. ¡La oprimieron! ¡La oprimieron!

—Entonces volvió con su familia...

—Era una tarde de calor plomizo. Parecía que intuía lo que iba a ocurrir después. Se me acercó completamente rota. Su mirada, mezcla de amargura, tristeza y desidia. Nunca la había conocido así. La preocupación por los suyos junto a la marcha de nuestra moribunda utopía la habían conducido a un callejón sin salida, a un estremecedor infierno en el alma. Además, ese día coincidió que yo le conté lo que fue definitivo para ella.

—¿Qué?

—A Miguel y a mí nos ofrecieron un puesto en el comité revolucionario. Era una oportunidad para salvar nuestras vidas. Salvarnos a nosotros, pero no a nuestra utopía ni, por supuesto, al maltrecho amor que nos unía a Estrella y a mí.

—Es ahora, don Ambrosio, la primera vez... —Néstor balbuceaba, como si un pensamiento intentara con dificultad salir, nacer, brotar convertido en palabra—. Es la primera vez que pronuncia la palabra... amor.

—¡Siglos! El pasado que vuelve. Definitivamente, Néstor, eres el sobrino nieto de Estrella.

El anciano dejó a un lado las distancias. Por primera vez, pronuncio la palabra amor y por primera vez dejó de hablarle al muchacho de usted.

—Porque ella creía en el amor y usted no. ¿Quizás?

—Bueno. Ella siempre me reprochó algo así, pero ¿sabes una cosa? No era yo, era nuestro ideario. Nuestro ideario no contemplaba el amor. Era otra atadura más. Sin embargo ella, en su auténtico vivir la libertad, lo entendió. Nosotros éramos los equivocados. El ideario era el equivocado. «El amor no es un enemigo de la libertad. El amor es libertad», dijo ella tantas veces.

—Entonces, ¿qué pasó con el comité? ¿Lo aceptó?

—Fue horrible. Cuando me escuchó decir lo del comité, su mirada se tornó intensa, inflexible, dura. Terminó de desgarrársele el alma. Parecía no importarle ya nada de la utopía. Lo que de verdad la angustiaba era la tremenda sensación de desamor. Ésa era la verdadera tragedia. Ella quería seguir

con la utopía sin mí, pero la convencí de que no lo hiciera. Hubiera sido rápidamente ejecutada por subversión por los nuestros. No fue difícil convencerla porque no tenía apenas fuerzas para salir adelante. Claro que acepté el puesto en el comité. Me importó más salvar mi vida que la causa del individuo y ¿sabes lo que hizo? —Néstor apenas logró expulsar tres letras de su alma.

—¿Qué?

—Pues lo que ya había hecho antes: escapar. Cuando estalló la guerra fue la apoteosis del caos dentro del caos. El golpe fracasó en un principio, pero daba igual, nuestra utopía ya estaba muerta. Daba igual quién ganase aquella guerra que ya no era nuestra guerra. Eran las dos caras de la misma barbarie. Un día vino su hermano a llevársela. Se fue, Néstor. Se fue.

Habían salido palabras desgarradoras de aquel anciano, frases durísimas habían convertido el aire en algo irrespirable. No obstante, más cortantes, más duros eran sus silencios.

—Don Ambrosio...

—Cuando ella se fue camino a Málaga puedes imaginarte cómo me quedé. ¿Puedes imaginarlo? Oh, ¡cómo vas a poder! ¡Siglos! En ese momento empecé a ser consciente de mi drama, del drama de todos nosotros, de todos los

hombres. Empecé a ser consciente de la nada, a construir mentalmente «*La nada*». Había perdido. Nunca antes me había aterrorizado tanto la derrota. Sin apenas fuerzas para absolutamente nada renuncié a tanto por lo que había luchado, y tras años de clandestinidad y oscuridad me convertí en uno más, en lo que tanto había detestado, en un peón al servicio de la normalidad, de la cordura, de esta odiosa cordura que nos venció a todos esos largos años.

—No volvió a saber nada de mi tía.

—Volví al redil de mi familia, al igual que ella. Me casé, tuve a mi hija, viví de los vinos, y pasados los años, volví a aquella posada en la que por primera vez fui feliz. En realidad era el mismo lugar, Néstor, pero ¿sabes una cosa? La felicidad ya no estaba aquí. No, ya no estaba.

—¿Por qué venta «*La nada*»?

—Porque la idea de la nada era un monstruo que devoraba mis entrañas y la de esta vieja casa que se desmorona y muere conmigo. La idea de la nada, Néstor... estremece — su voz se tornaba cada vez más oscura, más débil, susurraba, se entrecortaba, le faltaba el aliento.

Después mi hija me convenció para que convirtiésemos «*La nada*», ese sarcástico homenaje al monstruo, en un alojamiento rural, como se dice ahora, pero en esta época no tengo ya fuerzas para luchar contra esos absurdos de la

vida... —su voz pareció apagarse del todo y resurgió como un suspiro—. Tú mismo, Néstor, has contestado a tu pregunta. Ella volvió al mundo porque era volver o morir. ¿O tal vez debería decir volver y morir, morir por dentro? No hubiera tenido sentido volver a saber de ella. En el mundo se está o no se está, pero no sólo un poquito. Más de setenta años después, la primera noticia que he tenido eres tú.

En este momento cayó abatido por la angustia. Sus cavernosas manos taparon su rostro. Desplomado, contra la madera. Lloró.

—Disculpe, sé que para usted es doloroso, pero, ¿qué ocurrió con su legado? ¿Qué pasó con los recuerdos de toda esa gente?

—¿Sabes cuál fue su manera de hacerme daño?

—No.

—Bien, recuerdo que el día que ella me dejó, me los entregó todos... excepto los suyos. Ni me dijo de qué se trataba, en qué consistían, qué había elegido ella para que la representase en la eternidad. No. Era su manera más trágica de desaparecer. Desaparecer en su más infinita y trágica totalidad. Después de la guerra tuve que vivir escondido. Di gran parte de todo eso, de lo que iba a ser Ancestra, a gente del pueblo. Sólo conservo algunas fotos que ya te enseñé,

que forman parte de mi santuario, el que me ayuda a sobrevivir. Hoy hay historiadores que andan buscando en los archivos del pueblo, creo que han abierto uno. Por aquí han venido, la verdad, no sé para qué...

Néstor y Julio se miraron al unísono. Les había unido una repentina telepatía a los dos amigos de tantos años. La profundidad de la mirada de Néstor encerraba tantas dudas, tantas incógnitas, que era imposible escudriñar algo. Era un oleaje embravecido en el que enormes navíos se hubieran hundido sin dejar rastro. No obstante, su amigo lo adivinó, entendió claramente lo que rondaba su mente, mientras el anciano se descomponía poco a poco, silenciosamente, en cada palabra que se le hacía más larga, más cansada, más interminable que la anterior.

—No sé dónde está eso, pero sé que Estrella conservó su caja de recuerdos, estoy seguro y...

-¿Y?

—Y puede que aún exista.

CAPÍTULO SÉPTIMO

El autobús se dirigía al pueblo. Atrás quedaba la intensa oscuridad de «*La nada*». La mañana era soleada. Aún así, Néstor sentía un frío intenso que se acrecentaba al contemplar la escarcha en el cristal, ya desvanecida. La noche de lluvia, niebla y caos había dejado paso al despertar de un día gélido y atónito bajo un cielo tan azul que hería. Néstor cerraba los ojos en el asiento ya que el sol allí parecía más intenso. Miró uno por uno a los demás viajeros mientras se sacudía el frío. Inmune a éste, era gente de pueblo en su habitual trasiego. De repente, un rostro le llamó más la atención. Era un hombre de aspecto muy rudo. Nunca había visto a alguien así, aunque tenía la sensación de que le era familiar: el rostro agrietado, las maneras bastas y su ropaje de pastor eran tan arcaicos que le extrañó sobremanera.

Néstor se incorporó en el asiento y siguió el desfile de rostros. Era muy raro. No había reparado en ello en un

principio. Quizás estaba demasiado cansado y dormido por todo lo que había vivido la noche antes, pero se fue fijando en más personas que no parecían de esta época. Un niño con la ropa raída transmitía una pobreza inhumana. Néstor pensaba que toda esa miseria había sido vencida hace ya tiempo. No podía dejar de preguntarse dónde estaba. Afuera el paisaje se volvió hosco, desaparecieron los pinos y la vegetación, se puso en pie.

Cada vez se fijaba más en rostros que juraría no estaban allí cuando subió a ese autobús. Se comenzó a preocupar. Esos cabreros analfabetos enormemente pobres lo miraban a él con apatía. Una mujer vestida de negro le hacía tener la sensación de estar en Marruecos y no en Málaga. Sostenía a un bebé que inició su letanía.

Néstor se fue corriendo hacia el conductor del autobús. Tampoco había reparado al subirse en sus ropas y maneras antiquísimas. Le preguntó que cuánto quedaba para llegar al pueblo. Le contestó que qué pueblo. Néstor, entonces, volvió la mirada a los viajeros. Lo tenía claro, ninguno de esos ocupantes estaba al principio. Entonces miró a la anciana de luto que sostenía al bebé. Su mirada triste se clavó en la de Néstor mientras acurrucaba al niño. Ella le sonrió. Fue una sonrisa que provocó el pánico de Néstor. Era la anciana que había visto en una de las vetustas fotografías que conservaba el viejo. Un sudor muy frío paralizó su cuerpo. Quiso gritar y no podía. La vieja se reía de él. Néstor

los volvió a mirar y entendió que todos ellos estaban muertos.

La apacible noche en aquellos montes perdidos de la civilización había sido rota por un grito dramático, salvaje, desgarrador. Sólo un alma al romperse podía gritar de esa manera. Un intenso llanto le siguió mientras se arrodillaba entre esas sábanas, sólo iluminado por una luna llena libre ya de nubes. Pidió piedad. Entonó una plegaria de padrenuestros y avemarías que él creía olvidados. Ni él entendía una sensación tan terrorífica, pero al recapacitar, al desacelerarse el pulso, al volver a encajarsele el rostro, al secarse el sudor y las lágrimas, lo vio claro: le había sonreído la propia muerte.

Amaneció. Consiguió dormir un poco tras la horrible pesadilla. Se aseó lo que pudo. Con las mismas ropas y con el pelo muy mojado, bajó las escaleras. Pensó en si alguien habría escuchado su ataque de locura de la noche anterior. Abajo estaba Julio esperando a que la hija de don Ambrosio le sirviera el desayuno, un mollete de pan en aceite de oliva, típico de esos lares.

—Tienes cara de no haber dormido nada, tío.

—Tú qué crees. Julio, he vuelto a tener una pesadilla aún más espantosa.

—Mira Néstor, tranquilo, ahora nos tomamos aquí un mollete espectacular y nos vamos al pueblo. Cuando entres en el archivo ése y te quedes tranquilo de haber buscado lo de tu tía, cogemos el coche y todo habrá terminado.

—Ya, y el año que viene, cuando yo diga ir a Puerto Marina, me haces más caso.

—No lo sabes tú bien.

Mientras los jóvenes reían, se acercó la mujer a servir el desayuno a Julio.

—Tráigame otro igual a mí.

—Claro. ¿Qué tal su primera noche en «*La nada*»?

—Eh, bueno... ¿Y su padre?

—Mi padre está en su despacho con unos papeles.

—Ahora iremos a verlo.

Los dos siguieron conversando. La venta no parecía tan tétrica de día, pero al mismo tiempo no tenía el mismo encanto. Sus miserias estaban al descubierto por el sol, pero su atmósfera no era tan cautivadora. Había lugares en los que el sol y la luz aniquilaban su único atractivo, eran despojados de la melancolía.

Al terminar de reponer fuerzas con el desayuno, Néstor

golpeó con respeto la puerta del habitáculo que el viejo llamaba despacho.

—¿Se puede?

—Como poderse, se puede. Otra cosa es que se deba o sea preciso.

Néstor, atónito con la respuesta, dudó si entrar.

—Pasen, pasen.

El diminuto cuarto estaba igual de oscuro que la noche antes. La única ventana, obsoleta y ridícula, permanecía cerrada y con las cortinas echadas. Parecía que a aquel anciano le molestase la luz. La mesa, un amasijo de documentos, era, esta vez, alumbrada por una lámpara a la que quedaba un soplo de vida.

—Se preguntarán por qué vivo así, entre penumbras.

—Bueno, pues para qué le vamos a engañar, sí —dijo Julio al ver que, en realidad, ese hombre esperaba una respuesta.

—Porque sólo entre sombras puede permanecer uno a salvo de las fugacidades del tiempo. Sólo sin luz puede uno estar realmente en la nada, devorado por el monstruo, lejos del mundo y sus ilusiones. La luz es un engaño, un espejismo, una farsa. La mentira de los escenarios. Te distrae. No te deja ver ciertas cosas. No te deja ver lo que

hay adentro. Sólo en la oscuridad no se esconden los fantasmas. Es el niño que llevamos dentro desde la eternidad, sólo que, de adulto, uno retoza en el fango de ciertas heridas. La herida no es un monstruo que se esconde en el armario. La herida esta ahí, esperando a que se haga de noche para salir a doler, a matar. Es una muerte lenta la que te da la oscuridad. Morir de dolor, morir de pena. Sin la luz. Sin anestesia.

Los dos muchachos se miraron, apesadumbrados por la tristeza de aquel discurso.

—Verá. Vamos a ir al archivo ése. No quiero irme de aquí sin encontrar los recuerdos de mi tía abuela.

—Muy bien. Pues déle recuerdos de mi parte.

—¿No va a venir? ¿No siente curiosidad por saber qué nos dejó para que la recordásemos?

—Ya se lo dije. El recuerdo es un triunfo, pero cualquier triunfo nuestro es momentáneo. La muerte siempre gana la carrera de fondo.

El viejo agachó la cabeza. Su mirada se cubrió de su enmarañada cabellera canosa. Se sentó. Apagó la luz y encendió la cara más amarga de su derrota.

Los jóvenes abandonaron la venta esa mañana de estremecedor frío. Al cerrar la puerta de la habitación del

anciano, Néstor se quedó con el pomo en la mano. Había cosas en ese caserón que morían lentamente, de espera, de cansancio.

—Julio, ¿cómo puedes imaginar que este hombre es el idealista de los relatos de mi tía?

—Tío, ¿qué edad tiene? ¿Cualquiera sabe cómo estaremos a su edad? Además, ¿tú crees que pensar tanto es bueno?

—Yo tengo la sensación de que he pensado más en estos dos días que en toda mi vida.

Néstor paró en seco y se quedó absorto mirando al amigo.
—No Julio, no es bueno. Pensar tanto no es bueno.

Prosiguieron a pie el camino que les llevaría al pueblo que un día estuvo a punto de llamarse Ancestra. Néstor volvió a relatar a Julio la pesadilla sobre la casa de su tía y lo sorprendió con la nueva, la que la noche antes le había aterrorizado.

—Néstor, no es por nada. Casas que te devoran, un autobús lleno de muertos... Un psiquiatra fliparía contigo.

Anduvieron el camino entre risas hasta que se percataron de que algo iba a obstaculizarlos en breve.

—Eso de allí parece... no sé... una película o algo así.

—Julio, no, ahora... ¿cómo llegamos al pueblo?

Al acercarse vieron cómo un conjunto de hombres, armados con sus cámaras y reliados en interminables cables, andaban nerviosos de un lado para otro, esperando algo.

—Oiga, ¿qué van a rodar ustedes aquí?

—¿Es a mí? Ah, un documental de naturaleza.

—¿Naturaleza? ¡Si aquí no hay más que pinos!

El cámara se sacó el pitillo de la boca e hizo una pausa para mirar a Néstor con incredulidad. Se le acercó imponente. Julio entró entre ambos.

—Disculpe, mi amigo está muy nervioso. Es porque queremos ir al pueblo...

—No, si su amigo tiene razón.

El fornido cámara cambió su gesto y esbozó una sonrisa.

—Lo malo es que lo oiga el biólogo.

—¿Biólogo? ¿Qué biólogo? —los dos preguntaron al unísono.

—Se trata de Enrique Ballesteros, biólogo.

—¿Por qué dice que no nos puede oír decir que aquí sólo hay pinos?

¿Es peligroso?

—Sí, muy peligroso. Es capaz de estar aquí hablando dos horas si escucha una frase como ésa.

—Aaaah.

—Y uno... tiene familia... Vamos, que no puede estar aquí todo el día.

Entonces un estrepitoso todoterreno envuelve en polvo toda la parafernalia. De él sale el esperado biólogo que, enfundado en un llamativo traje de neopreno color naranja, empieza a posicionarse a él y a su equipo de rodaje.

—Aaaaaacción.

—Y nos encontramos aquí, en el último reducto de un gran saurio: el camaleón. Superviviente de épocas más remotas, en las que fue mucho más abundante, tiene en los míticos pinares del Parque Natural de los Montes de Málaga su gran feudo.

Mientras el naturalista se emocionaba cada vez más en su discurso, su equipo no paraba de hacer gestos. Alguien había reparado en un detalle.

—Enrique, ¿por qué vas vestido de neopreno? Aquí no hay agua.

—Impresionante. Vengo tan emocionado de rodar el capítulo de los bojs... Ya sabes, el último bosque de bojs del Sur de Europa, que se encuentra en el cañón de Río Verde, en Otivar...

—Ya, ya, vale, lo entiendo.

—Pues vamos a rodar así. Da más imagen de aventura.

Néstor y Julio no salían de su asombro al escuchar la conversación del biólogo con su ayudante. Un rato después pareció acabar la escena. Ballesteros sostiene al reptil en su mano y pronuncia sus últimas palabras.

—Catalogado como «en peligro de extinción», escuchamos su llamada de auxilio. Estamos obligados a luchar por su conservación.

Todo el equipo empieza a desmontar la disposición de cámaras y artilugios de grabación con la misma velocidad que la instalaron. El joven naturalista se vuelve a subir al 4x4. Todo desaparece sin dejar rastro. Néstor y Julio vuelven a tener delante el camino expedito hacia el pueblo.

Tras veinte minutos de caminata apareció un amasijo de calles estrechas y empinadas, un desfile de casas blancas armadas con geranios enfilados como espadas en

ventanales. En fin, un pueblo más de los que habita entre el silencio y el olvido en los últimos rincones de esta tierra. Los pocos niños que había corrían, las ancianas cosían en las puertas, los hombres apuraban el último sorbo en el bar a media mañana. No se entendía cómo el escenario de tantos sueños y pesadillas se había transformado en tanto tipismo. Era la normalidad encarnada en esa gente normal, en esas calles normales de aquel pueblo normal, tan ajeno a su propia historia y sus catástrofes.

—Oiga, ¿sabe usted algo de un archivo?

Néstor le preguntó a una anciana que, en una silla de enea, daba estoques de aguja a su última obra: un jersey de punto. Levantó la mirada.

—¿Cómo dices, hijo? ¿En este pueblo hay un archivo?

Julio y Néstor se miraron temiendo que aquel viejo no les hubiera dado información fidedigna.

—Mire, señora, sí. Alberga información acerca de lo que ocurrió aquí antes de la guerra civil.

—Ay, qué bien. Cómo me gusta este alcalde. Qué cultos nos está volviendo. Un archivo. Ja, ja, ja.

Un hombre se les acercó al oír la conversación.

—¿Busca el archivo municipal de Historia?

Era serio, sobrio, parecía más culto que el resto de la gente.

—Sí, oiga. Debe ser exactamente ése.

—Vamos, lo bueno sería que hubiese dos, ja, ja, ja, ja —la vieja no paraba de bromear.

—Es curioso. Usted no es de aquí, ¿no? Esta mañana estuvo aquí otra persona de fuera para ver el archivo. Una historiadora. ¿Es usted historiador?

El hombre se quitaba las gafas, con gran meticulosidad, observando a los chicos.

—No, no lo soy. ¿Podría indicarme dónde se encuentra?

—Suba esa calle y al fondo a la derecha. Dense prisa, estará a punto de cerrar y ha tenido suerte. Hoy es sábado.

El caballero volvió a incrustarse sus gafas de correa y se quedó charlando con la anciana mientras ojeaba el periódico.

El pétreo edificio destacaba del resto. Lo había sido todo: sede del tribunal de la Inquisición, convento y hasta cárcel. Desde hace un año el ayuntamiento había albergado en él los legajos y objetos que guardaba en olvidados sótanos

desde después de la guerra. Transmitía todas esas sensaciones.

Néstor miraba el adoquinado, miraba su propia sombra, recapitulaba, repasaba mentalmente los relatos del diario de la joven Estrella y los que le había transmitido el viejo Ambrosio. No dejaba de pensar en cómo sería aquel pueblo hace setenta años. Tan distinto, pero a la vez tan igual. Esa inexplicable sensación de creer estar en un lugar, cuando en realidad ese lugar ya no existe. Sus imágenes se diluyeron. Le envolvió una gran tristeza. Su mente no era capaz de recrear ese virtual viaje a través del tiempo.

—Néstor, me parece que no voy a entrar. Me quedo dando una vuelta por el pueblo.

—Vale. Te espero en la plaza. Allí donde tejía la vieja.

—Sí. En cuanto termines y comamos algo, vamos a recoger los bártulos a la venta y nos vamos a nuestras casas.

Néstor cruzó el portón. Aquel edificio tenía ese extraño sabor de lo restaurado. De entre la frialdad de lo nuevo a veces brotaba la magia. Escalones quebradizos, barandilla de madera, cristales gruesos en los ventanales. Había pagado un precio, pero no había sido derrotado del todo ese pasado.

Néstor explicó a una aburrida funcionaria lo que andaba

buscando y le condujo hacia una sala. El pasillo tenía ventanales altísimos desde los que se adivinaba un patio al modo de los viejos claustros. Más que ver el casi vacío patio, el cristal le devolvió su propio reflejo. Se vio a sí mismo.

Tenía lo menos 20 años menos. Era una de las tardes en las que su madre lo llevaba a casa de su tía abuela Estrella. Llovía sin parar y no podía entrar al patio. Aquella pequeña pero coqueta casa no tenía ningún aliciente para un niño. Aún así, se divertía allí y los días normales, pasaba revista a las plantas. Iba una por una para comprobar su estado y ponía nombres a cada una de ellas, ignorando que eso lo hubieran hecho, siglos atrás, los botánicos. Cuando acababa, comenzaba de nuevo.

La lluvia cedió el testigo a unos tímidos rayos de sol que se abrían paso. Las últimas gotas se resbalaban de forma furtiva por las hojas de las pilistras y al caer reflejaban el nuevo sol que nacía y moría en cada uno de sus instantes.

—Tita, tita. ¿Puedo salir al patio?

—Néstor, estoy preparando la merienda. Bueno, venga, vamos.

La anciana acompañó al niño de la mano con el cuidado

de no pisar los charcos. Su dulzura hacía el resto.

—Tita, ¡fíjate!

Un ejército de caracoles tomaba el recién resplandeciente bosque que era para el niño aquel patio. Salían de sus trincheras. Iban adelantando posiciones. Estaban por todas partes. El niño era el que tiraba de la anciana con la pasión de estar haciendo un gran descubrimiento.

—Siempre salen después de la lluvia. Observa cómo llevan la casa auestas. Ahora las plantas tienen la frescura que a ellos les gusta.

—¡Y cómo levantan sus cuernos! Tita, debe haber miles.

—Ja, ja, ja. No exageres, Néstor. Siempre han estado ahí pero tú no los veías.

—Tita, ¿podemos subir la escalera?

La anciana tenía una escalera con una endeble barandilla desde la que se accedía a una azotea a la que tenía prohibido subir al pequeño.

—Bueno, pero con cuidadito.

El niño, por el respeto que le infundía, y la anciana, por sus lentos movimientos, hicieron que la subida se hiciera interminable. Escalón que subía, Néstor no podía dejar de mirar

el pausado, pero constante trasiego de los gasterópodos. Unos más grandes, otros más pequeños, pero todos le fascinaban.

Los dos llegaron a la azotea. Sólo un piso la separaba del lugar que acababan de dejar, pero para el imaginativo niño aquello era como subir a una atalaya desde donde vislumbrar el escenario de batallas y aventuras. Desde allí se veían los tejados de las casamatas que poblaban aquel típico barrio. Todo un universo.

La anciana levantó al chaval para que éste pudiera alcanzar a ver más.

—Mira, tita. ¡La luna!

—Sí, el viento se ha llevado las nubes.

—Pero si no es de noche...

—Néstor, la luna siempre estuvo, está y estará ahí. No hace falta que sea de noche. Lo que pasa es que de día tú no la ves.

—Aaaah. Como los caracoles cuando no ha habido lluvia.
—Eso es. Siempre fue así, es así y lo será siempre.

—Tita. Dime, ¿tú también estarás aquí siempre?, ¿como los caracoles y la luna?

El cielo se tornaba cada vez más rojizo. Las baldosas del patio más luminosas. La luna más intensa. La anciana le sonrió. Néstor no obtuvo respuesta.

El cristal del restaurado claustro se la devolvió décadas después.

Su rostro más viejo y cansado era la cruel solución al acertijo.

De repente, unas voces le sacaron de su letargo.

—Oiga, usted no me entiende, yo vengo de la universidad. Estoy haciendo una tesis y mi catedrático no me deja venir los días de diario.

—Mire, yo no puedo hacer nada. Este archivo tiene un horario, como todos.

—¿Quiere que le pase con mi catedrático? Voy a llamarlo. Buff, tiene un carácter, me tiene esclavizada en la universidad y yo...

—No llame a nadie, por favor.

Néstor se asomó por una rendija del portón a la gran sala del archivo. Una joven discutía con el funcionario. Su aspecto era la síntesis perfecta universitaria: un aire intelectual con maneras adolescentes. La belleza de aquella chica latía escondida entre aquellas gafas, el pelo rojo

caótico en rastas, su batiburrillo de carpetas y folios, esa ropa vaquera y la descontrolada mezcla de nerviosismo y timidez.

—Yo tenía a este pueblo como un referente del compromiso intelectual del político con la Historia...

En ese momento repararon en la presencia de Néstor, sigiloso tras la puerta.

—¿Es usted también historiador? —espetó el funcionario.

—No, yo soy diseñador gráfico.

La funcionaria que estaba encargada de la entrada llegó a la sala tras escuchar la discusión.

—¿Qué pasa aquí?

—Esta chica quiere seguir en el archivo, pero es hora de cerrar.

—Eh, yo... también quiero quedarme en el archivo —los dos funcionarios y la chica se quedaron de piedra.

—Bueno, como yo, de todas formas, me voy dentro de media hora y es la primera vez que veo a dos personas interesadas en el archivo al mismo tiempo...

—Ay, ay, muchas gracias. Lo bien que voy a hablar de usted en el departamento.

La chica se abalanzó para besar y dar las gracias a la funcionaria dejando tras de sí su ya frecuente rastro de folios caídos. Néstor y ella se quedaron solos en la inmensa habitación donde se consultaban los legajos.

—No sé quién eres, pero gracias. Yo soy Néstor.

—Gracias a ti. Catalina.

—¿Una tesis? ¿Sobre qué?

— «El anarquismo individualista español y sus vertientes en el contexto de las utopías del primer tercio del siglo XX. El caso de Ancestra, en Málaga».

CAPÍTULO OCTAVO

—Vamos. No me creo que seas sobrino nieto de Estrella Rodríguez. Cuéntame de nuevo eso de que ibas a salir de marcha con unos amigos y...

—Que sí. Que yo no sabía nada de todo esto, he venido aquí por casualidad, me encontré con un viejo...

—Ya, ese viejo... ¿no sería Ambrosio Buendía?

—Bueno... sí.

—Venga ya.

—¿Cómo puedes conocer a toda esta gente? ¿Cómo te sabes todos sus nombres? Vale, vale, no me repitas el título de la tesis.

La chica le sonreía con una mueca en la que se mezclaba lo cómico con el escepticismo. Como tratando de averiguar dónde estaba el truco. Cómo y por qué aquel chaval habría llegado hasta allí para tomarle el pelo.

—¿De verdad fue tan importante mi tía?

—¿Lo preguntas en serio? Sin ella, Buendía no hubiera sido capaz de movilizar a toda esa gente.

—Increíble.

—Mira, yo lo siento, pero tengo que seguir con la investigación. ¿A qué has venido tú exactamente?

—He venido hasta aquí para rescatar los recuerdos que dejó mi tía abuela. Puede que estén aquí.

La chica saca de una vitrina un mamotreto de revistas acartonadas y amarillas que deposita en la mesa con estilo y maneras de arqueóloga.

—¿Ves todo esto? Son revistas claves de este movimiento ideológico que llegaron a manos de este grupo. En ellas se hacía un profundo debate y se exponían, sin tapujos, todas sus ideas.

—Hay varias.

—Sí. Fíjate. De *Nosotros y Al margen* sólo llegaron a imprimirse seis números, *Ética* llegó a los 24, e *Iniciales* fue la más duradera, con 70. A duras penas estas publicaciones, estrictamente individualistas, superaban los mil ejemplares vendidos.

—No parece mucho éxito. ¿No?

—Este movimiento estaba formado por auténticos marginados dentro de su propia ideología. Eran la heterodoxia de la heterodoxia. Muchos estaban perseguidos y muchas de estas revistas tenían que fundarse y refundarse continuamente para eludir a la censura.

—Madre del amor hermoso.

—Ja. En alguna de estas revistas eran frecuentes las portadas con desnudos. El nudismo era entendido como metáfora de la liberación de todos los convencionalismos. No sólo se limitaban a las imágenes, en *Ética* se hacía una verdadera apología del amor libre.

—Cómo se lo montaban nuestros antepasados.

—Observa este artículo, es de Mariano Gallardo. Era un nihilista sexual.

—¿Cómo?

—¿Cómo, no sabes lo que es un nihilista sexual?

—Pero... ¿aquí escribía alguien que mereciera la pena?

—Claro, naturistas como Puente, periodistas como Alaiz y muchos teóricos franceses como Ryner, Lorulot o Montseny.

—No, si ya decía yo que el nihilista sexual ése estaba inspirado por algún francés.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, y de los nuestros, ¿se lee algo?

—No. Estas publicaciones eran de ciudades como Barcelona o Valencia. Lo realmente extraño es que llegaran hasta un pueblo perdido de los montes de Málaga y todo esto germinase. Es una de las cosas que tengo que investigar para la tesis.

—Pues no investigues más. Fue el hermano de Inés, una del grupo, el que, tras venir varias veces de Barcelona, iba trayendo todo este material que ella y otros como Miguel o Ambrosio devoraban sin piedad. Fue apresado.

—Madre mía. Entonces... ¿Es verdad que has conseguido hablar con Buendía?

—Catalina. Te lo he dicho.

—Bueno, luego me lo cuentas.

La chica iba sacando con nerviosismo, pero al mismo tiempo con dulzura, los ejemplares de la cristalera en la que estaban apilados. Como si en lugar de ese viejo y frágil papel tuviese entre sus dedos la propia Historia.

Néstor, mientras, pidió a la funcionaria el acceso a los objetos de los antepasados. También estaban apilados, esta vez en cajas. Relojes de mano, pulseras, gemelos, trozos de tela, mechones de pelo, muñecas de trapo, juguetes... Todo estaba desordenado. La guerra y el posterior abandono habían borrado las huellas de sus dueños, el DNI sentimental de esos objetos. De nada le servían, pues. Sin la memoria de sus dueños, para él no eran nada.

—Néstor, me temo que ha acabado nuestra media hora.

—¿Ves todo esto? ¿No te sientes como una arqueóloga más que como una historiadora?

Néstor sujetaba una desdibujada muñeca mientras Catalina se ponía y quitaba las gafas continuamente.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que es como si estuviésemos excavando y sacáramos todo esto de entre las rocas. No sabríamos a quién pertenecieron, lo que pasó, lo que les hizo llegar así y de ese modo. Esto no sirve para nada. ¡No sirve para nada!

—Lo sé. Esperabas encontrar una cajita con los recuerdos de tu abuela.

Néstor la miró mientras apoyaba sus brazos en la mesa con rabia. Tenía los ojos en otra parte o en otro tiempo. Evitó llorar.

—Vamos.

Los dos jóvenes salieron del austero pero grandioso edificio. El sol golpeaba con fuerzas las cristaleras que daban al patio del antiguo claustro. Bajaron las escaleras. Él, completamente absorto. Ella, ordenando su caos de apuntes y libretas.

En la calle, al fin, pudieron respirar.

—Habrás visto «*El Ancestro*», ¿no?

—No, pero desde que el viejo me habló de él...

—Pues vamos, y mientras me cuentas todo lo que sepas de Buendía.

Catalina lo cogió del brazo y acelerando el paso se lo llevó hasta la plaza donde estaba la estatua. Se preguntó si aquél era un gesto habitual en la muchacha. Intentó contárselo todo.

Los acontecimientos se agolpaban en su cabeza. Daban

vueltas. No podía creer que no habían pasado ni 24 horas desde que se subió a aquel coche que lo llevó hacia «*La nada*».

La oscuridad absorbió la mañana tiñéndola de gris. El cielo, dramaturgo. Dejaron de hablar. Néstor miró al suelo. Tenía miedo de clavar sus ojos en la estatua, fue lentamente deslizando la mirada hacia ella. Catalina captó el respeto, el miedo, el drama.

Comenzó a llover, poco importaba ya. «*El Ancestro*» le pasó revista, lo aniquiló con su efigie gastada de piedra. Lo atrapó. No había vuelta atrás. Era su particular cara a cara, su dramático duelo de titanes, su angustiada plegaria por la salvación. Poco importaba que se hiciese tarde, que ella tuviese planes, que otras cosas esperasen. La piedra lo convirtió a él en piedra en aquel largo instante. El monumento era tan realista que pensó encontrarse delante del esquivo protagonista de una de aquellas viejas fotografías. Un hombre al que la dureza de su vida había convertido en anciano, en el momento de la imagen, de su transformación en símbolo, de su llegada a la inmortalidad. Inclinado, pareció interrogarle y en realidad lo hizo. ¿Por qué estaba él allí? ¿Qué sentido tenía todo eso? ¿Por qué de repente tanto dolor? Tristeza, melancolía, dolor. Eso transmitía. Panadero, sastre, jornalero... Daba igual. En él se rendían multitud de silenciosos homenajes. En él se agolpaban panaderos, sastres y jornaleros todos. Aquel

hombre dejó de ser uno para ser muchos. La individualidad aniquilada en honor al individualismo. El precio de ser símbolo. A medida que la mirada de Néstor se perdía en la de aquel antepasado, más profunda era su desolación. Intentó imaginar el momento en el que su tía consiguió erigir la estatua. Eran otros tiempos y quizás no pareciese tan tétrica, tan desgarradoramente trágica esa imagen. «*El Ancestro*», la gran idea de Estrella, parecía desafiar al paso del tiempo. El órdago. La gran victoria. Parecía volver de entre los muertos o quizás nunca haber estado con ellos. Ésa era su misión, pero como decía el viejo Buendía, cualquier victoria contra el tiempo es momentánea y ya se dejaba notar el deterioro. La derrota. Su camisa sin cuello, su chaleco y chaqueta raídos, su pantalón de pana gastado, su rostro de complexión robusta, sus castigadas manos... Toda esa vida de piedra estaba empezando a deslizarse a pedazos hacia el suelo, poco a poco, a perder migajas de inmortalidad. Lágrimas grises de un llanto lento, silencioso, pero implacable. La roca volvía a la tierra de la que partió y el alma de aquel ser hacia el olvido que quizás nunca debió evadir. Quizás la tragedia era seguir allí. Quizás la tragedia era no morir.

Se rompió la magia. Miró a la chica. Ella, ajena a todo, volvió en sí. Sólo bastó una mirada y los dos chicos se fueron de aquella solitaria plazoleta. No hablaron en un rato. Estrella no estaba allí.

Néstor, pensativo y absorto, volvió instantes después a dirigirse a la muchacha.

—Observa, Catalina. Parece un viejo colegio.

—Sí. Da la impresión de que todavía está en uso, pero, por lo menos, debe tener ochenta años de viejo.

—Sígueme.

Los dos chicos bordearon el viejo colegio, una humilde casa mata que contaría con apenas un par de aulas, y continuaron por un camino que los iba alejando cada vez más del resto de edificios. No había nadie. El hecho de ser sábado por la tarde daba aún más la impresión de ser aquel un pueblo fantasma. A la izquierda del camino se erigían majestuosos los pinos, los mismos pinos que hace casi un siglo.

—¿Qué buscas por aquí, Néstor?

—Un lugar muy especial.

Todo seguía igual que entonces, pero de pronto aquel aire bucólico, casi decadente, fue alterado. En el camino fueron apareciendo una fila de chalets que, como buscando cobijo, habían sido construidos recientemente a la falda del monte, al abrigo de los pinos.

—No puede ser.

—¿Qué no puede ser?

—¿Qué son todas estas casas?

—Son sobre todo viviendas de extranjeros que han venido aquí y se han asentado. Es como un segundo pueblo nacido dentro del original, pero al margen del verdadero pueblo. Como ocurre en otros tantos municipios, la gente de fuera apenas tiene contacto con la de aquí. Un verdadero drama social creado por los que tienen hambre de ladrillo.

—Los políticos.

—Sí.

Aquel escurridizo camino por el que había que transitar en fila india era un escaparate de la trastienda de aquellas edificaciones. La parte trasera de todas aquellas frágiles viviendas era un amasijo de barbacoas oxidadas, bicicletas en desuso y todo tipo de artefactos inservibles. No obstante, aquel camino mantenía la esperanza de que algo podría haber al final de éste. Incluso a partir de cierto tramo dejó de ser terrizo para pasar a estar enladrillado. Una estrecha fila de baldosas medio rotas que nadie sabía muy bien si estaban auspiciadas por el ayuntamiento o formaban parte de la propiedad privada de esos edificios.

—Estoy seguro de que vamos bien. No existe otro camino hacia el monte que bordee el viejo colegio.

—Néstor, creo que nos estamos metiendo en terreno de esta comunidad de vecinos.

—No. Estas baldosas deben llevar a alguna parte. Si no, no estarían aquí.

—Mala deducción.



De repente, los muchachos quedaron de golpe paralizados, quietos, mirando a un lado y a otro. El camino embaldosado se paró en seco. Lo que le seguía era tierra, pero tan sólo un par de metros. Uno de esos endeble edificios hacía imposible seguir caminando. Era frágil, sí, pero había tomado rango de inexpugnable fortaleza.

—¡No puede ser!

Néstor entonces comenzó a subir por las pendientes que llevaban a los pinos para tener una mejor visión de todo aquel entorno. Tropezaba, estaba a punto de caerse, pero quería saber si tras aquel bloque informe se encontraba todo lo que había relatado el viejo. Desgraciadamente no fue así. Aquel edificio tan sólo fue el primero de una lista que le había ido comiendo terreno al monte.

No estaba allí el llano de matorral, ni las laderas empinadísimas gobernadas por los pinos, ni la ventisca, ni muchísimo menos la devastada vieja casa en ruinas. Se había hecho realidad la demoledora profecía de Ambrosio Buendía, el miedo que daban los aciertos de los pesimistas. Parecía imposible imaginar cómo, no hace tantos años, ése pudo haber sido el escenario de evasión de Buendía y su tía abuela Estrella. Todo aquello había sido sepultado bajo una masa de cemento, una masa impersonal e informe que enterraba todo cuanto se ponía en su paso. Estrella tampoco estaba allí.

Triste, Néstor le explicó a la historiadora lo que había pretendido encontrar. Se dieron media vuelta y volvieron a salir al pueblo, al viejo colegio.

—¿Qué te llevó a estudiar historia? ¿Qué te llevó, sobre todo, a hacer una tesis sobre todo esto?

—Mira, si te soy sincera, me importa poco esta historia. Perdóname por lo personal que tienes en ella, pero a mí de

la Historia, con mayúsculas, lo que me importa es el presente.

—¿El presente?

—Claro, todo aquello que decía Buendía de la victoria contra la muerte, la inmortalidad, el olvido... Para quienes existen, son dramas personales, Néstor. Dramas sí, pero personales, al fin y al cabo. Lo que yo quiero decir es que conservar e investigar el pasado nos puede servir para entender muchas cosas del presente.

—Entiendo.

—Este país está hecho de retales de sus heridas. Los territorios, sus guerras, los nacionalismos, sus intrigas, lo han creado como es desde mucho antes de que existiera el propio país. Creo que eso se olvida. En España estamos constantemente reinventándonos.

—Política.

—¿No te parece que todos somos política?

—Me encanta oírte y jamás pensé que diría eso de alguien que suelta frases como «todos somos política».

—Ja, ja, ja. Buena forma de cortarme.

—Escucha. Yo te voy siguiendo, pero no sé a dónde vamos.

—Vamos a comer unos bocadillos que he traído.

—Estupendo. Gracias. No he comido nada desde el desayuno.

Néstor y Catalina se sentaron en un pequeño y arcaico mirador con espléndidas vistas a los montes desde el que, con algo de intuición, entre los pinos, se podía ver la venta «*La nada*».

—Cuando era pequeña, leía auténticos «ladrillos» sobre la vida de Felipe II, uy, con la leyenda negra, los ingleses que lo ponían a parir. Madre mía... Bueno, que me enrolló. No te rías.

—No, no, vale.

—Quiero decir que éstos eran mis cuentos. Mis padres no estaban, no tenía a nadie que me los contara y yo misma me los busqué. Llegué a no distinguir lo que era real de lo histórico, pero ¿qué somos nosotros? ¿Una realidad histórica? ¿Una Historia real? En ese momento, Néstor, con un libro en la mano cuando apenas dejaba de ser una niña, la Historia era yo.

—Mis cuentos se forjaron jugando en el patio.

—¿El patio de la casa de tu tía?

—Sí, allí fui creando historias, personajes, una película en

la que el protagonista siempre era yo. Por ejemplo, recuerdo cómo me quedaba absorto mirando las hormigas. Me sentaba en una vieja silla de esparto y las veía pasar en fila. Pensaba que eran tan parecidas a las que había en mi casa y a la vez tan distintas, porque por las distancias no podían ser las mismas. Pensaba en cuán vasto tenía que ser el mundo para una hormiga y cuán enormes las distancias, para nosotros tan pequeñas. Un día, ¿sabes lo que hice?

—No.

—Me llevé una hormiga de casa de mi tía en una cajita y la solté en mi casa. Estaba desorientada, nerviosa, aturdida, pero pronto se perdió explorando su nuevo y extraño territorio. Me sentía como si tuviese el control, como si pudiese alterar el cosmos, aunque sólo fuera el cosmos de una hormiga. Ése fue mi cruel experimento.

—Tenías mucha imaginación.

—Sí. Incluso antes de llegar a la casa de mi tía ya estaba imaginando. Pasaba de la mano de mi madre por un descampado y ponía nombres a las plantas que allí crecían, al igual que hacía con las del patio. Las conocía y dialogaba con ellas.

—Cómo pasa el tiempo.

—Después, en ese descampado fueron edificando. Exactamente igual que en el lugar que acabamos de dejar. Desbrozaron todo lo que para la mayoría eran sólo malas hierbas, pero que para mí eran mucho más que eso. De aquel barrio ya no queda nada. Es otro lugar.

—Es como si hablásemos de hace un siglo.

—Tienes razón.

—Tanto pensar en los antepasados, Néstor, y al final resulta que los antepasados somos nosotros mismos.

Le apretó la mano. Él la miro atónito. Había personas que al hablar podían ser cualquier otra. En la parada del bus, en la cola del supermercado, en el bar, había personas que bien podrían haber sido la misma. Sin embargo, había seres dotados para el arte, casi mágico, de impregnarlo todo de sí mismos. Cada palabra, cada gesto, cada mirada de ella dejaba entrever ese malabarismo, ese camino al borde de sus personales e intransferibles precipicios. Todo lo que hacía o decía era tan absorbentemente ella que consiguió que Néstor olvidara, por esos instantes, la obsesión por su tía abuela Estrella.

—¿Por qué te importa tanto lo que pasara con esos recuerdos de tu tía?

—Porque para ella era importante.

—¿Seguro que es por eso?

—No quiero que dentro de un tiempo nadie se acuerde de ella. Quiero salvarla de eso.

En ese momento, Néstor sacó de un bolsillo el pergamino enrollado de las cartas de Estrella, para alborozo de la muchacha.

—¿Qué es eso?

—Míralas.

Catalina tembló, miró los papeles con gran respeto y con sumo cuidado por su avanzado deterioro, los cogió con sus manos y los fue desenrollando lentamente.

—Increíble. Esto no se lo va a creer mi catedrático. ¿Dónde estaban? ¿Cómo los has conseguido?

—En «*La nada*».

La chica se quedó paralizada. Vio la firma de Estrella y no sabía si comenzar a leer o preguntar al muchacho. Como un resorte se levantó, reaccionó.

—Pues vamos allí. ¡Debe haber más!

CAPÍTULO NOVENO

El viejo portón de la venta volvió a abrirse, con el mismo rechinar pausado que la primera vez. El rostro cansado de la hija del dueño también era el mismo.

—Menos mal que ha venido. Su amigo está preocupado.

—¡Dios mío! ¡Julio!

Néstor miró a Catalina, que estaba alucinando con todo aquello, mirando a un lado y a otro de la venta, y que ahora se preguntaba que quién era Julio. Los dos muchachos entraron en «*La nada*».

—Néstor, no. Ahora lo entiendo.

—Lo siento tío, te presento a Catalina.

A Julio se le diluyó el enfado que pretendía estallar contra su amigo por no haber acudido a la cita. Se acercó a él, le agarró los brazos.

—Me da miedo preguntártelo. Yo vuelvo a Málaga. No sé por qué, pero intuyo que voy a hacer el viaje solo.

—Julio, me quedo un poco más. Lo siento.

—Néstor, ¿cuándo vas a volver? Me da miedo dejarte aquí.

—No te preocupes, que yo lo cuido.

Catalina entró en la conversación de los dos amigos, pero apenas la escucharon. Se abrazaron.

—Néstor, ya sólo quedas tú. Fui yo el siguiente en morir. Julio siguió el camino de Manolo y Luis: abandonar «*La nada*».

—Parece que unos vienen y otros se van.

—Don Ambrosio, le presento a Catalina.

—¿Qué le pasa a esta criatura? ¿Me he convertido en una estrella del rock?

La chica, nerviosa por conocer de primera mano a uno de los sujetos de estudio de su tesis, no paraba de balbucear.

—¡Don Ambrosio Buendía! Mire, me he estado preparando psicológicamente para este momento, pero...

—¿Qué?

—Soy historiadora y, más o menos, estoy haciendo la tesis sobre usted.

—¡Historiadora! ¡No! ¡No! Vade retro. ¡Siglos!

—No le caemos bien.

—*¡Paparazzi de recuerdos! ¡Paparazzi de recuerdos!*

—¿Qué dice?

—Mira, niña, la Historia no se puede novelar, no es como en los chismes, que tú encuentras la foto de un famoso besando a una mujer y de ahí deduces todo lo demás. La verdadera esencia de las cosas es más importante que las películas que nos montamos los seres humanos. Lo importante de la Historia es la gente que la crea y no la que la interpreta. Si no, fíjate en las pirámides de Egipto. Están ahí desde el 10000 a.C., y os empeñáis en decir que sólo desde el 3000, pero la realidad es tozuda y ahí tienes la base de la esfinge devorada por la erosión que, lentamente, pulverizó la piedra cuando todo el valle fue un vergel. En el 10000 a.C., y no lo admitís porque echaría por tierra toda vuestra novela, vuestro cotilleo. *¡Paparazzi de recuerdos!*

—¿No le halaga que la universidad haya pensado en usted, en su vida, en su mundo?

—¿La universidad? ¡Jaula! ¡Jaula! ¡Jaula!

—¿Jaula?

—Sí, no sé yo cómo la han dejado salir. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Es usted una fiera que ha huido del zoo. Ya mismo vendrán fornidos a cazarla con mallas y lazos para que vuelva al redil. ¡Redil! ¡Jaula! Es eso. Allí la mantienen entretenida y le lanzan cacahuetes de sabrosos algoritmos y juguetones gráficos. Imposible pensar, cuestionarse nada acerca del drama. Eso no sería pragmático, sería peligroso para el sistema. Lo importante realmente no tiene cabida allá donde usted está, supuestamente, para investigar. Además le digo otra cosa. Que piense en mí una universidad no me sirve para nada. No rompe con el drama. La tragedia sigue ahí, acechando, y en el mejor de los casos conseguirá carcomer su tesis con el tan importante Ambrosio Buendía en el olvidado y polvoriento estante de algún catedrático.

—Don Ambrosio, hemos estado en el archivo y al menos hasta el lunes no podremos encontrar nada. ¿Dónde podríamos encontrar más información acerca de toda esta historia?

—Ay, *paparazzi* de recuerdos. Fíjese en su amigo, viene una noche de juerga con los amigotes, diluvia, se queda a

dormir, tropieza con una baldosa y descubre una parte del diario de Estrella. Tendría que hacerle pensar. ¿De verdad cree que la Historia desea ser encontrada por usted, por el simple hecho de tener un título? No, no, no.

—¿Alguna persona del pueblo?

—El pueblo, a cualquier cosa se le llama pueblo.

—¿A quién confiaría ella su secreto? —Néstor irrumpió en la charla con fuerza.

—Confiar secretos. Se adentra usted en un terreno tan mágico e irreal como la religión.

—¡Religión! —Néstor miró a la chica con total efervescencia.

—¿En qué estás pensando?

—En el párroco.

—No sé, no sé.

—¿Lo conoces también?

—Sí, y es de antes del Concilio.

—¿De antes de qué?

—Del Concilio Vaticano II. ¿Cómo no puedes saber lo que es?

—Catalina, me lo explicas por el camino. Son ya más de las 6 y se nos va a hacer de noche en mitad del campo.

—Néstor, ¿dónde está este hombre?

El viejo, con un sigilo propio de sus años, se había dado la vuelta en medio de la diatriba de Catalina y Néstor. Podría estar en su habitáculo, pasando revista al patio o recreándose en su tétrico altar de fotografías y velas, pero no estaba en el único lugar y en el único momento donde la vida tejía su realidad en todo aquel vetusto edificio.

La hija del dueño volvía a aparecer con una formalidad y eficiencia más propia de un lujoso hotel de la capital que de una deteriorada venta de las afueras de un pueblo.

—¿Les preparo las habitaciones? Van a pasar aquí la noche, ¿no?

Se miraron, sonrieron.

—Sí, claro.

Néstor le sostuvo el portón a Catalina para que ésta saliera. De reojo, miró al interior de «*La nada*». Vio al viejo. Estaba en el patio y se disponía a abrir una puerta cerrada con llave. Desde fuera parecía enorme, a modo de la de la

cuadra en la que comieron la primera noche. Esta puerta pareció no haber sido abierta en mucho tiempo, por el esfuerzo que tuvo que emplear el anciano.

—Néstor, ¿qué miras?

—Nada, vamos a ver que nos cuenta el cura ése.

Sólo quedaba la sombra de Buendía que se desvanecía. Aquella puerta se cerró. La de la venta, también. Empezaba a hacer frío y los dos jóvenes estaban poco preparados para pasar allí más de una noche, pero daba igual. El dorado resplandor de un sol marchito daba más vida a toda aquella decadencia. Ciertas luces daban una oculta y misteriosa belleza a lo decrepito y, sin duda, esa luz del atardecer era de aquéllas. El camino no parecía tan largo y pesado como en la mañana, tras la noche lúgubre. Lo contrario. Néstor miró atrás y fue dejando con la mirada el viejo caserón. Una teja se desplomó, ni siquiera escuchó su caída. Formaba parte del tributo, el precio a pagar por ser engullida por esa antorcha que todo lo devoraba. La luz de los desheredados, la luz de los malditos.

El blanco cegador de la cal hacía más descomunal aquella parroquia de pueblo. Como tantas otras, no tenía la brillantez ni el arte en su fachada, era una auténtica mole, sin embargo transmitía el bagaje de llevar desde el siglo XVI robando todas las miradas que pasaban por la plaza y cobijando todas las almas de sus gentes.

Era la protagonista. Más retiradas, la escoltaban en fila casas solariegas de dos o tres plantas. Era un templo de tres naves, separadas por arcos de medio punto doblados sobre pilares cuadrados. En lo alto, un campanario rompía de forma majestuosa aquel impactante silencio.

La austeridad de la parroquia se resaltaba aún más en su interior, en un momento en el que la luz empezaba a abandonarla. Los dos muchachos entraron. Sus pisadas eran auténticos cañonazos debido al eco y a las enormes dimensiones de la iglesia. No había nadie, aún era pronto para la misa de ocho, pero un sacerdote apareció tras cruzar el umbral de la sacristía.

Efectivamente, aquel cura de pueblo no había visto el concilio ni con prismáticos.

Apenas se acercó a recibirlos. De lejos se intuía un alza-cuellos como luz al final del túnel de su oscura indumentaria; una Biblia abierta sostenida cual equilibrista por su mano derecha; su rostro lunar deformado por arrugas y cicatrices; su barbilla saliente como si quisiese escapar de aquel paisaje; su incoloro y caedizo cabello lejos de peines, geles y otros artificios mundanos. Un aspecto que hacía presagiar que las prédicas de aquel anciano distaban mucho del aire renovador y alegre de la Roma de los años sesenta. El presagio se hizo realidad.

Avanzaba una mirada asustadiza, cansada pero severa.

Unos ojos diminutos se clavaron en la muchacha. Sus cuencas cadavéricas los hacían aun más pequeños e inquietantes, sobre todo al recorrer su cuerpo de arriba hacia debajo de una manera heredada, quizás de la vieja Inquisición.

—¿Qué han venido ustedes a hacer aquí?

—Estamos investigando lo que ocurrió en este pueblo en la revolución de Ancestra.

—Pues si han venido a eso, ya pueden irse.

El párroco se dio media vuelta. Hasta el último instante no desvió la mirada de Catalina y se giró sin que tambalease en ningún momento el polvoriento ejemplar de Biblia de su mano derecha.

Néstor se acercó y lo abordó por la espalda para que no volviese a la sacristía.

—Tan sólo queremos saber si Estrella Rodríguez dejó aquí algo de sus recuerdos. Ella, al fin y al cabo, era católica.

—¡Católica!

—Puede que no viniese a sus misas y perteneciera a un grupo anarquista, pero siempre me habló de Dios e hizo el bien a todos.

—Ella estaba fuera de la Iglesia, como todos ellos.

—¿Y qué?

—¡Que fuera de la Iglesia no hay salvación!

Néstor miró a todos lados, un escalofrío sacudió su cuerpo, las efigies de santos no lograban tranquilizarlo, ni aquella luz tenue, ni aquel silencio, ni el aroma a incienso. Catalina lo agarró del brazo y replicó al sacerdote.

—¿Cómo que fuera de la Iglesia no hay salvación? ¿Cómo puede decir eso más de 40 años después del Concilio Vaticano II? Aquéllos que buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna.

—Ah.

—Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* 16.

El viejo párroco estaba desbordado. Aquella despistada y, en aspecto, frágil chica había arrollado sus conocimientos. Unos conocimientos envueltos en anteriores siglos por su simplismo y pereza mental. Unos conocimientos que rara vez iban más allá del pecado y del infierno. Acostumbrado a las beatas de sacristía, cual ovejas en su redil, nunca se dignó a buscar a ninguna oveja descarriada.

—Está bien. Quizás su tía sí se salvó.

Todos quedaron un poco perplejos. Catalina y Néstor se miraron. El arcaico sacerdote cerró su ejemplar de Biblia e hizo un ademán de irse. A medio camino, y al ver que los muchachos no reaccionaban, se volvió.

—Sígueme.

Aquella parroquia era aún más triste si se recorría desde dentro, altar por altar, santo por santo, retablo por retablo. La poca luz que en ella entraba había hecho que las sombras jugaran en ella su particular partida con total impunidad. Intuían que el párroco los llevaba a la sacristía, mas aún no les había dicho nada. Antes de llegar ésta, un altar dedicado a las ánimas era el último homenaje a lo inquietante, a lo decrepito, a lo decadente. Un amasijo de velas se consumía lentamente haciendo si cabe la imagen más oscura y siniestra. Era el particular tributo que aquellas buenas gentes durante siglos habían ofrendado a un Dios quizás demasiado contradictorio, a unos dioses quizás demasiado ambiguos y confusos.

La sacristía era pequeña y austera. De no haber sido por la decoración, de carácter religioso, bien podía haber sido aquello el despacho de un humilde administrador.

—Bien. Ahora díganos: ¿por qué dice que mi tía quizás se salvó?

—Era una mañana de primavera en el año que estalló la guerra. Era temprano, muy temprano. Yo, por aquel entonces, llevaba poco tiempo. Me habían traído aquí y me habían encomendado la misión de luchar en aquella cruzada.

—¿Cruzada? ¿Como en la Edad Media?

—Catalina. Déjalo hablar.

—Recuerdo cómo me preparaba para la primera misa de la mañana. En latín, por supuesto. Entonces escuché cómo aporreaban la puerta. La golpeaban sin piedad. La abrí y me encontré con una mujer angustiada y muy nerviosa.

—Mi tía. La mañana que abandonó el pueblo.

—Ahora le digo por qué su tía quizás se salvó: porque tenía temor de Dios. Me pidió confesión. Aún recuerdo cómo la llevé al confesionario, casi llorando. Cómo gritaba: «¡Señor, yo pequé!», «¡Señor, yo pequé!», «¡lo confieso!».

—¿Qué le confesó?

El sacerdote agachó la cabeza con una sonrisa, más bien una especie de mueca, y no habló.

—Néstor, este hombre no puede contarte esa conversación. Existe algo que se llama secreto de confesión.

—Hágale caso a la mujer, que está tan instruida, y no me pregunte. Yo sólo le digo que no tenga a su tía como una heroína porque al final renunció a toda aquella ideología perversa, tuvo miedo y quiso volver a la Iglesia. Quiso volver a Dios.

Néstor estaba apesadumbrado. Fue la muchacha quien intentó sacarle al cura más información.

—Oiga. Ha repetido varias veces que ella quizás se salvó. ¿Quizás? ¿Por qué quizás?

—Por que hay pecados y pecados.

Entonces, al ver que el anciano volvía a cuestionar su salvación eterna, Néstor volvió a entrar en la contienda verbal.

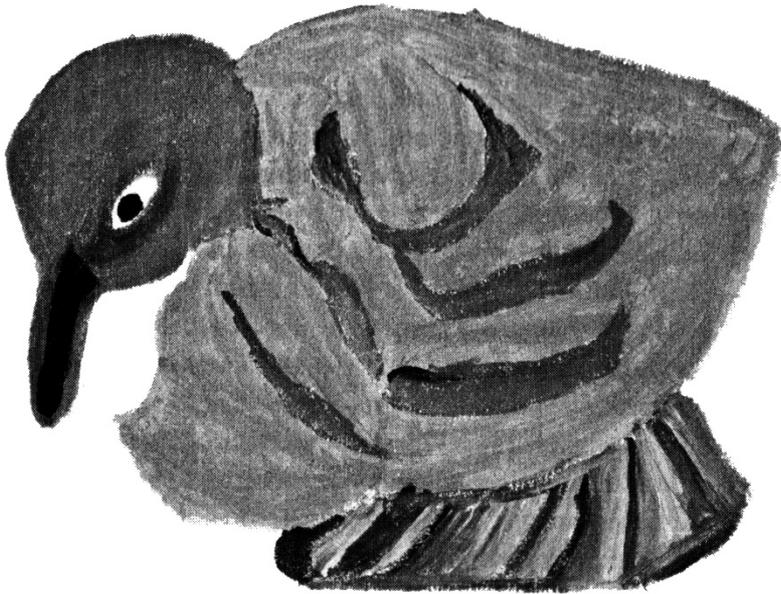
—Mire usted. Yo no sé cuáles fueron los pecados que le contó. ¿Que tuvo miedo? ¿Es que usted nunca lo ha tenido? Mi tía era anarquista, pero no era de los que buscaban la destrucción, sino todo lo contrario. Ella y Ambrosio Buendía querían salvar los recuerdos.

—¡Salvar recuerdos! Oiga, yo estoy aquí para salvar almas. ¿Qué es eso de salvar recuerdos?

—Nunca me han interesado las cosas de la religión, pero estoy seguro de que ella se ha salvado. Ahora dígame, ¿no le parece triste que aquí nadie la recuerde? ¿De qué sirve entonces estar en el cielo? ¿Qué es la salvación?

—Claro, es como tener un tío en *Graná*, que ni tiene tío ni tiene *ná* —Catalina redujo toda la descarga espiritual de Néstor en esa cómica frase.

—Ésta es la visita más rara que ha tenido esta iglesia. Miren ustedes, lo que menos me importa de esa gente es que fuesen anarquistas.



Néstor y Catalina se miraron sorprendidos. El cura había abandonado su pose de indiferencia y se enaltecía como preparándose para decir algo grande.

—Ése no era su mayor pecado.

—¿Cuál era el mayor pecado? ¿Ese pecado por el que usted los condena? —Catalina volvió a coger el brazo al furioso muchacho.

—¡El mayor pecado era la carne! ¡El erotismo! ¡La pornografía! Estaban organizando unas especies de..., no sé, de comunas.

—¿Qué está usted insinuando?

Un silencio demoledor recorrió palmo a palmo aquella sacristía. Cuán crueles, más que las palabras, podían ser, a veces, los silencios.

—Querían vivir todos juntos para entregarse, dejarse ir a los instintos más bajos. Dios mío, Dios mío. Todos juntos. Como en Sodoma y Gomorra.

—Mire usted. En Sodoma y Gomorra, Yahvé habla siempre a Abraham de salvar a los justos. Es una historia sobre la justicia, no sobre el sexo.

—Oiga mujer, déjeme seguir. Este chico ha comenzado hablando de anarquismo y yo les pregunto a los dos: ¿qué ideología hay más maligna que la de ellos? El anarquismo no es nada malo comparado con eso. La muerte de Dios y en su lugar, en su altar, el deseo. Cómo se puede contrariar a Dios en su plan. El plan de Dios es la procreación. El fin del sexo es la procreación, no el placer. Si no es así, es algo vacío, vacío como todos ellos. Es lo que está agrietando a esta sociedad. El placer, y el que lo sienta está enfermo y necesitado de Dios. El que padece deseo, placer, erotismo, está enfermo. Sólo lo puede salvar el dolor. Se llega a la salvación por el dolor.

—¡Basta!

Y ese dolor, en cierto modo, si fue salvífico. Néstor se rompió en un grito gigantesco que sacudió los cimientos dormidos de esa iglesia tras siglos de letargo. Tras un tiempo de calculada frialdad auspiciada por el integrismo de sacerdotes así.

—¡Usted no sabe nada! ¡na-da! ¡na-da! Ni siquiera creo que llegara a conocer a mi tía. Lo primero es que eso de las comunas no fue verdad, se lo puede decir aquí ella, a la que usted llama mujer, que es historiadora. Tan sólo fueron rumores de lo que ocurrió en Barcelona y Valencia, pero aunque hubiese existido aquello y aunque mi tía hubiera participado... —Catalina lo consoló mientras que se reponía dispuesto a continuar el discurso—, ¿quién es usted para juzgar los sentimientos de esa gente? ¡Fanático! No es maligno sentir, no es maligno desear, ¡no es maligno vivir! Usted no sabe nada. Si no entiende esos sentimientos, quizás nunca haya sentido nada. No puede haber una religión que nos haga sentir sucios.

Sí, sucios, cuando sentimos y disfrutamos de una de las pocas cosas que merecen la pena, que nos hacen sentir bien. Disfrutar del otro, escapar de la soledad. No puede haber una religión así. Si la hay, es esa religión la que entorpece nuestra felicidad y ustedes son los que están vacíos por hacernos sentir mal con nosotros mismos, por renunciar a lo que llevamos dentro.

Néstor miró a la chica y transformó las últimas palabras del sacerdote pronunciando el término que él había evitado.

—Sólo nos puede salvar el sexo. ¡El se-xo! ¡El se-xo!

Se volvió a hacer el aterrador silencio. El párroco de pueblo no se alteraba. Néstor caminó lentamente hacia él. Esta vez Catalina no lo sujetó.

—Y le voy a decir una cosa.

—¿Qué cosa?

Apenas unos centímetros separaban los rostros de Néstor y del sacerdote.

—Usted no puede decir quién se salva ni cómo se salva porque... ¡Usted no es Dios!

De nuevo un grito lo sacudió todo. El cura, impertérrito, quedó en su sacristía mientras Néstor salió velozmente de ella y tras él, la muchacha. Los pasos hicieron temblar la vieja iglesia como si un terremoto la estuviera sacudiendo o tal vez hubiera sido así. Llegaron afuera. Se cerró el pesado portón de madera y tras él, siglos. Una furia salió en estampida dejando estallidos de ira a su paso. Néstor corrió, su pulso acelerado, no podía más.

CAPÍTULO DÉCIMO

La puerta cerrada, sobre ella, Catalina. Poco importaba ya lo que quedaba tras ella, su maremagno de altares, velas y santos. La verdadera mística estaba aún por comenzar. La luz y la miseria, la valentía y la cobardía, la muerte y estar vivos, el letargo y romper con todo. Néstor se giró y la miró. Ella también podía sentir todo eso. Algo demasiado intenso resquebrajaba la paz de aquella plaza, de la entrada de aquella iglesia. Algo demasiado intenso para poder soportarlo. «Sólo nos puede salvar el sexo, el se-xo, el se-xo». Aún resonaban las palabras con las que el joven hirió al sacerdote en un alarido salvífico. Aún podían oírse. La seguía mirando. Entraba en ella sólo con mirarla, a lo que era, a lo que había sido. Permanecía con una mezcla de miedo y otros espasmos. Imbuida por la catarsis de todo aquello, por la catarsis que aún quedaba por venir.

Sus manos rodearon el cuello de la muchacha. Un agitado impulso se catapultó desde sus entrañas. Ella abandonó poco a poco el pánico, su vibrante nerviosismo, lo miró con dulzura. Ella lo tranquilizó sin hablar. Sobraban las palabras. Las palabras son puro artificio, de nada sirven cuando se juega lo primitivo, lo salvaje, lo existencial. Los ojos estaban ya tan cerca que cayeron, cual soldados derribados por la muerte próxima. Entonces la besó.

Nunca había corrido tanto la vida, con tal desesperación, con tal apego por sí misma, por aquellas venas. Nunca un ímpetu tan eléctrico por aquellas pieles, por aquellos vellos. Era la huida hacia ninguna parte o hacia ellos mismos, quizás. Eran esos movimientos descontrolados, ilógicos, ansiosos, una manera de huir. ¿Huir de qué? ¿De qué huían esos labios desbordados? ¿De qué esas manos temblorosas, como si buscasen un lugar donde morir? Él la separó de la puerta y la atrajo hacia sí mismo, cual moribundo agarrándose a la vida con su llamada visceral, ancestral, genética. ¿De qué huir? ¿Qué buscar? ¿Por qué estaba dormido todo eso? No se hacían esas preguntas. No había tiempo. Sólo huir, buscar, sentir, romper. ¿Romper? ¿Con qué? Y se rompieron los dos. Tan unidos y tan rotos. Romper con todo. Romper con todo. Tanto placer y tanto dolor. Tanta víscera y tanta lágrima. Equilibristas marcando una danza mágica en el cielo de sus vientres, de sus lenguas, en el cielo de sus caos.

Equilibristas danzando en éxtasis sin red. Equilibristas agónicos, suicidas sobre la línea delgada que separa el placer del dolor.

Se cogieron de las manos, bajaron la escalinata, fueron a la plaza. En una fugaz lucidez, Néstor pensó en lo que había dicho el cura, lo de la ideología maligna, lo del deseo en lugar de Dios, el vacío, la sociedad agrietada. Enloqueció, pero la volvió a mirar. Ahí estaba ella. Era la mirada de la tierra, de la madre, de todas las madres, de la naturaleza, de nuestro pasado más atávico, de nuestra verdadera brújula genética y lo comprendió todo. Nunca había estado más seguro de sus propias palabras, de sus propias ideas hasta que las vio reflejadas, hasta que se vio reflejado a sí mismo en esos ojos de mujer, en ese auxilio. Auxilio de cuerpo y de alma. Todo eso vio en ella. Volvió a besarla y volvió a dejar de ser el que creía que era, de pensar, de actuar como Néstor Pérez y volvió a ser todo aquello que llevaba dentro, aletargado quizás por el propio Néstor Pérez. Entonces, poco a poco, con suavidad, dejaron de besarse, los labios apenas se rozaban, se intuían, como si hubieran encontrado la tranquilidad, la luz al final del túnel, el ocaso del drama, de la ansiedad, de la angustia. Se abrazaron. Lloraron de nuevo. Miraron al cielo. El sol también daba sus últimos estoques a la inmensidad. La tarde rojiza se desvanecía. Morían los instantes. Languidecían los cielos. La plaza vacía. La iglesia seguía ahí, igual que hace siglos, con su mole de blanco impoluto, como

observando a los dos. Sólo miraba el pasado, si es que puede mirar el pasado. ¿Ancestra tal vez? Sólo una plegaria: héroes. Héroes. Héroes.

Esta vez fue ella quien lo cogió de la mano y empezaron a correr por las calles del pueblo primero, después dejando a un lado la hilera de pinos de aquella carretera hosca antiguamente sin asfaltar. Quizás sin rumbo fijo. Sólo correr. Correr, ¿hacia dónde? Correr, ¿para qué? ¿Otra vez huir? ¿Huir de qué? ¿Huir para qué? ¿Para romper? Romper, ¿por qué? Romper, ¿con qué?

Ya estaban en «*La nada*». Otra vez esa habitación. Otra vez todo lo que se encerraba en esas paredes. Todo lo que él podía sentir y no explicarse. Todo lo que en ellas se había vivido, lo que otros habían vivido y quedó allí para siempre. Quería sentir más. Quería seguir. Quería más y ella también. Eso lo devoraba. Aún no había llegado al final, aún no había llegado al último pasadizo, al último escondite, al último secreto que aquella mujer, que la mujer, que la propia naturaleza, habían sepultado bajo toneladas de sí mismo. ¿O acaso era la nada quien agitaba las sábanas? ¿Acaso era la nada quien hacía arder los cuerpos danzando? ¿Acaso la nada el motor de tanta rabia? ¿O acaso aquella danza un baile de muertos? ¿Acaso aquella danza lo que nos une al pasado, a tantos pasados? Una letanía que se repite. Un rito desde el crepúsculo. Altares, sacrificios, muerte, vida. Los ancestros. Todos pasaron por ello. ¿Homenaje? ¿Una pieza

más en el tributo? ¿La pieza que faltaba en la tétrica habitación de Buendía?

Ellos, mientras, sin pensar. ¿Pensar? ¿Pensar para qué? ¿Acaso aquel desfile de cielos o de infiernos no fueron antes que el pensamiento? Lo primigenio. La química. La primera célula. ¿Acaso aquella cólera no fue la primera palabra marcada a fuego en el diccionario de los primeros cromosomas? ¿Acaso todo aquello no éramos nosotros antes de ser nosotros? ¿Lo telúrico? El regreso, pero ¿regresar a qué? ¿Regresar de qué? ¿Regresar para qué?

Llegaron a un estado alterado de conciencia. Los cuerpos se recorrían una y otra vez sin descanso, dinamitándolo todo a su paso. Era una epidemia de locura. Los movimientos cada vez más vehementes. Las uñas de ella se clavaron en su espalda. Le dolió, pero no sufrió. Otra vez el placer y el dolor. Otra vez la línea delgada. Otra vez la vida y la muerte bailando juntas. Ella aprisionada. Feliz en su cautiverio. Lo mordió. Con tal fuerza, con tal hambre, que pareciera querer desgarrar su piel con los dientes. El brazo que la oprimía el lugar para la purificación. Después el alivio, la calma tras la explosión, el furor. Se dejó, se abandonó a la fuerza de él, casi se desmayó. Él continuaba con su incesante empuje, el pulso salvaje a la vida, el ordago, el desafío. Lo nunca visto o lo visto demasiadas veces. Ella volvió a mirar a su instigador. Volvió a entrar de nuevo en la partida. Las cartas de nuevo encima de la mesa o de la cama.

Una y otra vez. Una y otra vez. ¿Tiene acaso la mujer el infinito en el cuerpo? ¿O acaso el eterno retorno? ¿Es acaso la mujer el único ser cercano a lo eterno? ¿Por lo que en ella se alberga de soles y postrimerías? ¿Es acaso la mujer la verdadera ancestral? ¿La auténtica cura contra la nada? ¿La única que existe?

Esas paredes ya palpitaban. El viento azotaba las ramas afuera como en la primera noche. La lluvia ya no existía. La verdadera tormenta no estaba fuera. Las verdaderas tormentas siempre están dentro, pero no en las losas frías, no en las grietas de la humedad en las paredes, no en los techos con vigas de madera.

El frío en diciembre. El calor en ellos. Él entraba en ella cada vez con más violencia y ella se sacudía cada vez con más vértigo aquello de sus entrañas. Él sobre ella o ella sobre él. Daba lo mismo. Escalera al cielo. Escalera a la apoteosis. La falta de oxígeno. Desfallecer. La risa y el llanto una misma cosa. El grito y el suspiro fundidos también. El lenguaje ininteligible como el primer lenguaje, en el principio de los tiempos. Regresión. Xenoglosia. De repente la vida. El rostro de ella bajo el de él, que se elevó, pareció cambiar. Más joven, más vital, menos pálida, hasta desaparecieron tempranas arrugas que la castigaban por el estrés o el trabajo. La metamorfosis. Él quería atrapar esa vida, evitar que escapase, que volviese el antiguo rostro. Quería retener en ella la eterna juventud. El sueño de la

humanidad desde sus orígenes tan cerca, tan cerca, tan cerca. Entonces le agarró el cuello con las dos manos. Lo apretó, quiso retener el tiempo y al mismo tiempo quiso consumirlo, devorar el reloj en el huracán del cuerpo de ella y en esa contradicción llegó a la cima de las contradicciones todas, de las huidas todas, de las búsquedas todas, de los regresos todos, de las rupturas todas. Estalló. Se exprimió todo su ser desde lo más antiguo de sí mismo, hasta la última gota de sí mismo. El grito fue devastador. El grito de la tierra era el que más gritaba. Gritaban sus contradicciones todas, sus huidas todas, sus búsquedas todas, sus regresos todos y sus rupturas todas. Romper, ¿con qué?

Cayeron abatidos. Demasiado. Como en la plaza, vítores: ¡héroes! ¡Héroes! ¡Héroes! Dos cuerpos en ese tiempo fuera del mundo, detrás del mundo, con toda una noche por delante así, caídos, desubicados, deshabitados. Demasiado, desde luego, romper con todo.

Durante un tiempo siguió envolviendo a aquella habitación el impulso que brotó de lo más profundo de las entrañas de los dos seres que la habitaban, ese instinto atávico, con el poder y la fuerza que da el instinto y la persistencia y raigambre que da lo atávico. Comer, beber, oler, palpar y sobre todo hacer el amor eran un vértigo de sensaciones que tardaron en irse de las paredes, emociones desbocadas como si el silencio hubiera soltado amarras,

fulminado las ataduras y esperaran el momento justo para volver al redil, al artificio, a aquello que sujeta nuestras furias más incontrolables en aras del orden social o quién sabe qué otro concepto.

No se escuchaba nada, tan sólo la respiración de dos seres que, ajenos a todo, volvían del estruendo. Como en un último suspiro de vida, ella lo miró. Estaban cada uno en una punta de la cama, de esa cama que nació de juntar las dos individuales. Le hizo una pregunta, quizás la que hubiera querido fuese la última, si hubiese tenido que elegir una última.

—Néstor, dime ¿de qué tienes miedo?

Le devolvió la mirada con las pocas fuerzas que le quedaban y lloró. Caídos, desubicados, deshabitados y también lejos ya de los convencionalismos. Esas mentiras que habían atado tantas lágrimas, que habían retenido en el purgatorio tantos sentimientos y sacrificado emociones en el altar de la supuesta hombría.

—Ahora tengo miedo de perderte, de volver a estar solo, tan solo.

—¿De verdad es eso lo que te asusta?

—Sí, sí, sí.

Se acercaron. Rompieron las distancias surgidas tras el

cese del seísmo. La grieta en la tierra de los dos que produjo la hecatombe y volvieron a abrazarse. El brazo de él a prender el cuerpo de ella, a no dejarla escapar. Como si cada poro, cada célula de su piel, hubiese cobrado vida y buscase a ciegas el calor de otro poro, de otra célula en la piel de ella. Como si les atenazara una soledad cósmica. Como si la unión no tuviese más remedio que ser total para eludirla. Como si estuviera escrito también desde el principio de los tiempos. Como si el calor de este sosiego, de esa parálisis, como si esta fusión fuese una pieza más en el engranaje de nuestra propia supervivencia, de nuestra propia huida hacia delante como especie. Como si un hombre fuese un ser en soledad hasta vivir momentos como éste.

La besó con una suavidad nueva hasta ahora y la acarició con un movimiento pausado, pero constante y casi letárgico, y tomó sus cabellos rehilándolos entre sus dedos como si tejiese la tela de todas sus angustias. Tomó el impulso de volverla a hablar, sin mirarla apenas.

—También tengo miedo de lo que dijo el cura.

—¿De qué exactamente?

—De lo que dijo sobre mi tía: que tenía miedo, que renunció a sus ideales y todo eso.

—Néstor, tú lo dijiste bien: todos tenemos miedo. La Historia nos enseña que no debemos mitificar a las personas.

Sólo con sus miserias y sus grandezas, con sus errores y sus aciertos, podemos entender mejor a cada uno de los personajes.

Néstor, eso no nos empequeñece. Lo contrario, eso nos hace más grandes, pero sobre todo más humanos.

—Ya. Quizás nunca pude ver su lado más débil, sus angustias, sus miedos.

—Néstor, tú eras sólo un niño.

—Lo sé. Puede que lo que me pase es que sea ahora cuando estoy conociendo en verdad a mi tía y lo que es peor, de golpe.

—A tu tía y más cosas. Creo.

—Ya.

—Además, ella lo dice en una de sus cartas. Era creyente y el hecho de militar en un grupo anarquista, no lo olvides, estrictamente ateo, le daba muchos problemas de conciencia. Estoy segura de que fue eso lo que le hizo plantarse allí y pedirle confesión a ese párroco. No fue una rendición. Por favor, no lo entiendas así. Entiende que ella no pudo ir a misa, ni tomar los sacramentos, en el tiempo que estuvo en el pueblo porque no podía juntarse con el enemigo. Se lo tenían prohibido. Entiende lo que suponía para ella eso, una persona que vivía la religiosidad de la

época. Tú viste las fotos del viejo. ¿Qué te transmitían todas esas caras?

—Transmitían tantas cosas...

—Pues la religiosidad en aquellos tiempos marcaba esas caras. El pecado, el demonio, la muerte, el infierno, éstos eran el pan nuestro de cada día, de eso hablaban todos los sermones, en el domingo en la misa, en la escuela... Con eso se atemorizaba y el miedo que daba todo aquello debía de ser atroz.

—El pecado, el demonio, la muerte, el infierno...

—Sí. Néstor, si hasta el Concilio Vaticano II eso fue así. Néstor, si hasta incluso ahora para muchas personas eso sigue siendo así. Néstor, aquélla era la tragedia de la época.

—¡Señor, yo pequé!, ¡Señor, yo pequé!, ¡lo confieso! Catalina, se me hace muy difícil imaginar a mi tía así. Ese cura no tenía derecho a dejar así la imagen de mi tía. ¿Para eso no existe el secreto de confesión?

—Aunque duela, aquella época también fue una tragedia para el cura.

—Ese cura no sabe lo que dice.

—El párroco, en el otro lado, estaba siendo amenazado constantemente por los radicales, gente que volcaba toda

su ira contra la Iglesia y contra Dios. Si debió tener miedo incluso por su vida. Su cociente intelectual no le permitía distinguir matices entre todas esas gentes y sus grupúsculos. Néstor, si ni tan siquiera ha leído el Concilio, entiéndelo.

—¿Y lo de las comunas? No fue verdad, ¿no?

—Tranquilo. Estoy segura de que no. Aún así, ése debió ser otro drama para ella. Su deseo, no me cabe la menor duda, debió ser casarse con Buendía. Algo completamente imposible para la mentalidad del anarquismo. Esa leyenda más bien debió venir de la mente calenturienta de alguien que dice que el sexo es pecado, pero al mismo tiempo no para de hablar de él.

—Ja.

—Anda. Duérmete.

Esta vez fue ella quien meció su pelo y puso la palma de su mano sobre la frente de él. Después, bajó esa misma mano lentamente hasta sus ojos para simbolizar cerrarlos, como intentando apagar toda aquella vorágine, detener el vértigo cual frenética pantalla de televisión. No lo consiguió. Él continuó más tiempo con su mirada clavada en el techo de la habitación, fija en las pequeñas perlas que se incrustaban en la cúpula de una vieja lámpara decimonónica. Apenas había luz, la poca que enviaba una tenue luna que se

escurría entre los visillos de la ventana y se reflejaba en las perlas en un enigmático juego de luces y sombras. Todo parecía estar en calma. Todo parecía estar en calma. Entonces sí, poco a poco, él fue cerrando los ojos. Sin darse cuenta, sobre él comenzó lentamente, sin hacer daño, sin sobresaltarlo, un desfile de fantasmas. Los recuerdos de los dos últimos días iban dando vueltas en la frontera que separa la realidad del sueño, esos dos mundos. Vio a Buendía, a su tía abuela Estrella, a la que conoció de anciana, a la que imaginó de joven, a «*El ancestro*» con su triste decadencia, a la galería de seres anónimos engullidos por el olvido que tenía el anciano, a la hija del anciano, a las humildes gentes del pueblo que nunca se llamó Ancestra, a los que vio, a los de hace setenta años, a los que nunca conoció, al párroco, a sus acartonados santos de piedra y escayola, a Julio regresando preocupado a Málaga, a Manolo y Luis siendo ajenos a todo esto.

En esa nebulosa, mientras acariciaba la cabeza de ella, mientras que a veces la besaba, peleaban los rostros de toda esa gente, imágenes del pasado y del presente, de los años treinta, de su infancia, de hace un día. Peleaban por hacerse un hueco, por los laureles del protagonismo en un telón que se iba cerrando lenta pero inexorablemente. Una duermevela, paraíso de los caos internos, como todas las duermevelas. El último aliento de lucidez fue para, una vez más, mirarla a ella que, aún despierta, respiraba en su pecho. Ella levantó por un instante su cabeza de éste, justo

lo suficiente para encontrar sus ojos. Esos ojos esquivos en la calma volvieron a enfrentarse. Los de ella eran una mezcla de ternura y tristeza, de piedad y melancolía, como él nunca había visto, como a él nunca lo habían mirado. Le volvió a formular la misma pregunta:

—Néstor, dime, ¿de qué tienes miedo?

Esta vez él no contestó. Simplemente la abrazó más fuerte y, esta vez sí, cerró sus cansados párpados como si fuese para siempre, como si se dispusiese a morir. Tras ellos siguió el baile de fantasmas al son de la letanía de una pregunta que no fue capaz de responder.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Un primerizo y tímido rayo de sol iluminaba el rostro de Néstor, cara a la ventana. Tuvo que abrir un ojo debido a la creciente luz. A su espalda, el cuerpo de ella, aún dormida. Sintió una inusitada fuerza que le empujó de nuevo hacia ella. Lentamente, empezó a tomarla entre sus brazos, a acariciar su pelo y a besar su espalda. Escondió su cabeza en la larga y enredada melena de ella. Permaneció así unos segundos. El cuerpo de ella comenzó a dar latidos, señales de vida. Entonces sintió una sensación extraña. Como si algo hubiera cambiado. Como si no fuese esa la espalda, como si no fuesen esos los brazos, como si no fuesen esos los cabellos de la mujer a la que se entregó la pasada noche. Sólo unos segundos duró la incertidumbre. Con un impulso maniaco la giró para verle el rostro. Entonces se apoderó de él el horror. Balbuceó paralizado. Tenía frente a él a aquella chica que vio en la galería del anciano, la que desde un

principio llamó su atención, con su mirada viva e inocente aunque enigmáticamente seductora, con su rostro agudo y ojos estrechos. Le sonrió. Lo invitó a acercarse. Ni siquiera pudo gritar, sólo temblar, gemir de miedo, retroceder, caer al suelo, perder la conciencia. Tenía en la cama a una mujer de hace más de setenta años. Tenía en la cama a una mujer que ya había muerto. Tenía en la cama a una mujer que, aunque más joven que la que conoció, era su tía abuela Estrella.

—Néstor.

La chica se despertó sobresaltada. Néstor había caído de la cama y, dolorido, se mecía los cabellos. Se asomó para ver cómo estaba.

—Ha debido ser otro sueño.

—Néstor, ¿estás bien?

—Catalina. Dime, estaba dormido, ¿no?

Ella lo miró dudando sobre cuál era la respuesta más oportuna. Si quería tranquilizarlo o decirle la verdad. Agachó la mirada.

Él entendió la respuesta, la que ella no le dio. Se sobrecogió. Temió haber sobrepasado la línea que separa la cordura de la locura.

Una línea, quizás, demasiado frágil. Fue a la vetusta pila y se enjuagó algo de sangre que tenía en la frente por la caída.

Era la segunda mañana que despertaba en «*La nada*» y todo aquello, le parecía, envejecía cada vez más. Como si algunos lugares entraran en un vórtice de deterioro del que fuese ya imposible salir. Miró la habitación de arriba hacia abajo, de un lado hacia el otro. Se fijó en el suelo. Buscó la baldosa que, al romperse, había dejado al descubierto los manuscritos. Estaba en perfecto estado, como si no hubiese pasado nada, como si ninguna baldosa se hubiese roto.

—Catalina, no está la baldosa rota.

—Néstor, me estás asustando.

—¿Te acuerdas de los manuscritos? Te conté que estaban bajo una baldosa que se rompió y...

La chica estaba de rodillas encima de la cama. Entonces él cogió sus pantalones. Buscó desesperadamente en sus bolsillos. La miró aterrado. Se estremeció.

—Catalina. No están. Los manuscritos, el diario de mi tía abuela Estrella no está.

—Tranquilo.

Néstor se sentó en la cama con ella. El desasosiego que sentía le hizo imposible mantenerse en pie. Se abrazaron.

—Catalina. Te enseñé esos manuscritos. Dime que no ha sido una alucinación.

—No, Néstor, yo los vi. Me los enseñaste al salir del archivo.

—Pues entonces alguien ha entrado en la habitación. Cuando estábamos fuera, alguien ha cambiado la baldosa rota y mientras dormíamos me ha robado el diario de mi tía.

—¿Y qué sentido tiene todo eso? No se te habrán caído cuando estábamos en la plaza.

—No lo sé, pero te lo dije. Tenía la sensación de que he venido aquí a rescatar la memoria de mi tía y pensaba que era del olvido. A lo mejor no solamente hay que rescatarla del olvido.

—Néstor.

Se levantó como una exhalación de la cama para abandonar la habitación.

—Néstor, ¿qué fue lo que viste?

Se giró para verla. Por si se transformaba, por si veía otra vez a esa mujer, pero no, era Catalina la que, preocupada y atónita, permanecía en la cama. Dejó frente a ella su mirada perdida. Salió al pasillo, se vestía por el camino. Hacía un viento gélido, la humedad se palpaba en las paredes y en el

ambiente. En fin, «*La nada*» se mostraba, aún si cabe, más decadente, pero también más absorbente.

No había rastro del viejo, ni tampoco de su hija. Al estar deshabitado, el antiguo caserón daba aún más imagen de abandono. Néstor bajó las escaleras que daban al patio. Miró hacia un lado, al otro. Se estaba nublando. En el patio no había nadie. Se abrochó hasta arriba la chaqueta de cuero. Entonces vio una puerta abierta. La misma que, cuando salían camino al pueblo para ver al cura, era abierta por Buendía. A pesar de estar abierta le costó trabajo ir al pasillo que había tras ella. La humedad y el óxido la hacían prácticamente inamovible. No tuvo más remedio que empujar. Con contundencia, pero con sigilo. Temía que el anciano le sorprendiese en cualquier momento y le llamase la atención por entrar en una zona de la casa no expuesta a los clientes. Entonces quedó impresionado por lo que vio.

—Dios mío —exclamó. Un largo pasillo en el que no había nada. Tan sólo unas paredes deformes, ausentes en algunos tramos, escombros, una espesa capa de polvo y gran cantidad de telarañas. El frío era aterrador. La humedad calaba. El olor también era cansino, especial, una mezcla de ladrillo y agua. No había luz, tan sólo la que llegaba del patio por el resquicio de la puerta. Apenas el oxígeno parecía llegar a ese lugar. Néstor avanzaba lentamente. Tenía miedo, ya que algunas de esas paredes podían desplomarse en cualquier momento. Todo lo que había en ese lugar

invitaba a abandonarlo pronto, sin embargo algo que no sabía bien qué era lo empujaba hacia delante. Lento, pero inexorablemente hacia delante. Las baldosas del suelo estaban también hechas pedazos. Era tanto el polvo de los escombros que apenas se podían ver, tan sólo se sentía bajo los pies el crujir de todas ellas al desquebrajarse. Eran, sin duda, más antiguas que las que había en el resto de la casa. Todo allí era más antiguo que lo que había en el resto de la casa. Entonces, notó unas fuertes pisadas que provenían del piso superior. Pensó que serían de Catalina, de Buendía o de su hija, no obstante no era para nada un sonido tranquilizador. Nada allí podía ser tranquilizador. Miró las habitaciones que había a un lado del pasillo. Algunas estaban cerradas con candado por polvorientas puertas de madera de hace siglos, otras dejaban entrever su interior por los agujeros que la humedad había arrancado a cuchilladas. Tenía que tener cuidado, ya que el suelo, lleno de escombros, era lugar perfecto para una mala caída. Hasta intuyó la presencia de algún animal. Entró sorteando obstáculos en una de esas habitaciones. Accedió a ella a través de un agujero en la pared. Una antiquísima lámpara aún colgaba del techo esperando el momento oportuno para abandonarlo después de, quizás, siglos. Entonces, comenzó a notar que no estaba solo. Le entró un terrible escalofrío. Era demasiado miedo el que ya había sentido, demasiadas pesadillas en los últimos días, demasiadas emociones para tan poco tiempo. No quería darse la vuelta. No quería volver la mirada. Le aterraba encontrarse de

nuevo con aquella mujer. Se giró y se encontró de bruces consigo mismo. Un descomunal armario tenía en una de sus puertas un espejo. El polvo y el mal estado del cristal no dejaban ver prácticamente nada, pero sí lo suficiente para que Néstor pudiese ver su rostro descompuesto por un terror que le superaba, con un sudor que lo empezó a recorrer desesperadamente. No sabía si era frío o calor lo que sentía. No sabía si quería huir, abandonar todo aquello o seguir hasta el final del pasillo.

Un pequeño ventanuco dejaba entrever el patio y daba a aquella minúscula habitación abandonada un aspecto menos tétrico. Abrió aquel pesado armario esperando encontrar algo en su interior, pero no había nada, sólo telarañas. Dejó la habitación por el agujero por el que entró, también su única salida. Continuó por el pasillo. A medida que se acercaba al final escuchaba más de cerca unos golpes. Un sonido ronco que se repetía constantemente, como impactos de tambor sordo. El olor se hacía cada vez más insoportable. Lo último que había al fondo de aquel interminable pasillo era otra habitación descomunal.

Un portón que tenía aspecto de haber sido férreo, ahora era una mole de esquirlas de madera húmeda a punto de desquebrajarse. Estaba entreabierto. El sonido provenía de allí. Cada vez más cerca. Cada vez más inquietante. Entonces miró por el resquicio de la puerta.

Fueron sólo unos segundos, pero su mirada se enfrentó

enseguida, cara a cara, sin tener tiempo para más, con la de don Ambrosio Buendía. El anciano tenía unos ojos más duros y severos que de costumbre. Néstor salió corriendo presa del terror. Se cayó, se levantó, se agarró a las paredes. El pasillo se hizo interminable. No podía creer lo que había visto. Quizás no tenía motivos, pero algo le empujaba a huir. Por fin llegó al portón que daba al patio. Lo abrió. Entonces se dio de bruces con Catalina, que lo estaba buscando. Respiró, abrió los pulmones, tomó aire.

—¿De dónde sales? ¿Por qué tienes tanto polvo?

—No te vas a creer lo que he visto.

—Mira, vamos a la habitación y te lavas un poco.

Debido a su respiración entrecortada apenas podía articular palabra. Miró hacia atrás, se volvió para dejar cerrada la puerta o, al menos, tan cerrada como la encontró.

—Cuéntamelo.

—No, todavía no.

—Pero si no hay nadie.

—Ya.

—María ha ido al pueblo a hacer unas gestiones antes de preparar la comida y el viejo estará en su despacho.

Néstor miró los ventanales de la planta alta que se veían desde abajo recordando las pisadas que escuchó en el pasillo.

Los dos jóvenes llegaron de nuevo a la habitación y entonces él se tranquilizó y le explicó todo acerca de ese extraño lugar y también lo que había visto al final del pasillo.

—Era él, Ambrosio Buendía, y me vio. Vio que había alguien mirando.

—¿Qué hacía allí?

—Estaba excavando o cavando, no lo sé.

—¿Qué?

Entonces volvió a estremecerse al recordar la pose de aquel anciano sosteniendo un largo y obsoleto pico con el que no paraba de dar golpes a un suelo del que iba sacando cada vez más y más tierra. Volvió a sentir miedo al recordar cómo se cruzaron sus miradas, apenas unos segundos después de empezar a mirar tras aquella degradada puerta. Volvió a sentir el impulso de correr.

Los dos se abrazaron. Intentaron sacarle una explicación, una lógica a todo aquello, pero en aquel momento eso no era ni remotamente posible.

—Néstor, vayámonos.

—¿Qué?

—Huyamos de este mundo tétrico y muerto. Vayámonos a Madrid o a donde sea, a un hostel cerca de las zonas de marcha y emborrachémonos para olvidarlo todo, para disfrutar de nosotros mismos.

—No, no.

Néstor hacía bruscos movimientos de cabeza cada vez que la chica intentaba convencerlo de que no era ése su mundo. La mirada la tenía totalmente perdida.

—Éste es un mundo de cadáveres, de muertos en vida. Noto el ambiente sobrecargado, como si faltase el oxígeno, como si faltase vida. «*La nada*» necesita una purificación.

—Catalina, tú has venido aquí a hacer tu tesis. También te interesa descubrir cuál es el final de todo esto. Si encontramos los recuerdos de mi tía entrarás en la facultad por la puerta grande.

—No me importa la facultad, me importas tú. Parece que no sientes lo mismo.

Esas palabras resonaron por la habitación como un rumor antiguo, como voces de otros tiempos encerradas en esas cuatro paredes.

Néstor se fue hasta ella, que estaba apoyada en la puerta, y la abrazó desde atrás con ternura.

—Mañana hacemos una última visita al archivo y nos vamos. Te lo prometo.

En ese momento la misma puerta sobre la que se apoyaban tembló por dos golpes secos, roncós, rotundos, desde el otro lado.

—La comida ya está lista. Pueden, si quieren, bajar.

La hija del dueño ya había venido de hacer la compra del pueblo. El tiempo había corrido esta vez demasiado deprisa. Néstor y Catalina bajaron las escaleras y cuando llegaron a la entrada vieron en la mesa, nada más y nada menos, que a don Ambrosio Buendía.

—¡Siglos! *Homo sapiens* que deja de ser *Iudicum*. No sólo se vive de jugar a detectives... o a historiadores. También hay que sacar energía de los alimentos.

Los dos se sentaron lentamente. Estaban totalmente incómodos por estar allí.

El ambiente seguía, desde luego, sobrecargado. A Néstor le preocupaba que el viejo le recriminase por su incursión en las profundidades de «*La nada*».

—La muerte siempre gana la carrera de fondo.

¿Recuerda? Pues «*La nada*» no iba a ser menos. Hay monstruos que necesitan sacrificios en su altar. El olvido, la muerte, la nada. Fíjese, hasta el propio nombre de esta venta es una ofrenda al altar de uno de los monstruos. Dígame. ¿Le da miedo la muerte? ¿Le da miedo el olvido? ¿Le da miedo la nada?

En ese momento llegó María, que sirvió el tradicional plato de jabalí de los montes que aplacó un poco la ira del viejo.

—Sí, me dan miedo. Continúe, por favor.

Catalina miraba absorta una conversación que apuntaba a ser más agria que las anteriores.

—Cuando pasó la guerra y pasaron unos años en los que viví escondido, adquirí este caserón que, como usted ya sabe, fue el primer lugar en el que Estrella y yo nos hospedamos. Después, mi hija me convenció de que sacase una rentabilidad económica a todo esto. Sin embargo, hay una zona de la casa que, habiéndose dedicado al cultivo de la vid, no se transformó para las nuevas funciones tras la crisis de la filoxera. Esa zona más antigua, por lo tanto, nunca se acondicionó.

Un escalofrío sacudió a Néstor, que aún no había probado bocado del esperado jabalí.

—Es la guarida del monstruo, del paso del tiempo. Allí

todo es como debe ser y todo sucede como tiene que suceder, sin interferencias, sin artificios, sin una mano de hombre que altere y edulcore las cosas. Las paredes son las mismas que hace siglos, las baldosas son las mismas que hace siglos y allí el monstruo, lenta pero inexorablemente, sin resistencia, puede dar lo máximo de sí, todo su potencial de destrucción, miseria y deterioro.

—Y ruina.

—¡Ruina! Sí, ruina.

—Dígame que no es cierto, que no se complace con el morbo de la propia derrota, que no se regodea en el fango de todo ese infierno. ¿Qué pasó con el Ambrosio Buendía de las cartas? ¿De su lucha por la inmortalidad del recuerdo? ¿Qué pasó con Ancestra?

—¡Siglos! Te recuerdo dónde estás. Estás en «*La nada*». La-Na-Da.

Ése fue el último estallido de violencia de un Buendía, que se debatía entre sus rituales de supervivencia y la desolación más absoluta. Después de ello no hubo ganas de más, ni tan siquiera de comer, mucho menos de preguntarle qué buscaba, a golpe de pico en esa última habitación, en ese último reducto de la guarida del monstruo.

Los chicos terminaron la comida y subieron de nuevo a la

habitación. Él, desolado, y ella, cada vez más impaciente por permanecer en un ambiente que no era para nada de su agrado.

—Néstor, ¿te das cuenta?

—¿De qué?

—Hemos subido de nuevo aquí. ¿Por qué no salimos a respirar un poco? ¿Por qué ni tan siquiera nos lo hemos planteado?

Néstor miró a la muchacha aturdido, como si ni tan siquiera escuchase, ni mucho menos comprendiese, las palabras de ella.

—Dime Catalina, ¿de verdad crees que Buendía se regodea en su derrota? ¿De verdad crees que ha entregado su alma a la nada?

—Néstor, si hasta a este sitio lo ha llamado así.

—Cuándo estuve allí abajo noté todo lo que él dijo sobre el deterioro y la implacable destrucción del paso del tiempo, pero ¿sabes una cosa? También por el hecho de que nada haya sido tocado desde hace décadas, sentí más cerca las sensaciones, las emociones de otras gentes que allí estuvieron y pisaban las mismas baldosas, abrían las mismas puertas, tocaban las mismas paredes. Lo mismo, lo mismo, lo mismo.

—Néstor, tú mismo lo dijiste bien. Todo eso es ruina. Intentar darle una justificación a tanta decrepitud no es sano, es algo morboso y enfermizo. Los edificios, los objetos, están para las personas y deben regenerarse y acondicionarse en función de las necesidades de éstas. No hay que darle más filosofía al asunto. En serio, no hay más.

—¿Y de las fotos? ¿Piensas lo mismo?

—Las he visto de pasada, pero... Madre mía, tanta pobreza... ¿Crees que es bueno recrearse en eso? Todo aquello pasó y tuvo que ser tan terrible que no deberíamos ni recordarlo. ¡Qué horror! Ni pienso que a esas personas les gustara saber que, tantos años después, íbamos a estar aquí divagando absortos acerca de sus desgracias.

—Esta noche, cuando todos duerman, vamos a bajar.

—¿Qué?

—Sí, quiero acabar con todo esto. Quiero ver qué es lo que cavaba Buendía.

—Si allí ni tan siquiera habrá luz y además pueden darse cuenta.

—Con los teléfonos móviles alumbraremos. No te preocupes. No nos van a ver.

Los muchachos miraron por la ventana. Los pinos eran

sacudidos de nuevo por un fuerte viento. Como en la primera noche. El sol comenzaba poco a poco a desvanecerse y daba paso a una serena, pero penetrante oscuridad. Era la tercera noche que Néstor iba a pasar en el viejo caserón, pero no le importaba. Se tumbó en la cama. Estuvo un rato mirándola a ella. Había personas que con una inocente pose de asomarse a una ventana desplegaban todo un caudal de sensualidad que otras muchas querrían alcanzar en la pista de baile de una discoteca y Catalina era una de esas personas. No podía dejar de mirarla buscando, quizás, la evasión perfecta de todas las angustias que lo atenazaban.

—Cuando todo esto acabe huiremos de todo, romperemos con todo, seremos felices nosotros solos.

Ella lo miró aliviada. Tenía la sensación de que había recuperado la cordura, que había vuelto a ser el que era tres noches antes y que ella nunca conoció, que un soplo de lucidez había asomado por ese drama vital en el que se había convertido.

Se volvió y se tumbó en la cama junto a él, en la misma postura, sin apenas mirarse, sólo miraban al techo o a algún otro lugar. Él repasaba mentalmente el momento de bajar las escaleras con sigilo, de abrir la puerta del patio, de volver a atravesar ese viejo portón a oscuras, de superar la angustia de que los vean, de recorrer ese largo y tortuoso pasillo lleno de escombros y polvo, de cortar su respiración por el penetrante olor a humedad, de querer que el reloj

corra más deprisa y por último, de enfrentarse cara a cara con la última habitación, el último misterio, el último monstruo.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

—El amor.

Fueron sus primeras palabras desde que Néstor y ella se adentraron en la oscuridad más absoluta. Aquel lugar, si cabe, era más cargado y decadente de noche que de día. En él se amontonaban objetos que parecían no haber sido tocados por nadie en siglos. Con una frágil linterna, que encontraron en la mesa de noche de la habitación, Néstor, por indicación de Catalina, enfocó un enorme cuadro que estaba al fondo de la habitación del final.

—¿Qué?

—Me refiero al cuadro. Se llama «*El amor*». Su autor es Gustav Klimt.

Aquella pintura era descomunal, llegaba casi al techo, ocupando toda la altura del testero. El círculo de luz que daba la linterna iluminaba la escena en la que una pareja se disponía a besarse.

La total oscuridad y la espesa capa de polvo que envolvía la pintura hacían que sólo aparecieran dos rostros, a medio camino entre el amor y la desesperación, entre la pasión y el abandono, entre la acción y el letargo.

Él, fantasmagórico, la sostenía a ella, como reteniéndola en la escena, como salvándola de caer en el más profundo de los sueños o de los abismos. A ambos lados de la pareja, dos tiras doradas decoradas con rosas. El romanticismo que, a primera vista, podía tener la pintura se desvanecía a medida que uno iba recibiendo sensaciones de los protagonistas, a medida que uno iba escuchando sus llamadas de auxilio.

—Gustav Klimt fue un pintor simbolista austríaco.

Los dos permanecían absortos en la pintura o en lo poco que se podía ver de ella hasta que Catalina rompió el silencio. Seguía, no obstante, sujetando la mano de Néstor que enfocaba a los dos amantes.

—Estaba absolutamente obsesionado por el sexo y por la mujer. Tuvo un amor platónico e infinidad de amantes con las que siempre mantuvo relaciones tormentosas. Casi

siempre pintó mujeres desnudas, ya fueran prostitutas o aristócratas, ya fueran jóvenes o maduras.

—Pues el simbolista no era tan simbolista.

—Para él las mujeres eran la catarsis que unía la vida y la muerte. Estaba muy inspirado por el simbolista alemán Franz Von Stuck. Fue un artista completamente demoledor para la sociedad de su época, para sus tabúes, para sus prejuicios. Coincidió con la decadencia del imperio de los Habsburgo en Austria y escandalizó a la burguesía vienesa. Tuvo muchos problemas.

—Normal.

—¿Sabes? Su obra me resultó siempre dramáticamente desgarradora.

Catalina interrumpió su intrusión académica y miró a Néstor desnudando sus sentimientos artísticos.

—¿Tendrá este cuadro algo que ver con la obra de toda esta gente?

Entonces Catalina, tras la pregunta, dio un brusco movimiento de muñeca a Néstor, obligándolo a enfocar otra parte del cuadro.

—¡Dios mío!

Un desfile de pequeños rostros aterradores aparecieron cual demoníacos espectros sobrevolando las figuras de los protagonistas. Algunas caras eran tan espantosas que llenaron de pavor aquella habitación medio en ruinas en las entrañas de «*La nada*». Una etérea y sensual joven, el rostro pálido de una niña, una anciana de facciones malignas e incluso una calavera, componían el que, a primera vista, era un escenario inquietantemente atroz.

—¡Qué horror! ¿Qué puede significar todo esto?

—Ven.

Catalina cogió esta vez la linterna y, con mucho cuidado de no tropezar con las baldosas rotas, se acercó más al gigantesco cuadro.

Aparecieron más rostros de entre las sombras. Seres fantasmales, desdibujados, de mirada perdida y aspecto decrepito iban invadiendo la escena a medida que el observador iba prestando más atención a los planos ocultos. Parecían seres de sombras, que venían de las sombras para volver a ellas.

—Cuando estudié a Klimt en la facultad, no se terminaban de poner de acuerdo en el significado de este cuadro. Algunos decían que el autor quiso reflejar el amor acechado por todas las amenazas de las que puede ser víctima. Otros decían que los rostros de edades diferentes representaban

el paso del tiempo y la fugacidad de la vida, que son dos factores en los que no reparan los enamorados en su amor. También que la joven representa la virginidad en el amor enfrentada a las artes seductoras de él. También las tres edades de la vida. ¿A ti qué te parece?... ¿Néstor?

El muchacho parecía haber entrado en un profundo letargo, parecía no estar en este mundo y mientras la muchacha divagaba entre los escombros, el inquietante cuadro y la lúgubre oscuridad, sus ojos quedaban fijos en la pintura, pero alcanzando universos más allá de ésta, todos los que se encerraban en un tiempo quizás demasiado lejano, pero seguro demasiado presente, un tiempo en el que, en esa habitación, Ambrosio Buendía y Estrella Rodríguez jugaban a reinventar el tiempo.

—Observa, Estrella. Va vestida tan recatada como tú.

—Ay Ambrosio, aún así, fíjate dónde ha acabado la pobre, en esta habitación, para que no la vea nadie.

—Sí. Seguramente entraría gente en la casa y al verlos en esa pose, se echarían las manos a la cabeza.

—Pobrecillos.

—¿La gente?

—No. Ja, ja. Los del cuadro.

—A esa gente, víctima de sus prejuicios, también debe salvarla la revolución de Ancestra.

—Vamos, Ambrosio. Vamos a imitarlos, a ponernos en su misma postura.

—A ver si nos caemos.

—Ja, ja. Ambrosio, eres tú quien no puede dejarme caer.

—Estrella, que nos están mirando.

—No creo. No creo.

—Cuánto pesas.

—Ambrosio...

—¿Qué?

—Vamos a hacer que esto dure para siempre, que seamos felices así como somos ahora, para siempre.

—Para siempre...

—¿No crees que haya nada para siempre?

—Sólo la revolución es para siempre.

—¿La revolución?

—Sí. Estrella, sólo somos hilos que conducen a la revolución. Nuestras emociones, nuestros sentimientos y nuestras vidas, forman parte de eso, de ese tren en marcha. Antes que tú y yo estuvieron otros y antes de esos otros también estuvieron otros y todo eso sigue en el ambiente, como observándonos. Eso sí es para siempre. Nosotros, ¿para siempre? Eso no tiene sentido.

—Ya.

—No estés triste. Estrella, la revolución triunfará y los seres que estamos en ella seguiremos con nuestro curso.

—Y con nuestro amor.

—Estrella, no te puedo prometer que mi amor, que eso a lo que tú llamas amor, sea para siempre, pero, créeme, mientras exista...

—Ambrosio...

—Mientras ese amor exista tendrá la mayor fuerza: la verdad.

—¿Seguimos imitándolos?

—Claro.

Néstor podía imaginarse, al ver a los amantes de la escena, a su tía abuela y a Buendía embelesados en un beso igual de

absorbente y profundo mientras que soplaban en el aire vientos de dudas, de preguntas sin respuesta. De repente escuchó la voz molesta de Catalina.

—Néstor. ¿Qué te pasa?

—Nada. Cuéntame.

—Te estaba contando las distintas interpretaciones que, a lo largo de los años, los distintos expertos le han dado a este cuadro. Las amenazas al amor, el paso del tiempo, la fugacidad de la vida...

—No, nada de eso.

—¿Qué interpretación le das tú?

—Son ellos.

—¿Ellos?

—Claro. Son Ambrosio y Estrella.

—Eh... ¿Y los espectros?

—Los espectros son...

En ese momento empezó a oírse un ruido extraño, al principio leve, pero cada vez más amenazante. Las paredes comenzaron a rugir, a vibrar.

—¡Los ancestros!

Néstor y Catalina saltaron la distancia suficiente para no morir aplastados por una mole de ladrillos que se había desplomado sobre el lugar en el que estaban. Una de las paredes de la habitación había cedido, como tantas otras ya lo habían hecho.

Los dos jóvenes permanecieron inmóviles y abrazados bajo una espesa nube de polvo con miedo de que un mínimo movimiento hiciera caer otro enorme pedazo de pared.

—Son los ancestros, Catalina. Son los ancestros. Ésta es la habitación de la que habla mi tía abuela Estrella en uno de los últimos folios de su diario, en la que pasaba los mejores momentos con Buendía.

—Néstor, ¡vayámonos!

La silenciosa noche de «*La nada*» había sido bruscamente alterada por el estruendo. Al fondo del pasillo se comenzaron a vislumbrar unas luces, las de algunas ventanas del viejo caserón.

Catalina intentó levantarse, pero no podía. Un inmenso pedrusco de los que había vomitado la pared caída había aplastado su pie. Poco quedaba ya de su imagen de universitaria intelectual. Un rostro desdibujado por el dolor, la ansiedad y la angustia; unas gafas hechas pedazos y un

cuerpo emblanquecido por la cal era lo que Néstor podía ver de ella cuando se disponía a levantar la piedra.

—Néstor, creí que iba a morir. He visto la pared sobre mí. ¡Vayámonos!

El muchacho la tomó y, apoyada sobre él, fue avanzando como buenamente pudo, sin apoyar el pie, sobre ese campo minado de escombros, sobre ese monstruo de «*La nada*» que tan trágicamente había mostrado su fiereza.

Entonces vieron cómo, a lo lejos, avanzaba hacia ellos una luz mayor que la de su linterna. Era, sin duda, el candelabro con el que el viejo acostumbraba a recorrer la venta. Sus pasos eran torpes y lentos, tan sólo se adivinaba que llegaría, pero no cuándo.

—Catalina. ¡Es Buendía! ¡Nos va a ver!

—Pues que nos vea y así nos echará y acabará todo.

—Vamos a escondernos en esa habitación de ahí. Estuve cuando vine solo y en ella no hay peligro de desprendimiento.

—Claro, si apenas tiene ya paredes que se desprendan.

Entonces escucharon una conversación, palabras que se dejaban oír al principio del pasillo. Don Ambrosio no estaba solo.

—Padre, debemos decirles a los huéspedes que se vayan.

El viejo, imperturbable, se disponía a recorrer todo aquel funesto pasillo, candelabro en mano, sin escuchar la voz de su hija.

—Debemos cerrar la venta y que no venga nadie más.

La miró con frialdad, como dándole una última oportunidad.

—Padre, no pienso entrar.

Buendía había entrado en un estado en el cual ya no necesitaba de palabras para expresar su trágico momento vital, su descorazonador sentimiento del drama. Ya no se servía de ellas, estaba por encima de ellas. La miró y continuó avanzando.

Mientras, escondidos tras el armario con espejo que intrigó a Néstor en su primera visita, Néstor y Catalina mantenían la respiración. Ella tenía tal estado de ansiedad que no pudo evitar llorar. Néstor le tapaba la boca. No podía más.

Buendía no la escuchó. Su alargada sombra en la negrura de aquel tenebroso lugar, provocada por la luz de aquel viejísimo candelabro, recorría lentamente el pasillo hasta la zona de la catástrofe. Los chicos la vieron pasar con la lentitud y la atmósfera que envuelven algunas imágenes

dramáticas en las procesiones de Semana Santa. La escena, de verdad, daba miedo.

—Tu tobillo está bien. De milagro no has tenido un esguince.

—Además de verdad.

Los dos jóvenes estaban ya en la habitación. Esperaron a que la hija del dueño se fuera y apagara las luces dejando al viejo entre escombros, sólo con la luz de su candelabro. Subieron las escaleras como pudieron, ella prácticamente encima de él y una vez en el cuarto se asearon un poco, se quitaron de encima el antediluviano polvo. La chica aún sufría, había visto la muerte demasiado cerca, no era para ella ya tan sólo una teoría.

—Néstor, prométeme que no volverás a entrar, que no volverás a entrar.

Él, que estaba echado sobre su espalda masajeando sus pies desde atrás, dejó caer su cabeza en la cabellera de ella, sus labios sobre el hombro izquierdo de ella, allí suavemente la besó.

—Al final no pudimos encontrar el hoyo que el viejo estaba haciendo en el suelo.

—Néstor, ni tan siquiera pudimos encontrar el suelo.

—Catalina, qué sentido del humor tienes.

—Es verdad.

—A veces tengo la sensación de que estoy viviendo una pesadilla, que me voy a despertar de la siesta para después ir con mis amigos a una venta de los montes de Málaga. Eres tú lo único que hace que no me haya absorbido ya este mundo.

—¿Que no te haya absorbido?

—Sí. Todo este mundo de sombras tiene algo que engancha. Es como una droga, algo adictivo. Es como si las sombras trataran de que te unieras a ellas. Como en las películas de vampiros. Algo te tiene al borde de perder la razón para que seas uno de ellos. ¿No lo notas?

Catalina lo miró. Después observó el reflejo en el espejo de los dos jóvenes sobre la cama. Contestó sin darle dramatismo, casi ausente.

—No.

—¿O no será que ya somos uno de ellos? ¿Que ya pertenecemos al mundo de las sombras? ¿Que ya formamos parte de la nada?

—Néstor. Por favor.

—Y no me refiero a la venta, Catalina, me refiero a LA NA-DA, LA-NA-DA.

—Tranquilo, tranquilo.

Catalina lo acurrucó, lo acarició y lo meció, como una madre a un bebé agitado e insomne, sin apenas intentar responder ni entender todos esos aterradores pensamientos que estaba escuchando de la boca de Néstor.

—Y si eso es así, si ya formamos parte de LA NADA y no podemos escapar, que nos espera esta agonía durante años, siglos, milenios y la eternidad entera, quiere decir que...

—¿Qué quiere decir?

—Que estamos...

—¿Sí?

—Que Buendía y su hija, que tú y yo... Que estamos todos muertos.

Entonces, como abatido por un disparo, terminó de desplomarse sobre ella. La primera gota de sudor empezó a brotar de su frente, una frente que comenzaba a alcanzar unas febriles temperaturas. Como si su propia mente se rebelase por tener que pensar algo tan espantoso, algo que al traspasar las barreras del horror ni la propia mente pudiese soportar pensarlo.

—Dime que no voy a perder la razón.

—No.

—Asegúramelo.

—Asegúrame tú que no vas a volver a entrar allí.

—Te lo aseguro, te lo prometo.

—Gracias.

El espejo era el inquisidor al que tuvo miedo de mirar, pero no pudo resistirlo. La incertidumbre era insoportable, una tortura aún más sutil y dolorosa. Su reflejo le devolvió un rostro más difícil, con más arrugas, unos ojos con más melancolía y dolor, unos rasgos que lo hacían más viejo que hace unos días, antes de traspasar la puerta de la venta.

—Catalina. Me has conocido cansado y delirante. No soy así. No soy así. De verdad. ¡No soy así!

—Lo sé. Lo sé.

Los dos se dejaron caer en la cama, fulminados, casi exhaustos. El ataque de sinceridad metafísica de Néstor lo dejó sin fuerzas para llorar o abrazarla. Poco quedaba ya de la noche anterior, de su fuerza, de su empuje, de su erotismo brutal. Sólo la misma oscuridad, sólo los mismos latidos, sólo las mismas almas, tal vez un poco más solas, en

el diminuto trozo de mundo habitado por ambos. Iban pasando los minutos, las horas con su plomiza cadencia y Néstor era abatido por ráfagas de irrealidad que le hacían saltar de la cama como un resorte o caer de nuevo presa del encanto de la duermevela.

En uno de esos impulsos se quedó paralizado. Su mano no alcanzaba la lámpara de la mesa de noche. No sabía si aquello era verdad o sólo una pesadilla. El horror era tal que llegó un momento en que eso ya ni tan siquiera se lo preguntaba porque estaba tan paralizado que no podía ni pensar, también se le paralizó la mente. Sintió que llegaba a la lámpara, pero, al mismo tiempo, no la podía tocar. Sintió que no podía tocar, palpar, notar el contacto. En otras palabras, sintió que no existía, que ni tan siquiera existía para sentir que no existía. Vio cómo la habitación era la que daba vueltas y no él, que no podía mover ni un músculo de su cuerpo. Vio cómo era la habitación la que cobraba vida y traspasaba la barrera del espacio y del tiempo alternándose en ella visiones de ésta y de otras épocas, del presente y del pasado, imágenes que él no entendía. Entonces se estremeció por el vértigo demoledor de una caída, como si hubiera caído desde las alturas, del techo de la propia habitación hasta su propio cuerpo.

Entonces, esa petrificación fue rota por un brutal grito. Se incorporó en la cama como un resorte. Miró hacia un lado y hacia otro y todo estaba en orden. De rodillas sobre la cama

y con el corazón absolutamente desbocado, se interrogaba sobre la línea delgada que separa la realidad del delirio. Sintió una visceral necesidad de sentir, de palpar, de vivir. Saltó de la cama, se levantó y entonces pudo sentir su pie sobre el frío suelo, sus manos cogieron las sábanas con ira, con violencia. Las apretó. Jamás su piel había poseído un objeto con tanta intensidad, con tanta angustia, con tanta agonía. Casi las rompió. Un intenso alivio le recorrió, casi tan intenso como el pavor del que provenía. Un pavor que no era miedo a la muerte, sino miedo a ni tan siquiera poder morir, por no existir. Un silencio brutal se hizo con la escena mientras que su corazón iba recobrando su normal velocidad. La miró a ella tumbada, dormida, ajena a todo lo que había pasado o quizás no había pasado.

Fue ésa la primera noche que pudo decir Néstor que pasó en la nada.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Los dos chicos habían decidido salir pronto de la venta para terminar su investigación en el archivo. Durante el camino al pueblo, ella se sujetaba a él, sin embargo continuaba Néstor absorto y somnoliento, como si aún conservara parte de la neblina espiritual de la noche anterior.

—Vamos Néstor, despierta.

—¿Crees que allí vamos a encontrar lo que estamos buscando?

—No lo sé, ni siquiera sabemos qué estamos buscando.

Hacía frío, no obstante, del pueblo brotaba con fuerza toda la algarabía de niños y madres por las cercanías del humilde colegio. Una vida casi oculta, subterránea, que aparecía cuando tenía que aparecer de las entrañas de los adoquinados y de las eternas rutinas de sus habitantes. Un

sonido quizás demasiado mundano y lejano interrumpió la evasiva escena.

—Madre mía. ¡Cuánto tiempo sin oír el móvil!

—Néstor, estoy en ese puesto de *souvenirs*.

—Julio. ¿Qué tal?

—¡Cómo que qué tal! Néstor, llevo llamándote toda la mañana.

—Julio, tío, sabes que en la venta no hay cobertura. Ahora estoy en el pueblo, por eso puedo hablar.

—¡Cómo es posible que todavía estés allí!

—Ya te contaré. Catalina, la chica que conocí, es fantástica, es historiadora y estamos investigando lo que le sucedió a mi tía.

—Ya, ya. Si me lo imaginaba, pero como llevabas unos días que no estabas bien, con las pesadillas y todo eso...

—Tío, estamos a punto de descubrir todos sus recuerdos, toda su existencia.

—Néstor, déjate de filosofía. ¿Cómo explico yo esto en la oficina si me preguntan?

—Dios mío, la oficina.

Catalina le hacía muecas, a lo lejos, con un sombrero de los que antiguamente usaban los labradores y que había comprado en la tienda.

—Néstor, ¿me oyes?

—Claro Julio, eh, pues no sé...

—Aún no ha preguntado nadie por ti.

—Ya... pues dile... que estoy en un pueblo haciendo un análisis de mercado del acceso a las nuevas tecnologías en zonas rurales.

—Vamos tío, eso no se lo va a creer nadie y menos nuestro jefe.

—Pues invéntate que estoy malo, Julio. ¿Yo qué sé?

Néstor había dejado de mirar a Catalina al fondo y tampoco prestaba ya demasiada atención a la conversación del móvil.

—Julio. ¿Has dicho que no ha preguntado nadie por mí?

—Sí.

—¿A estas horas de la mañana?

—Néstor. ¿Qué te pasa?

En su letargo, Néstor recordó una frase del viejo: «¡no hay

peor muerte que el olvido! ¡No hay peor muerte que el olvido!».

—Néstor, Néstor.

En su pasmo, quedó más engullido por sus propios pensamientos al recordar otra, aún más inquietante, otra frase que pronunció Buendía aquella primera noche, cuando le enseñó su tétrico altar y descargó sobre él toda su angustia sobre el olvido y la muerte.

—¿Hace falta morir? ¿Cree que si desapareciera unos días alguien se iba a acordar de usted?

—¿Qué dices, Néstor?

—Nada, repito una frase del viejo.

—¿Néstor? ¿Néstor?

—Adiós.

Había frases que parecían guardar todo un arsenal de dramatismo para estallar más adelante, en otro momento, después de ser pronunciadas, como una cruel bomba de relojería para la existencia. Había frases que, en el momento justo, con las condiciones adecuadas y con un exacto estado del alma, podían desencadenar todo un estallido de locura.

Tan sólo hubo fuerzas para colgar el aparato y volver a introducirlo lentamente en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Vamos al archivo.

Catalina regresó con él, estupefacta por el repentino gesto de preocupación del muchacho. Cogidos de la mano, volvieron a subir la empinada cuesta hasta llegar a la mole de edificio restaurado donde estaban todos aquellos legajos.

Todo seguía igual que hace dos días. Aquella enorme habitación seguía deprimente y sola. Las primeras gotas de lluvia se dejaban caer por las cristaleras.

Tras pedir la pertinente autorización a la funcionaria, los jóvenes comenzaron a desempolvar aquellos destartados objetos.

Pasaban las horas y allí no había ni rastro de Estrella. Tan sólo viejas latas con fotografías, algunos relojes de mano, muñecas de trapo... La misma lista de retales que encontraron el primer día y que tanto deprimieron a Néstor.

—¿Es posible que toda esta gente no dejara nada por escrito?

—Néstor, ten en cuenta que la gente a la que iba dirigida el sueño de Ancestra era, en su inmensa mayoría,

analfabeta. Era un sueño hecho para los desheredados. Tan sólo los intelectuales como Buendía pudieron dejar algún documento sobre lo que pasó.

—¿Y por qué lo de esos intelectuales no está aquí?

—No sé, quizás no quisieron contaminar aquello que brotaba del alma del pueblo.

—Algo falla, algo no estamos haciendo bien.

—Más concretamente, en el caso de tu tía, recuerda que el viejo te dijo que entregó todos los recuerdos que había ido acumulando de la gente del pueblo, excepto los suyos.

—Y esos recuerdos que entregó él son los que están en este archivo.

—Sí.

—Pero entonces, ¿cómo llegó todo esto a este edificio?

—Me contaron en la facultad que, tras la llegada de la democracia, alguien del grupo los donó al ayuntamiento.

—Y de ese archivo una parte es la que está en este edificio y otra, sobre todo fotos, se la llevó el viejo a su casa.

—Lo que es interesante es saber quién fue la persona que guardó todo esto durante tantos años

—Debió ser alguien importante dentro del grupo.

—Yo siempre pensé que fue Buendía. No sabía que estaba tan desencantado.

Entonces Néstor quedó absorto, paralizado, sin poder oír las palabras de la muchacha.

—Néstor, ¿qué has visto?

—Catalina, no lo puedo creer.

En una de las cajas mejor conservadas había sobre todo fotos y revistas. Entre ellas apareció un colgante, un medallón de los que antiguamente se colgaban. Estaba abierto y en su interior, la fotografía de la joven Estrella, la misma que conservaba en la venta Buendía.

Lo tomó con cuidado y, sin quitarle el polvo si quiera, se lo puso en el cuello.

—Mírame Catalina. Mírame.

Sus ojos volvieron a brillar y a recuperar la alegría que tuvieron apenas días antes.

Catalina, no obstante, no siguió a Néstor en su júbilo.

—Néstor.

—¿Qué?

—Éstos no son los recuerdos de tu tía.

La chica había seguido devorando la cajita y su contenido mientras él se emocionaba con el colgante y había descubierto una inscripción en la parte interior de la tapadera.

—Éstos son los recuerdos de una tal Inés Gracia.

Néstor y Catalina comenzaron a andar por unas empinadísimas y estrechas calles que los adentraban cada vez más en la parte más antigua de aquel, ya de por sí, antiquísimo pueblo. Buscaban a Inés y a su marido, Miguel, si es que alguno de los dos seguía con vida, y lo único que tenían era una pálida fotografía de las dos parejas en la puerta de la casa de ellos. Era la primera imagen que Néstor veía de su tía junto a Ambrosio. Debió ser su época dorada. Serios y con cierta pose, como en todas las fotografías de la época, aparecían y tras ellos, un rótulo con el nombre de la calle, calle Roseta.

Las casas daban la bienvenida con balcones rebosando de plantas, sobre todo geranios, formando un caleidoscopio colorista que brillaba desde la gélida cal. Néstor perdía su vista más allá de lo que dejaban ver las puertas, siempre abiertas. Parecía que aquellas personas no tenían el miedo y el recelo de las grandes ciudades y dejaban a flor de piel los secretos que albergaban sus humildes viviendas. Casi siempre eran patios aquello que se vislumbraba al fondo,

con la misma estructura que hace siglos. Un largo, estrecho y oscuro pasillo separaba al patio de la puerta exterior y al fondo, casi siempre a mano derecha, aparecía la escalera que conducía a las dependencias de la casa. A veces, esta escalera estaba en el interior del propio patio y, a veces, objetos como alguna moto rompían la dulce decadencia de lugares demasiado atados al pasado.

—Creo que va a ser misión imposible encontrar este sitio.

—Vamos Catalina, el pueblo es muy pequeño. Tenemos que seguir buscando.

—Vamos a tener que preguntar a alguien.

El agotamiento hacía mella con aquellas cuestas, más pensadas para bestias que para hombres. Anduvieron preguntando a todo aquel que se cruzaba en el camino, pero no conocían esa calle. Quizás no hubiese ya nadie lo suficientemente viejo para recordarla. Mientras, un sol abrasador iba minando los ánimos a medida que se dejaba caer, plomizo, sobre los dos muchachos y las empinadas cuestas.

—Dios mío. Es como si aquel lugar nunca hubiese existido.

—Néstor, han pasado casi 80 años. Puede que no exista ya la casa, puede que no exista ni la calle, puede que de aquella época estén todos muertos.

—Un momento.

Acababan de llegar al final del casco antiguo y se vislumbraba ya el comienzo de huertas y tierras de labranza. Néstor quedó hipnotizado mirando uno de los patios interiores que se dejaba ver al fondo de una de las casas. Absorto, sólo tenía ojos y atención para aquel lugar.

—Néstor, ¿qué haces?

—Entrar.

—Eso es allanamiento de morada.

—Pues que no se dejen la puerta abierta.

—Dios mío.

Catalina se sacó del bolso la maltrecha fotografía con cuidado de no deteriorarla más, y con nerviosismo, comparó el lugar de ésta con aquel en el que estaban, para decirse a sí misma, con una mezcla de estremecimiento y de alivio, que eran el mismo.

—Néstor, es ésta la casa. Mira, tan sólo observa que ha desaparecido la huerta de la derecha y en su lugar hay otra casa... Néstor.

Néstor se adentraba con sigilo por un pasillo que se le hizo interminable. Era el fondo lo que llamó poderosamente su

atención. Era un patio como otros tantos, pero había algo en él que lo atrapó, que lo llevaba irremediablemente hacia él, fueran cuales fueran las consecuencias.

—¿Qué desea usted?

Una mujer de unos sesenta años salió a su encuentro sorprendida por su incursión en su vivienda. Catalina llegó pronto para responder a la señora. Mientras, Néstor seguía mirando el patio.

—Estamos buscando a Inés Gracia.

—Soy su hija.

—Y... ¿podríamos verla?

—Murió hace años.

—Lo sentimos.

Consternados, no tuvieron fuerzas para preguntar por el marido de ésta, que, por la edad, habría corrido la misma suerte.

—¿Por qué la buscan? ¿Conocían a mi madre?

—Sólo por fotos.

—Madre mía.

Desconcertada, la mujer casi rompió a llorar al ver la vieja fotografía de sus padres.

—¿Ve a esta otra muchacha? Era mi tía abuela Estrella.

—Claro, Estrella.

—¿Conoció usted a mi tía abuela?

—No, pero mi madre me habló mucho de ella. Se pasó gran parte de su vida hablando de ella.

—¿Podemos ver el patio?

—Claro, pasad, pasad.

Entonces embargó a Néstor una sensación extraña, incomprensible, sin lógica. La sensación de estar en un lugar fuera de su espacio y fuera de su tiempo. La estructura de aquel patio, el lugar en el que estaban colocadas la puerta y las ventanas, la escalera a la azotea, la disposición de las macetas, el lavabo... Todo era impactantemente idéntico al de la casa de su tía en Málaga. Una panorámica por aquel lugar era una retrospectiva por el mapa emocional que aún albergaba en la memoria del patio de su tía y, por lo tanto, de su propia infancia y de sí mismo. Pensó que se trataba de otro de sus sueños, que iba a despertar de un momento a otro, pero era todo real. Pensó que era imposible, pero aún así se adentraba cada vez más peligrosamente en esa realidad imposible. Hechizado y absorto, miraba cada una

de las esquinas, las plantas, incluso las baldosas, sin ser capaz de entender cómo aquello estaba siendo posible. Le entró el pánico. Sin saber por qué, quiso llorar, buscar auxilio. Deseaba salir de aquel lugar rápidamente para demostrarse a sí mismo que aún formaba parte de la realidad y no de un mundo imaginario e incontrolable. Un profundo miedo a la locura, a lo desconocido, a perder el control, lo paralizó sin siquiera poder articular palabra.

—Néstor.

—¿Está usted bien?

—Discúlpele, está muy cansado.

—Oiga, ¿cómo es posible que su patio sea idéntico al de la casa de mi tía?

La mujer se quedó sorprendida en un principio por la pregunta, pero después pareció, tras meditar en un fulgurante viaje al pasado mental, haber encontrado la respuesta.

—Pasad al interior. Estaba preparando la comida. Quedaos si lo deseáis.

—No se preocupe, no hace falta.

La humilde vivienda de la señora se llenó esa sobremesa de una nube de recuerdos, de una atmósfera de melancolía.

Néstor le contó toda la historia de cómo y por qué habían llegado hasta allí y la mujer trató de rebuscar en su memoria todas aquellas anécdotas y vivencias que le hubieran podido contar sus padres de aquella lejana época, tan lejana que pareciese mezclarse con el mundo de los sueños.

—Por lo que me contaba mi madre, tu tía se pasaba gran parte de su tiempo en el patio ordenando todos los recuerdos que la gente le iba dando. Era incansable. Mi madre disfrutaba conversando con ella justo en la esquina donde está el lavadero. Fueron, según mi madre, los mejores momentos de su vida.

—Y por eso trató de recrear ese patio después en su casa.

—Claro, las cajas de tiempo.

Catalina se volvió a enfundar en su traje académico para sacar a relucir un concepto aprendido en su carrera.

—Había una teoría que decía que para vencer al paso del tiempo y al olvido bastaba con encerrar al tiempo en un lugar como si de una caja se tratase, es decir, mantener ese lugar inalterable. Después bastaría con entrar en ese lugar y encontrar las cosas tal y como fueron en el pasado. Son las cajas de tiempo. Una de las muchas utopías en las que creía este grupo.

—Utopía. Sí, al fin y al cabo, la casa de mi tía ya no existe.

—Chico, mi madre siempre quedó muy triste de no volver a ver a Estrella. ¿Cómo fue la vida de tu tía?

—Todo esto lo he descubierto en los últimos tres días. Ella nunca me contó absolutamente nada.

Néstor se adentró en una melancolía aún más profunda. Como si se martirizase por haberse perdido una parte tan importante de la vida de su tía. No quiso contarle a aquella mujer que su tía vivió de forma rutinaria todas esas décadas, tan lejos de todos los sueños en los que creía. Catalina le cogió la mano para tranquilizarlo.

—Néstor, seguro que el hecho de ser tan buena persona en su vida posterior hubiese hecho sentirse muy orgullosa a Inés.

Entonces se abrió un gran silencio que sólo fue roto por la anfitriona y dueña de la casa.

—Néstor, Catalina, fuimos nosotros los que guardamos todo lo que posee el ayuntamiento sobre el trabajo del grupo.

—Entonces... usted sabe dónde están los recuerdos de mi tía.

—Cuando mi madre murió y las condiciones políticas cambiaron, lo entregamos todo, con la esperanza de que algún día pudiese estar en el sitio que se merece, a la vista de todo el pueblo. Incluso la caja con los de mi madre entró en

el baúl que llevé. Me costó desprenderme de ello, pero era lo menos que pude hacer para ser coherente con lo que mi madre hubiese querido.

—¿Y los de mi tía?

La mujer se levantó de la mesa y se fue hacia el interior de la pequeña vivienda. Néstor y Catalina se abrazaron. Estaba tan cerca el momento que tanto ansiaban que el tiempo que tardó en volver, se hizo interminable, agotador. El corazón de Néstor entró en una vertiginosa huida hacia ninguna parte.

—Una carta.

—Es lo único que poseo de ella. Cuando murió mi madre, pensé en entregarla, pero decidí no hacerlo ya que se trata de una carta personal y no de algo que dejara como recuerdo en todo ese proceso. En ella se habla de aquello que estáis buscando y narra a mi madre cómo fue su salida del pueblo y la ruptura con su pareja, Ambrosio Buendía.

A pesar de la decepción, la devoraron con entusiasmo y agonía. Cada palabra, cada frase, corría, volaba, sin tiempo para la reflexión ni el análisis. Era apenas un folio. Al terminar de leerlo, Néstor se levantó de la mesa de manera fulminante, como una exhalación.

—Señora, le estoy enormemente agradecido.

—Puedes quedarte con la carta.

Los dos muchachos salieron corriendo y agitados de la casa. Néstor, incontrolable, furioso, veloz. Catalina apenas podía seguir sus pasos. La señora los paró por última vez.

—Chicos. Tened suerte. Estrella era una de las personas más bellas e idealistas de las que he oído hablar.

Ellos volvieron la mirada por última vez para despedirse de la señora, que aún estaba en la puerta de la casa. Ya no había tiempo para más. Comenzaron a correr sin dirección.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

La misiva comenzaba así:

«Inés, he compartido contigo tan buenos momentos... Lo sabes y estoy segura de que sabrás entender por qué me he ido. Sí, me he ido y ahora es como si nunca hubiera estado aquí. He vuelto a mi viejo lugar. Te preguntarás por qué.

No pude soportar más todo lo que me estaba pasando. Cuando vino mi hermano en el coche de caballos, no lo pensé más y subí con él. Me daba igual su severidad y la de los míos al llegar allí, las penas que me encontraría por la guerra... Hicimos una primera parada en la iglesia porque yo se lo pedí. Fui primero a confesarme. Quería estar bien con Dios. Quería quedarme tranquila por haberle ofendido, por haber estado en un grupo que no creía en Él».

—Tenías razón.

—¿Lo ves, Néstor?

«El lugar al que he vuelto me hacía tan infeliz antes de llegar aquí, pero aún así subí con él. Había pasado la noche llorando. No podía ni tan siquiera disimular por cómo tenía los ojos. No sé, Inés, qué vida me espera».

—Néstor, no puedes hacer lo que estás pensando. Escúchame.

—Sí puedo.

«Aún tenía en la cabeza mi última pelea con Ambrosio. No pude entender cómo podía dejar que esos sueños, que ese futuro que imaginamos, que ese amor, que todo eso se perdiera para siempre».

—Me prometiste que no harías eso. No pienso ser partícipe. ¿Es que no te importa? ¿Es que no te importo?

«Parecía como si ya no le importase. Como si para él ya no tuviese sentido ni la revolución, ni las almas inmortales ni toda esa gente por la que hicimos tanto sacrificio. Inés, te escribo esto sin parar de llorar, léelo bien, lo que más daño me hacía era que ya no le importaba yo».

—Mírate al fondo de ti mismo, Néstor. ¿Por qué todo esto no te deja vivir? ¿Qué estás buscando? ¿Qué estás buscando?

—Los recuerdos de mi tía.

—¡No! ¡No!

«Como si sólo le importase un estúpido orgullo, como si se hubiera dejado llevar por algo que le obligase a demostrarse cosas a sí mismo, a su comité y a esa masa completamente enloquecida. No tenía por qué demostrarle nada a nadie. ¿Demostrar qué? Ganar una guerra, pero ¿qué guerra? Si ésa no era nuestra guerra».

—Párate Néstor, que te voy a decir qué es lo que estás buscando. Escúchame bien porque te voy a decir lo que pienso con toda la crudeza, pero también con todo mi aprecio.

—Vale, me paro.

—Dices que lo que quieres es encontrar los recuerdos de tu tía para así poder salvarla del olvido, la nada, que es la peor muerte que existe. Pues bien, eso no es así.

—¿No es así?

—Sólo te conozco de hace un par de días, he pasado contigo momentos que nunca olvidaré y sabes que daría lo que

fuese por estar contigo y seguir conociéndote toda la vida, pero...

—Pero...

—Todas tus pesadillas, todos tus silencios, todas tus miradas de pánico lo dicen... Néstor...

—No llores, por favor.

—En realidad lo que buscas es salvarte tú.

—Crees eso.

—Aunque encontraras los recuerdos de tu tía, no lograrías salvar a los de mucha otra gente, ni mucho menos los tuyos. Néstor, estamos en un pueblo diminuto, una gota de agua en el océano, en un mundo inmenso, con guerras y hambre que cuestan la vida a millones de personas. Nosotros no somos tan importantes. Nuestros dramas no son tan importantes.

—Ya. Como le dice Usa Lazslo a Rick Blaine en Casablanca: *«el mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos»*.

—Néstor. Tenemos que aprender a vivir con esos dramas. Eres una persona maravillosa y la gente que te quiere te recordará por eso y ya está. Lo ha dicho la hija de la amiga de tu tía, que Estrella era una bellísima persona. ¿No te parece suficiente? ¿No te parece que así vencemos a la muerte?

¿Que nuestra obligación es ser buenas personas y ya está? No puedes dejar que todo esto te obsesione o acabarás muy mal. Te está devorando un miedo terrible a la muerte y presiento que te pierdo. Te pierdo.

—Catalina...

«No tenía que ser un héroe. Nadie se lo estaba pidiendo. ¿Por qué tuvo que renunciar a todo lo que teníamos por delante?»

Hubiéramos sido felices ganase quien ganase esta maldita guerra, pero no era consciente de que la peor guerra es la que tenía contra sí mismo».

—Que sueñes con que caes a un precipicio abierto en casa de tu tía junto a todos sus recuerdos, que viajas en un autobús en el que todos sus pasajeros están muertos, esas noches tan horribles que pasas y ahora esto que quieres hacer... Néstor, por favor. Vive como si no existiese la muerte o morirás como si no existiese la vida. Aún estás a tiempo. Vayámonos de este pueblo antes de que sea demasiado tarde, de que nos caiga encima con todas sus ruinas de casas abandonadas y muertos en vida y acabe con nosotros. Hagamos lo que un día planeamos. Irnos lejos de todos nuestros problemas, de nuestras ataduras y romper con todo y con todos. Es nuestro momento, Néstor.

—Ya.

«Hubiéramos sido felices aunque nos hubiéramos tenido que ir de este pueblo, a Málaga, quizás, o a otro lugar, huyendo de esta maldita guerra. Tan sólo con nosotros mismos».

—Vienes conmigo o vas allí. ¿Adonde prefieres ir?

«Yo no paraba de pensar en todo esto. También en mi legado. Aquél que, por despecho, no quise entregar a Ambrosio. En el fondo seguía siendo una soñadora. Me avergonzaba de mí misma. Yo no debía ser tan importante. Lo importante era el individuo, los ancestros. ¿Qué importancia tenía una historia de amor en un pueblo tan pequeño comparado con todo eso? ¿Qué importancia tenía él? ¿Qué importancia tenía yo?».

—Si vas allí y entras, olvídate de mí.

«Y entonces entré allí, a la posada donde por primera vez fui feliz, en mis primeros días con Ambrosio hace ya tanto tiempo. Dejé a mi hermano en el carruaje. Ni siquiera le expliqué por qué quería entrar allí. Todo estaba en ruina. Hacía ya tiempo que había sido abandonada por su dueño, por las cosas que habían pasado en el pueblo. Sentí un inmenso dolor al ver aquel lugar en ese estado. Las paredes se estaban derrumbando y tenía que tener cuidado de no caerme. Poco a poco fui recorriendo los pasillos, las habitaciones

del piso de abajo, el patio... Tenía poco tiempo, mi hermano me estaba esperando y podía impacientarse».

—Catalina, lee el último párrafo.

—Néstor, no es el último. Esta carta continuaba en un segundo folio que no tenemos. No tiene firma y recuerda cómo en las anteriores tu tía firmaba todos sus escritos con la fecha incluida. Me dedico a la Historia. Tenemos que tener cuidado con interpretar hechos que ocurrieron hace tantos años.

«Qué egoísta fui. Debí darle a Ambrosio mi legado y así, corrieran el riesgo que corrieran los de los demás, formaría parte de ellos. Ser una más en el cielo de los seres libres e inmortales. Si es que existe ese cielo».

—Lee la última frase.

—Néstor, puede interpretarse de muchas maneras. No tiene por qué ser lo que estás pensando.

Cuando estaban saliendo del pueblo se pararon, cerca de donde la chica tenía estacionado su vehículo. Un silencio estremecedor recorrió cada palmo, cada suspiro de aire, como un disparo que rompió a quemarropa a la pareja.

—Néstor, no.

—Lo siento Catalina.

Nadie lo sabe, pero quizás, en un juego macabro de la Historia, en un paralelismo diabólico, ocurrió en el mismo lugar en el que, hace más de 70 años, se rompió otra pareja. Con el mismo dolor, con la misma visceralidad, con el mismo drama.

Un coche empezó a arrancar lleno de lágrimas. Un ruido de motor a resquebrajar los silencios íntimos. Una nube de polvo a difuminar los rostros, pero no los recuerdos. Un alma desolada a quedarse sola en un lugar recóndito, sin tener una manera de irse, aunque eso ya no le importase. Demasiado solo y demasiado recóndito también, quizás, para sí mismo. Desamparado, con una sensación desconocida, tal vez, desde los tiempos en los que era niño, desde los tiempos en los que buscaba la imagen de su tía a la vuelta del colegio para regresar a casa, para sobrevivir. Desprotegido, insuficiente consigo mismo. Ganas de llorar. Demasiado desamparo el que produce el desamor. Demasiado intensa la herida que deja abierta cuando se va el amor. Demasiado desgarró, como si el amor nos hiciese creer que la persona que se va fuese una parte de nosotros mismos o quizás lo fuera. El coche escapa en la lejanía, lento, torpe, como esperando un último grito, una última huida, un último milagro. Como si no quisiese irse. La silueta de él se petrifica haciéndose parte del paisaje. En su mano, una carta de hace mucho, mucho tiempo. La mira, se la acerca a sus nublados ojos, la lee varias veces, como si intentase encontrar más respuestas, como si inventase

preguntas para las viejas respuestas, como si él tampoco estuviese seguro de lo que minutos antes era un dogma.

Ya no hay rastro del coche en la lejanía, ni de la que pudiera haber sido la mujer de su vida. Como si nunca hubiesen existido. Tan sólo la efigie posible de «*La nada*» y un impulso maniaco por repetir una y otra vez la última frase, la famosa última frase.

«Lo pensé y sentí un gran dolor cuando llegué a la última habitación y me puse frente a ese cuadro que tanto me impresionó. Inés, mis recuerdos están atrapados en el amor».

Los pinos rugían agitados por el viento. Guardó el papel en uno de sus bolsillos mientras recorría lentamente el camino que en la mañana había recorrido con ella. Todo le recordaba a ella: el asfalto de la carretera, las casas blancas que ya se perdían, aquel cielo libre de contaminación y otros espasmos. Recorrió mentalmente los lugares en los que había estado con ella, comiéndose la vida, bebiéndola a sorbos, aprendiendo algo que nunca termina de aprenderse: vivir.

En ese momento ella había traspasado el umbral de la persona, de la finitud, para llegar a ser ubicua, omnipresente. El amor, esa conjunción de los astros que hace orbitar a lo imposible, había desplegado sobre él todo su arsenal de drama, sin piedad, sin miedo a aniquilarlo. Antes pensaba

que de otra época era morir por amor o acaso es el amor el único drama que te permite morir varias veces, demasiadas veces. Es el amor, por lo tanto, lo único que te permite ser eterno, si es que por eternidad se entiende ese infinito redimido de muertes.

Recordó una de esas muertes que, por temprana, pudo ser una de tantas piezas en la creación única e insustituible del Néstor Pérez que en ese momento se debatía en un marasmo de abismos.

Él tenía tan sólo diecisiete años y llevaba poco tiempo empezando a salir. Sus padres habían comenzado a dejarlo explorar aquellos mundos de la noche de Málaga hasta la temprana hora de las diez de la noche, pero aquella semana era Semana Santa y en los años noventa aún tenía aquel desfile de colores y tragedias un sabor muy especial, porque era una de las pocas ocasiones en las que los progenitores abrían la mano con sus vástagos.

Aquel multitudinario grupo de su clase tenía más hechuras para esa vida tumultuosa. Llevaban más camino recorrido, más kilometraje.

A Néstor los bares le parecían trincheras de guerra donde tenía que sobrevivir a los cañonazos de una música estruendosa, sin apenas oportunidad para interactuar con el resto de la manada. Por aquella época, Néstor había puesto sus ojos en Rosa, un ser pequeño, diminuto, pero

atractivo, demasiado atractivo para él según los cánones de una sociedad, para él difícil de entender y, quizás, para el momento vital por el que él estaba pasando.

Era Jueves Santo. El gentío hacía que aquellas calles fueran intransitables. Las masas, ávidas de la demostración de fuerza y virilidad de las fuerzas legionarias, colapsaban las arterias de la ciudad. Los chavales, más o menos veinte, entraron en un bar.

—Juan. Está muy distante. No sé, le he dicho algo y ni me ha mirado.

—Néstor, pero es que ni se te escucha.

—Éste es el día. Se lo voy a decir.

—Néstor. Es que, no sé...

—¿Qué pasa? Llevo varios días intentando decírselo, pero no encuentro el momento.

—Creo que deberías olvidarla.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—La otra noche, cuando te fuiste, tan temprano por cierto...

—¿Qué pasó?

—Es que no sé cómo decírtelo.

—Ya. Tiene novio. Si me lo había imaginado.

—Exactamente novio...

El chaval, desesperado, comprobó cómo al fondo de la pista la chica se abrazaba y contoneaba con otro chico de la pandilla, de aspecto más varonil y musculoso, del que él no había sospechado.

—¿Te das cuenta? ¿Sabes ya con quién está Rosa?

—Sí.

Aquella noche no salió La Esperanza porque comenzó a llover. Se fue antes que el resto del grupo, sin apenas hablar. La sensación trágica de abandono y muerte encajaban con la atmósfera que inundaba aquellas calles. Regresó solo y abatido a su casa y para llegar a ella tuvo que integrarse entre las promesas de una humilde procesión que hacía su mismo camino.

A la mañana siguiente fue a la casa de su tía abuela Estrella y le contó lo sucedido. Para él, en ese tránsito de la niñez a la adolescencia, aquella anciana seguía manteniendo las virtudes de sabia consejera de las que había hecho gala en su infancia.

—¿Ésa es toda la historia, Néstor?

—Sí.

La anciana contemplaba al adolescente con una mirada de dulzura y condescendencia. Lo veía sufrir, haciéndose tantas preguntas para las que ni ella ni nadie tenía respuestas, que simplemente le sonrió. Sonreía y tan sólo el hecho de sonreír ya quitaba dramatismo a una historia por entonces dramática.

—Tita. ¿Por qué te ríes?

—No. Por nada.

—Ya sé. Quieres decir que cuando pase el tiempo yo también me reiré porque todo esto habrá perdido importancia.

No le respondió. Néstor, con una lucidez impropia para un chaval de su edad lo había respondido ya mejor que ella lo hubiera hecho. Hoy, más de diez años después, al recordar aquella escena pudo por primera vez asomarse al mundo interior que se abría en su tía cada vez que se le presentaba un desengaño amoroso. Ya tenía la información y las herramientas necesarias para poder sacarle el máximo partido a aquella sonrisa, a todo lo que se encerraba en ella. Ahora, por su propia experiencia personal y por lo que sabía de la de ella, entendió por qué aquel desengaño no le parecía, para nada, dramático. Entonces lo entendió. Se cumplió su propio presagio, el que adivinó en la sonrisa de su tía. Aquello, desde luego, había perdido importancia.

El viento, cada vez más violento, le arrebató su última lágrima. La efigie de «*La nada*» estaba cada vez más cerca y eso hizo difuminarse en él las imágenes de Catalina y de aquel amor adolescente hasta que desaparecieron del todo. Seguía sufriendo, no podía más, pero decidió, como entonces, sobreponerse y continuar con su vida. Decidió que, desde aquel momento, nada podría ya distraerle de su máximo objetivo, ni tan siquiera una herida que lo estaba desangrando hasta desfallecer. No podía escondérselo a sí mismo cuando sacaba del bolsillo de su pantalón el maltrecho papel. No podía ocultárselo cuando cada vez se lo recordaba con más fuerzas la imagen de la venta.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

Una oscuridad agria y marchita cubría la silueta de «*La nada*». Como en la fantasía que lo atormentó la noche antes, Néstor se disponía de nuevo a cruzar su umbral. Como si ese decadente caserón lo tuviese atrapado y, condenado como un espíritu, tuviese que volver a él para pasar la eternidad toda. Llegó un momento en que no eran pensamientos ya lo que rondaban su cabeza sino espasmos, vibraciones, sensaciones de angustia. Como en un estado de letargo provocado por la droga más potente que existe: el dolor.

Atravesó el portón de la venta muy despacio. Estaba abierto, le extrañó. No había rastro del viejo ni de su hija. Intuyó que el primero estaba en su habitáculo, pero no comprendió cómo su hija no había salido a su encuentro como tantas otras veces en las que alguien cruzaba el

lúgubre acceso del caserón. Miró de reojo el habitáculo. De su rendija asomaba una débil luz. Al menos el candelabro debía estar allí. También hizo lo propio con el patio y con la puerta que daba a aquel ruinoso e interminable pasillo. Vio que no había nadie en la cocina. No pudo evitar la tentación y entró a comer algo. Llevaba sin probar bocado todo el día y no quería esperar a la cena. Le molestaba ese ritual. Le molestaba la gente. Sentía en aquel momento un gusto morboso por la soledad. Como en la época del hambre, se alimentó de tarros de legumbres, que era lo más fácil en aquella clandestina situación. Un silencio demoledor hacía aún más inquietante cada crujido de la madera. Aquella arcaica casa tenía el alma de madera.

Subió las escaleras que lo llevaban a la habitación. También la puerta estaba abierta. Aquellas cuatro paredes eran aún más tristes, si cabe, en soledad. Se dio de bruces con el pequeño espejo de encima de la pila. Su rostro decrepito, las ropas deterioradas y sucias, la barba cada vez más espesa, fruto de todos los días que llevaba sin afeitarse. Se la meció suavemente, mientras se miraba fijamente a los ojos. Dubitativo, quizás por no reconocerse. Eran los rasgos de un náufrago, aunque, en su caso, no sabía si se había hundido o había llegado a salvo a la isla desierta. Sus movimientos eran pausados, como si no reflejasen la angustia o como si ésta ya lo hubiese devorado.

Se sentó en la cama y se tumbó en ésta. Volvió a mirar por

la ventana y a perderse en la neblina que, como cada noche, no dejaba ver absolutamente nada.

Daba lentos paseos de un lado a otro de la habitación. En su mente se estaba ya fraguando lo que sería su gran plan. Tenía que salir bien. Tenía que estar muy seguro de cada uno de sus movimientos. Todo giraba en torno a cómo entrar en la última habitación y cavar en el lugar donde deberían estar enterrados los recuerdos de su tía abuela Estrella. Estaba obsesionado, no pensaba en otra cosa, ni siquiera en Catalina, que se fue llorando; ni en su familia, muy probablemente preocupada; ni en su puesto de trabajo, que correría peligro si también se ausentaba al día siguiente; ni en Julio, que tendría que defenderlo. Nada de eso. Su mente era una máquina programada para un plan y no podía tener distracciones. No podía tener dudas ni sentimientos. Por supuesto, no podía tener miedo ni temer a que un nuevo desplome acabara con su vida. No podía dudar. No podía fallar. Diseñó su plan con una frialdad y precisión de estrategia. Lo primero que tenía que hacer era proveerse del material necesario para iniciar la excavación con garantías. Para eso tendría que ir, al amanecer, al pueblo y hacerse con unos cuantos materiales de hombres de la labranza. Pensó en la cantidad de éstos y en la función que tenía que tener cada uno. Sabía las horas en las que el anciano meditaba en su habitáculo y también las que usaba su hija para ir al pueblo. Tenía en su mente grabado aquel pasillo, también la escena en la que era sorprendido por

Buendía. Calculó al milímetro los pasos que tenía que dar, donde debía o no apoyarse, a qué distancia estaba el hoyo que estaba haciendo el viejo con respecto a la puerta o al cuadro de Klimt. Fue capaz de crear un mapa mental, por si acaso se viese obligado a realizar toda aquella aventura de noche. Tenía que salir bien. Tenía que salir perfecto. Se paró en seco y exclamó en voz alta:

—Me va la muerte en ello. Me va la muerte en ello.

Exhausto, no duró mucho tiempo. En una de sus interminables idas y venidas por la habitación se desplomó sobre la cama. Amaneció en la misma postura en la que había caído.

Esa misma mañana se levantó, casi al abrir el primer ojo. Tenía que ir al pueblo, tal y como lo había planteado. Lo primero, para conseguir los objetos necesarios para que su objetivo llegase lo más pronto posible y segundo, para conseguir un poco de ropa, sacar dinero y asearse un poco. Sabía que había diseñado un plan en el que, posiblemente, tendría que esperar varios días y para eso había que proveerse de todo lo necesario para pasar con garantías aquella situación. No sabía a qué profundidad estaba enterrado lo que fuese que enterró su tía ni tampoco cuánto trabajo habría realizado ya el viejo. Tampoco si, después de más de setenta años, todo aquello se encontraría en buen estado o si, por el contrario, habría sido devorado por aquella humedad insoportable. Del mismo modo, sabía que no debería levantar sospechas y por lo tanto tendría que

volver a entrar en la vida social de la venta, si es que se le pudiera llamar así. Debería volver a hablar con Buendía y con su hija. Ése es el precio que tendría que pagar si pretendía evitar que descubriesen su magno plan de excavar en aquella mugrienta habitación de «*La nada*».

Entró en una minúscula tienda de ropa. Tuvo suerte. No hace mucho, ese pueblo no era lugar para ese tipo de comercios. Se conformó con lo que había. El repertorio de prendas y tallas era escaso. Se hizo con un par de vaqueros más con sus respectivas camisas, un tanto desfasadas. También obtuvo un abrigo que le haría falta aparte de la chupa de cuero con la que salió aquella fallida noche de marcha. Lo que más le preocupaba era hacerse con el ropaje necesario para entrar en la faena de excavar sin después ir dejando rastros de polvo ni escombros por donde quiera que fuera en la casa. Ya demasiado le costó aquello la última vez que entró. Para ello, preguntó a la señora de la tienda si disponía de monos de trabajo a la manera de los que llevan albañiles y otros trabajadores. Afortunadamente los tenía. Aquél era un pueblo en el que la gente debía estar preparada para trabajar duro. Lo ideal sería también hacerse con una pequeña mochila en la que pudiese llevar la ropa de cambio para no ser sorprendido por nadie vistiendo de tal forma y, una vez habiendo llegado a la habitación, poder cambiarse haciendo la misma operación a la vuelta. No sabía cuántas incursiones en aquel peligroso territorio necesitaría para conseguir su objetivo. Para hacerse con su

mochila sólo tuvo que entrar en una tienda que antiguamente fue de cerámicas, pero que ahora había sufrido una extraña metamorfosis para ser tienda de *souvenirs* en aras de un turismo inexistente. Se puso el abrigo, tenía frío. El siguiente paso serían las herramientas para su plan.

Para ello visitó un viejo taller. No parecía estar muy clara su función a raíz de las muchas que tenía: mecánica de vehículos, albañilería, labores agrícolas... Encontró lo ideal, justo lo que estaba buscando, una pequeña joya en un mar de objetos heteróclitos y obsoletos. Se trataba de una azada plegable con pico y sierra. Era moderna y funcional, demasiado para aquel pueblo. Su longitud (apenas unos 30 centímetros) la hacía ideal para entrar en su mochila. La hoja de pala estaba hecha de acero duro, con lo que podía resistir todos los envites y además disponía de un reborde para entrar en suelos muy sólidos. El asa desatornillable estaba revestida con plástico resistentemente elástico, ergonómico, lo que garantizaba un manejo seguro. Miró la azada como si se tratase de la piedra filosofal, un utensilio universal que, pudiendo regular la junta en la hoja de pala, podría ser usada como pico, pala o sierra. Se podía, para rizar el rizo, elegir ajustes de grado diferentes de la hoja de pala y/o del pico.

Así se podía desmenuzar el suelo con el tacón y aumentar la excavación con la pala. Otra de sus obsesiones, resuelta

por el aparato, era que, tras el trabajo terminado, la azada podía ser desatornillada y guardada en la sencilla, pero funcional mochila.

Aquella minúscula, pero efervescente, empresa de diseño gráfico estaba en el mismo estado en el que se la dejaron Néstor y Julio el día antes de salir de marcha aquella noche. El teléfono no dejaba de sonar, los ordenadores echaban humo, no paraban de entrar y salir clientes... Eso sí, existía una diferencia: Néstor ya no estaba allí.

—Julio, estoy preocupado por Néstor. Créeme, cualquier jefe en mi lugar ya lo habría despedido.

—Voy a ponerme en contacto con él para que sea él quien personalmente se lo explique.

—Vamos a ver. Se ausenta del trabajo varios días y lo único que sé es que usted me cuenta que está llevando a cabo un estudio sobre el perfil del cliente rural como potencial consumidor de páginas web.

—Así me lo ha dicho y no me cabe la menor duda de que...

—Él sabe que si se ha echado novia o simplemente necesita irse por ahí, no tiene más que decírmelo.

—Así es.

En ese momento suena el timbre de la puerta como tantas

otras veces. El desesperado jefe atiende una llamada a su móvil, que rugía de vez en cuando en el bolsillo de su pantalón, mientras Julio fue a abrir la puerta.

—Catalina.

Armada con su arsenal de carpetas y bajo sus intelectuales gafas, aquella muchacha se presentó allí gracias a una tarjeta que le había dejado Néstor y, con los aires de despiste que tanto lo hechizaron, comenzó a mirar a un lado y otro de la pequeña oficina.

Mientras, Néstor saboreaba el momento de entrar en su habitación y poder desplegar sobre la cama su valioso arsenal. Las armas que habrían de llevarlo al cielo. Iba subiendo por las escaleras cuando, de pronto, lo paró Buendía.

—Veo que se queda usted.

—Sí, unos días.

—Ya, unos días. Usted no va a quedarse unos días.

—¿Por qué lo dice?

El anciano se mecía los profundos bigotes y miraba al muchacho con una mezcla de ironía y científico que escruta a

su cobaya.

—¿Qué sentido tiene quedar una noche atrapado por la lluvia, conocer a una chica, que desaparezca la chica y después quedarse unos días?

Néstor palideció. Estaba claro que la inteligencia del líder pseudo anarquista no había desaparecido con los años. Simplemente se había hecho más negra, pesimista, desconfiada y, a la vez, más aguda.

—Usted está atrapado.

—¿Atrapado?

—Sí, por su drama, por su propio sentimiento trágico, por el miedo al paso del tiempo y al olvido.

—Voy a subir a soltar las cosas.

—Suba, suba. Siga dando vueltas a la noria de esta jaula. ¿No se da cuenta de que no va a ninguna parte? ¿De que lleva días saliendo fuera y siempre volviendo aquí? Bienvenido.

Como si no hubiese dicho nada del otro mundo, Buendía mandó a su hija a que enseñase a su consolidado huésped dónde se encontraba la ducha, haciendo otra demostración

de saber leer los pensamientos de éste. Aterrado, Néstor no se atrevió a dejar la mochila en su cuarto, ni tan siquiera cerró las cortinas de la ducha para asegurarse de que Buendía no se hiciese con ella. Tenía miedo de que el viejo hubiera descubierto la oscura finalidad de su permanencia en aquella siniestra venta. Aquella conversación lo había puesto contra la pared, con el alma en un puño. Acorralado. Había escapado con vida pero sentía que debería pasar allí poco tiempo o su vida se convertiría en una asfixiante paranoia. El agua salía a una temperatura altísima, pero Néstor la disfrutó ya que tenía el frío metido en las entrañas. Aquel agua hirviendo no le hizo daño, pero sí lo relajó sobremanera. Hizo salir todo el estrés acumulado.

Ya en su habitación y sentado en su cama, comprobó todos los usos y accesorios de su instrumento. Lo enroscaba y desenroscaba con la precisión y minuciosidad con las que un francotirador trabaja su arma. Lo volvió a introducir en la mochila y se tumbó. No tenía prisa por almorzar. Esta inquietud y el trasiego de los días habían acostumbrado a su estómago a pedir poco, aunque eso le provocase gran cantidad de ardores de estómago y gases que iba sobrellevando. También su cuerpo parecía haberse contagiado del alma del superviviente. Además, sabía que el primer asalto llegaría en la mañana siguiente, cuando María fuese al pueblo a por los alimentos y Buendía se enclaustrara en su despacho, a no ser que ese mismo pensamiento lo hubiera tenido ya Buendía.

Eso le aterró. Con esa posibilidad, su mente entró en un bucle que lo aturdió. Tanto es así que le envolvió un pesado sueño, quizás buscando algo, quizás buscando huir. Soñó con Catalina, con cómo la había perdido. Sólo en sueños podía tener un pensamiento que no fuese esa última habitación.

Soñó con sus lágrimas, cristales rotos que iban desgarrándole la piel hasta morir, morir de pena. Al despertar, no sabía dónde comenzaba la realidad y terminaba el sueño. Pensó que Catalina era la mujer que más lo había querido en toda su vida, pero sin embargo, no sabía si ella había llegado a existir, si había sido producto de su mente delirante y enferma, si la había soñado.

Estaba a oscuras y, como movido por un resorte, se levantó a encender la luz y a desplegar las cortinas y visillos. Entre fantasmas, se le había hecho de noche. Fue hacia el ya famoso espejo.

—Perdóname, entiende que no estoy bien. ¡No estoy bien! —gritó.

Había dormido sin sentir apenas el frío en esa aterida venta en mitad de los montes y con su brazo izquierdo enroscado en la mochila con el utensilio para cavar. Hasta ahí llegaba su obsesión, tal era su paranoia, pero los sueños habían podido con la frialdad del maníaco y ahora deseaba terminar con esto cuanto antes. Planeó que quería tener

esa primera oportunidad en aquella misma noche, cuando todos durmiesen.

Bajó a comer, cosa que hizo absolutamente solo. Era perfectamente consciente de su estado. Pensó que esa soledad tampoco iba a ayudarlo mucho. Incluso llegó a pasar por su cabeza la idea de que el dejarlo solo era una maniobra de Buendía para que fracasase en su objetivo. Una sutil tortura psicológica que tendría como fin debilitarlo, como tantos casos de naufragos que habían terminado creando personas donde sólo había objetos. Tal era el daño que, pensó, podía hacerle la soledad, pero no le importaba. Comió poco, se dejó casi toda la carne en el plato y subió a la habitación. Comprobó que lo tenía todo: el famoso utensilio, el mono de trabajo, la linterna...

Después observó desde su ventana cómo se iban apagando todas las luces de «La *nada*».

—Hasta que no se haya apagado la última, no salgo —se decía.

Una vez apagadas todas, se deslizó por las escaleras, como el espía del cual depende la seguridad de todo su país. Hasta bajó los escalones de puntillas y cuidadoso de no pisar ninguna baldosa quebrada, cosa que por otro lado era muy normal allí.

Llegó al patio y vio que aún salía luz del habitáculo del viejo, pero le daba igual ya que éste nunca abría sus diminutas ventanas. Tenía muy claro que iba a volver a entrar en el mismísimo infierno y así se le presentó cuando, tras forzar aquel vetusto portón, se plantó delante de aquel interminable pasillo.

La habitación presentaba un aspecto algo diferente debido a la pared que se derrumbó y que casi acaba con la vida de Catalina.

«Si viniese Buendía ahora, tengo un lugar por el que escapar», pensó, ya que ese muro, al desprenderse, había dejado vía libre para ir a la habitación contigua.

Comenzó a buscar, como en aquella otra vez, el agujero que ya tendría cavado Buendía, pero no lo encontró. Quizás había sido sepultado por los escombros de aquel derrumbamiento.

«Mis recuerdos están atrapados en el amor», recordó esa frase una y otra vez, mientras su mirada se quedaba clavada en aquel misterioso cuadro.

Empezó a levantar las baldosas. Dejó de buscar el agujero ya hecho pues pensó que no debía de ir tan bien encaminado el viejo cuando aún no había alcanzado el objetivo. Además, éste, supuestamente, no conocía la frase clave. Así que una vez tenía bajo sí el terreno terrizo y sólo

bajo la luz de la linterna, lo que hizo fue humedecerlo con un poco de agua que había sacado de la pila del patio y una vez humedecido comenzó a cavar.

Cada golpe del pico contra la tierra fue un estallido de furia, un grito de dolor. Jamás habían esos brazos roto algo con tanta fuerza. La tierra se resquebrajaba y con ella la tranquilidad de decenas de años, quizás siglos. Llamadas de tierra le salpicaban, pero no le importaba. Seguía explotando todo aquello como si de dinamita se tratase. No había tal, sólo angustia y dolor. Tras la primera capa de tierra rota vino una profundidad menos sólida y tuvo que alternar golpes de pico con estocadas de azada para sacar la tierra acumulada que tendía a volver a su cauce no dejándole ver nada. Entró en un estado de catarsis, en un éxtasis por el dolor. Los movimientos eran desgarradores, como si cada trozo de tierra que estallaba en mil pedazos saliera de su propia piel, como si se tratase de una autodisección para llegar a su alma. Nadie hubiese podido resistir, de haberlos oído, esos alaridos.

En aquel diciembre de pavoroso frío, se quedó completamente desnudo. Se sintió desfigurado por el excesivo esfuerzo físico realizado y fue hacia la habitación en la que había un espejo. Se miró y no se reconoció. El rostro absolutamente desfigurado, los ojos desorbitados como si hubiese visto al demonio, el sudor recorriéndole palmo a palmo todas las esquinas de ese torso desnudo. Se asustó,

pero volvió al agujero que estaba cavando. Siguió golpe tras golpe, grito tras grito.

La furia parecía no tener fin, la rabia poder con todo. Un golpe más, otro más y otro más... en un ritual de dolor y rendición.

Pasaban las horas y de allí sólo salía tierra y más tierra. Aquello tan irracional que le daba tantas fuerzas parecía agotarse. Los gritos fueron sustituidos por gemidos y llantos. Los golpes cada vez eran menos certeros. La mirada cada vez más nublada. Los pulmones cada vez tenían menos aire y el corazón cada vez andaba más deprisa.

Paró. Se puso de rodillas. Bajo él, el agujero, enorme teniendo en cuenta que estaba cavado por una sola persona en un par de horas y con un instrumental a todas luces insuficiente. Sobre él, el cuadro que, a pesar de estar cubierto por capas y capas de polvo, seguía conmoviéndole y aquellas caras inquiriéndole.

Bajó la cabeza, necesitaba descansar. Comenzó a dudar si sería aquél el lugar correcto. Para atajar todas esas dudas habría que levantar toda la habitación y no había tiempo. No obstante, quitó todas las baldosas de la fila que seguía al cuadro por si bajo alguna de ellas notaba síntomas de haber sido levantada con anterioridad. Volvió a cavar y de nuevo cada golpe del pico contra la tierra fue un estallido de furia, un grito de dolor. Otra vez golpe tras golpe, grito tras grito.

Un grito desgarrador pareció ser el final. Totalmente roto por dentro, se fue a por el cuadro.

«¡Mis recuerdos están atrapados en el amor!, ¡mis recuerdos están atrapados en el amor!, ¡mis recuerdos están atrapados en el amooooor!».

Fuera de sí, descolgó el cuadro de la pared. Miró tras de él, por si había algo.

Después lo desmontó de su marco, por si su tía abuela había escogido ese lugar para esconder lo que fuese. No encontró nada. Fruto de su desesperación, arrojó el cuadro contra el suelo.

—¡El amor!

Un débil y tímido primer rayo de luz lo sorprendió llorando, arrodillado en un paisaje dantesco. Había pasado allí más de seis horas. Toda la noche. Como en la peor tragedia, allí estaba él, derrotado, exhausto, mirando una enorme pintura que yacía en el suelo rodeada de tierra y escombros. Una tierra yerma, sólo regada por la incandescente levedad que escapaba de sus lágrimas.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Fulminado por el cansancio, permaneció unas cuantas horas tumbado en el maremagno de escombros. Bocabajo, sin apenas respirar. Una fina capa de polvo lo había cubierto como si, en lugar de horas, llevase siglos en aquel lugar. En un momento la solemne atmósfera de silencio de aquel sitio fue ultrajada por unos pasos secos y roncós, pero contundentes. Néstor, aún tumbado, sólo fue capaz de abrir un ojo por un instante, mas al intuir que aquellos pasos estaban cada vez más cerca, se incorporó, presa del pánico, y se deslizó hacia el agujero en la pared que daba a la habitación contigua y que había pensado previendo una huida.

Tras esos débiles y enfermizos muros contuvo la respiración. Un sudor frío paralizó las ansias por girar su rostro y descubrir al dueño de esas pisadas, aunque lo imaginaba. El aire era tan denso allí que apenas se podía respirar y cada latido resonaba y hería los oídos como cuchillos. Sólo décadas de abandono podían crear un lugar así. Cerró los ojos. Permaneció inmóvil. Tan sólo el instinto de sobrevivir podía hacer a un hombre desaparecer así, mimetizado con el entorno, casi muerto.

Cuando las pisadas dieron paso al rechinar de la pesada puerta no pudo más y miró, era inevitable. Ambrosio Buendía, armado con su carpetovetónico pico, hacía acto de presencia en la maltrecha habitación o en lo que quedaba de ella.

Posó su mirada en su reloj y, efectivamente, descubrió que se había quedado dormido y que aquélla era la hora en la que la hija del viejo iba al pueblo a proveerse de víveres, mientras éste aprovechaba la coyuntura para sus escaramuzas. Entonces, por fin, se dijo, descubriría el lugar en el que Buendía cavaba para encontrar los recuerdos de su tía abuela Estrella.

Mientras, en el centro de la ciudad, en una fría notaría, un grupo de personas esperaban en metálicas e incómodas sillas. Era un ritual repetido tantas veces en aquellos lares. Una nerviosa secretaria recorría una y otra vez el pasillo. Parecía que, sin embargo, aquella mañana algo hacía que

las sensaciones no fuesen las mismas que en tantas otras. Todos estaban incómodos. No entendían por qué se estaba retrasando tanto todo.

—Vamos. Es por aquí.

—¿Estás segura?

Catalina y Julio subían unas estrechas escaleras de un gris edificio de oficinas. Cuando al fin llegaron, les abrió la secretaria, pero allí ya no había nadie. Catalina preguntó a la joven muchacha.

—Oiga... Es aquí la lectura del testamento de Estrella Rodríguez. ¿Verdad?

Buendía caminaba entre escombros como un reptil. Sus pasos eran lentos y muy cuidados. Néstor se desesperaba. Cada cierto tiempo giraba su rostro para ver si había alguna novedad. Sintió la angustia. Por un lado quería respirar, pero el aire estaba demasiado viciado por la humedad y la degradación, por otro quería mantener ese ritmo pausado de exhalaciones para no ser oído por el viejo. De repente, algo le sobresaltó. Toda la pulcritud de la que Buendía había hecho gala hasta ese momento se dinamitó al primer golpe del pico contra la tierra. La pared sobre la que Néstor se posaba tembló. Mantuvo la compostura. La blanca cal dejó en su mejilla una sensación que no podría haber aguantado en otra situación, pero ya daba igual, tenía el frío incrustado

en los huesos, pero no fue el frío lo que, una de las veces que volvió la cara para ver la escena, lo estremeció. Se quedó aún más congelado cuando comprobó cómo tenía en sus manos algo parecido a una carta. No pudo más.

—Don Ambrosio...

—Don Néstor.

—Ese pergamino...

—Por fin nos vemos en la guarida del monstruo. Sabía que no tardaría en aparecer por aquí.

Aquél era un duelo grotesco. Por un lado el viejo, al que parecía no sorprender la presencia del muchacho, y por otro lado éste, tembloroso, nervioso, asustado.

Buendía tenía una pose de indiferencia que helaba aún más el ambiente. Su rizada melena blanca lucía todavía más entre esos siniestros claroscuros. Sus decaídos ojos miraban a Néstor como si se tratase de un elemento más del decrepito paisaje, como si todo aquello hubiese sido vivido por él infinitas veces, como si ya nada pudiera depararle más ninguna sorpresa.

—Déme ese pergamino.

—¿Por qué tendría que hacer eso?

—Porque usted acaba de desenterrar el secreto de mi tía abuela Estrella.

El anciano rompió su pose de frialdad y mostró cierta inquietud al oír esas palabras, mas pronto se recompuso. Dio dos pasos, pero no más. Alargó su huesudo brazo para que Néstor tomara el vetusto pergamino. Con cuidado de no tropezar con los escombros, éste se acercó y comenzó a leerlo.

—Este sitio no cuestiona cicatrices. Es posible escapar, Dios mío, es posible...

—¿Le suena?

—No puede ser.

Paralizado, a un par de metros de Buendía, Néstor comprobaba una y otra vez cómo aquella carta era la misma que había descubierto en su primera noche en «*La nada*» y que había desaparecido tan sólo una noche después.

—Se lo dije. Ésta es la guarida del monstruo. Todos nosotros guardamos en lo más profundo un lugar en el que ocurren cosas que, de saberlas, nos aterrarían. Todos tenemos un monstruo al que no dejamos salir porque no se ha dejado domar por aquello que llamamos buenos sentimientos, civilización, etcétera. Pues bien joven, las casas sienten, lloran, sufren, se emocionan. Las casas son las

personas que las habitan y las han habitado y, por lo tanto, también tienen guaridas y monstruos. Este lugar no siempre lo fue. Hace más de setenta años Estrella y yo veníamos aquí cuando se descuidaba el dueño de la posada. Nos quedábamos mirando el cuadro. «*El amor*». Ese mismo cuadro que ahora parece en el suelo rodeado de tierra y polvo. Veíamos a los amantes, pero no a los monstruos. Después pensé que si de veras existe la felicidad fue lo que sentimos en ese momento.

—Por eso vino aquí el día que vino a recogerla su hermano.

—Después pasó lo que pasó y el paso del tiempo trajo monstruos a este lugar, trajo monstruos a todas nuestras almas. Usted vio la habitación, vio mi altar de los antepasados... Pasé décadas intentando superar mi horror a la nada. Cada año que pasaba, cada arruga, cada achaque, era una cuchillada que me recordaba que no podía detener el tiempo, que la muerte siempre gana la carrera de fondo.

—Y no hay peor muerte que el olvido.

—Exacto. Yo ya tenía asumido ese destino y me decía: «Ambrosio, si es el destino de todos. Piensa en todos tus antepasados. ¿Por qué vas a ser tú diferente? Soberbio, soberbio, soberbio». Aunque una parte de mí aún lo deseaba, un día me desperté y me dije: «Ambrosio, ya nunca serás inmortal». Entonces apareció usted.

—¿Yo?

—Sí, ha sido el único en décadas que ha prestado atención a mis teorías. Me volvió a plantear cuestiones acerca del sentido de la vida, el olvido, la muerte... y lo más importante es que usted vino con el recuerdo de Estrella. Ella era una persona con tanta luz que, créame, podrá llegar a ser inmortal. Yo estuve tan cerca de contagiarme de esa luz, de formar parte de esa luz, de ser en esa luz... y la perdí. Lo perdí todo, incluida la inmortalidad. Por eso, por que no soportaba la idea de la nada unida a la de que la inmortalidad es posible, decidí enterrar aquí todos sus recuerdos.

—¡Qué!

—Incluidos los que usted descubrió.

—Yo pensé que lo que usted estaba haciendo era desenterrarlos.

—Ja, ja, ja. ¡Siglos! ¡Usted baja al infierno y pretende encontrar a Dios!

Aquellas carcajadas resonaron macabras como alaridos. Muy pronto, se mezclaron con una extraña vibración del techo. Aquella habitación comenzó a vibrar y Néstor ya había tenido antes aquella sensación.

—¡No! ¡No! ¡No!

Una mole de piedra cayó del techo y acabó fulminantemente, como si de un rayo se tratase, con la vida de Ambrosio Buendía. Néstor comenzó a gritar de pánico y sintió la necesidad de ir a socorrer al cuerpo que yacía en el suelo. Una voz lo detuvo.

—Váyase.

—Doña María, su padre...

Apenas podía articular palabra cuando se encontró tras él a la hija del hombre que acababa de ver morir. Su frialdad lo aterrorizó aún más. Le señaló los muros que seguían moviéndose, la grieta en el techo que seguía agrandándose y vomitando piedra.

—Aún está a tiempo.

Tan sólo sintió ganas de correr. La dejó allí con el cadáver de su padre y huyó. Corrió con una velocidad que jamás hubiera imaginado. Dejaba atrás a alguien sepultado por sus propios monstruos. Dejaba atrás el legado de su tía que él enterró y que, tras morir el último conocedor del secreto, ya no podría salir a la luz. Dejaba atrás un mundo que lo había tenido cautivado varios días y que ahora le espantaba. La silueta del caserón iba quedándose más atrás, cada vez más atrás y se difuminaba entre los pinos como si jamás hubiese existido, como si todo aquello hubiera sido sólo una pesadilla. Corría sin tan siquiera pensar, presa del terror.

Aquel camino lo conduciría a Málaga, pero tras kilómetros de carreteras que parecían no tener fin. Lloraba y sus lágrimas se unían al sudor y a la fina escarcha que aún dominaba los montes en aquella fría mañana de diciembre.

Mientras, un coche se jugaba la vida en cada curva para ir a su encuentro.

—Sé que le ha pasado algo. Lo presiento.

—Tranquila Catalina. No tardaremos mucho.

—Dios mío, Julio. Cuando vea esto...

Ya no sentía el frío, ya no sentía el miedo, ya no sentía el dolor. Tan sólo era una máquina de correr. Como un auténtico autómatas, sus piernas seguían manteniendo una velocidad endiablada. No veía los pinos, no veía el asfalto, no veía nada. Tan sólo huyendo de uno mismo se puede correr de esa manera.

Cerró los ojos, ya no los necesitaba o eso creía. Su huida trascendió a sus sentidos, a su materia, a su propia imagen corpórea y tras sus párpados caídos pasaron imágenes fugaces como relámpagos. Las risas de aquella primera noche de marcha. la extraña fascinación por las historias de aquel viejo, la emoción del descubrimiento de las cartas de su tía, las ansias por saber más y más, la ternura de la primera vez que cogió de la mano a Catalina, la

desesperación de cavar y cavar y no encontrar nada, la imagen de la muerte real como ella misma frente a sus ojos, esos mismos ojos que permanecían cerrados a cal y canto por una plomiza cerradura de llanto.

De pronto comenzó a escuchar todo aquello que había olvidado en su estancia en ese mundo. Oyó cláxones, sirenas, melodías de móviles, junto a otros sonidos urbanos. Abrió los ojos y tenía a unos metros su soñada calle Victoria, aquélla en la que llevaba viviendo desde niño.

—No puede ser —se dijo, asombrándose de haber llegado ya a su destino, tan pronto. Una enorme alegría le llevó a seguir avanzando por la bulliciosa calle hasta llegar a la zona donde estaba su casa. Miró a un lado y a otro. Vio el trasiego del tráfico, el alboroto de los niños al salir del colegio, la espera de las gentes al cruzar la calle, la mirada cansada de los ancianos, el trabajo monótono de los obreros, el ritmo incesante de los hombres en una vida que se mostraba ante sí a borbotones, fluyendo a raudales, como si doliese la ruptura brutal de su letargo, como si fuese demasiado brusco el cambio de mundo. Se mantuvo en medio de todo eso, como si le fuese ajeno, como si no pudiesen verlo, como si estuviera dentro de una película, como si todo fuese, de un momento a otro, a desaparecer.

Así fue. Desapareció. A medida que su corazón iba dejando su incesante ritmo vio cómo delante de sus ojos iban difuminándose los edificios, cómo los coches y su estrépito

se convertían en sombras para después ser engullidos por el paisaje, cómo las gentes que antes caminaban se paralizaban para poco a poco correr la misma suerte. En pocos segundos el bullicioso espacio urbano que tenía delante se convertía en un camino terrizo sin asfaltar en el que sólo sobresalían paupérrimas casas de una sola planta en las laderas del monte y en el que el único ruido provenía de la melodía de los pájaros y del rugir del viento.

Su primera sensación fue de desorientación. Poco después sintió miedo.

«No puede ser. ¿Dónde estoy?». Tras su primera parálisis comenzó a andar. No paraba de mirar hacia un lado u otro, buscando quizás una referencia, algo que le indicase cuál era el lugar en el que estaba. Sin embargo, todo le parecía familiar, aunque jamás hubiese estado allí.

Observó los montes y fue lo que le delató acerca de su paradero. Aquello le aterró.

«Aquí debería estar mi casa». En su lugar, una vivienda tan humilde que bien podría ser considerada una chabola.

Construida en adobe, aquello no debía tener más de dos habitaciones ni podría resistir demasiadas inclemencias del tiempo. Por suerte, una anciana estaba a un lado de la puerta tejiendo sentada en una silla de esparto. Vestía un severo luto. Incluso un pañuelo negro cubría toda su cabeza

y ocultaba parte de su rostro del que sólo podía vérsese una prominente barbilla.

—Oiga, disculpe. Creo que me he perdido.

La anciana siguió tejiendo y tan sólo alzó la vista para escuchar al muchacho.

—Hijo, tranquilo. ¿Qué te ocurre?

—Aquí debería estar mi casa. Aquí siempre ha habido edificios. No sé por qué, ahora todo es así, tan diferente, tan raro.

La vieja se levantó y cubrió a Néstor con el manto que estaba tejiendo.

—Tranquilo, estás muy cansado y parece que tienes frío. Este manto te vendrá bien. Este manto te hará reponer fuerzas. Está hecho como se ha hecho siempre, como lo hacía mi abuela y la abuela de mi abuela.

—Quiero ir a mi casa.

Néstor miró a su alrededor. Hacía frío, aunque el día era despejado y soleado. En otra de esas infrahumanas casas, un grupo de gitanos encendía una hoguera junto a la puerta. Un escalofrío se había instalado en él al contemplar tanta pobreza y tanta miseria.

—Entra en mi casa.

—No. Tengo que llegar a la mía. Llevo varios días fuera y mis padres estarán preocupados.

—Allá ya no hay más casas, sólo monte y al fondo el mar. Como siempre ha sido.

De pronto Néstor dejó de mirar el horizonte y, cubierto por el grueso manto de lana, se quedó fijamente observando a la señora.

—Oiga, ¿qué día es hoy?

—27 de diciembre.

—¿Y el año?

La vieja se puso en pie y se acercó al joven que, ante su menuda pero inquietante presencia, retrocedió.

—Hoy es 27 de diciembre del año de nuestro Señor de 1825.

Néstor, abrumado por todo aquello, sintió el impulso de desmayarse.

—¿Por qué te importa tanto el tiempo? ¿Acaso no crees en la inmortalidad? ¿Acaso no crees en el ciclo de los seres libres e inmortales?

No podía parar de temblar. Al borde de la crisis de nerviosismo, sólo pudo articular unas sencillas palabras.

—¿Tita Estrella?

—No. Yo soy tu tatarabuela.

—¿Mi tatarabuela? ¿La abuela de mi abuela?

—Soy tu tatarabuela o la tatarabuela de tu tatarabuela. ¿Qué más da? Poco importa eso en el lugar al que vas a ir.

De repente una brillante luz que salió de detrás de la anciana lo cegó. Una luz blanca, pero tan cálida que muy pronto dejó de sentirse incomodo.

—Oiga. Estoy muerto. ¿Verdad?

La anciana lo miró fijamente sin decirle una palabra. La luz que le seguía se hacía cada vez más luminosa.

—Esa luz es la que se ve justo antes de ir al cielo. ¿Verdad?

—Al cielo sí, pero al cielo de los seres libres e inmortales. — Pero si yo... Yo no conseguí rescatar el legado de mi tía. De pronto la anciana comenzó a sufrir una transformación. Sus ropajes, su rostro, su cuerpo, cambiaron de forma vertiginosa hasta convertirse en una imagen especular del propio Néstor.

—Tú eres yo.

Un Néstor vestido de un blanco tan luminoso que se confundía con la luz que tenía detrás abrió los brazos y de él fueron apareciendo poco a poco personas. Todos los antepasados más cercanos de Néstor, comenzando por los más antiguos y terminando por los más modernos.

—Es mi bisabuelo Néstor. Me llamo así por él. Tan sólo lo conocía por unas fotos. Él, por su trabajo de comerciante, fue quien trajo a mi familia a Málaga.

Néstor miraba a su otro yo y le iba relatando emocionado las historias de todas esas gentes. Gentes que, en su mayoría, él no había conocido.

—Y mi tío abuelo es aquel señor de la pipa. Mi padre me contaba muchas historias de sus viajes. Murió cuando apenas tenía dos años.

—¿Y esta señora?

—Es mi abuela, la madre de mi madre, nunca la conocí ya que murió mucho antes de que yo naciera. Y aquél que aparece tras ella es mi tío, el hermano de mi padre, que murió en un accidente de moto cuando apenas tenía seis años... Oiga. ¿Por qué salen todos de usted?

Aquel ser nebuloso sonrió y bajó su mirada. Muy pronto aquel lugar se fue llenando de una multitud que salía de dentro de aquel Néstor evanescente. De repente, este ser

volvió a transformarse y esta vez lo hizo en el antepasado que él más estaba esperando: su tía abuela Estrella. A pesar de encontrarse en un profundo trance, el ser comenzó a hablar:

—Tú eres todos los antepasados que has tenido.

Sin ellos nunca hubieras existido.

Eres los soles que contemplaron.

Sus noches con sus suspiros.

Cada llanto, cada risa, cada estrépito sufrido.

Eres cada muerte y cada nacimiento.

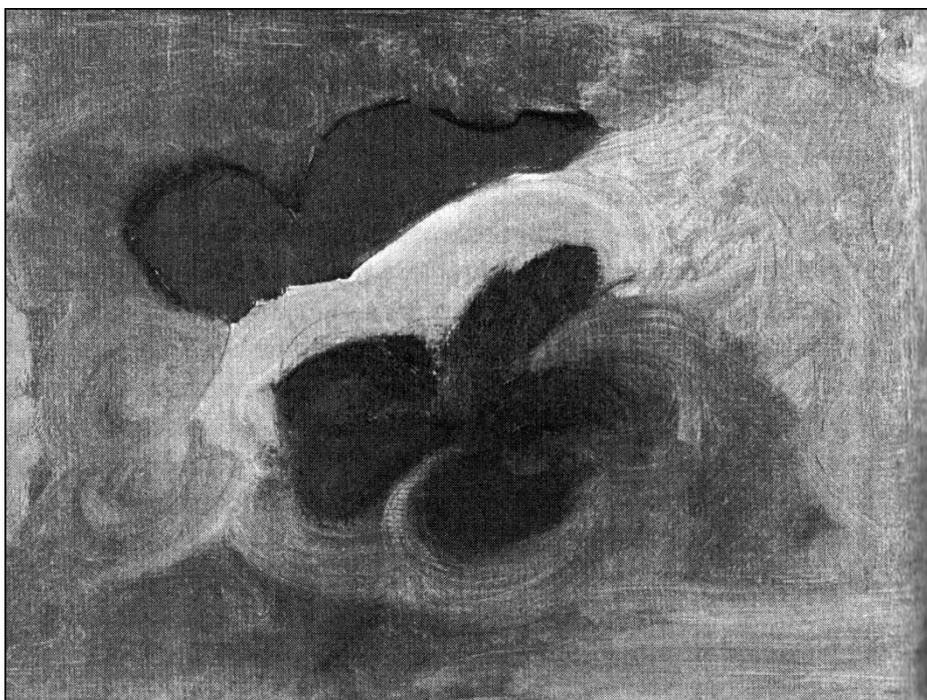
Eres los mares en los que naufragaron.

Toda y cada una de las tierras que conquistaron. Cada encuentro, cada huida, cada amor truncado. Tú eres lo que siglos han hecho que hayas sido. Tú eres, por siempre, tus ancestros.

Sin ni tan siquiera pensarlo, Néstor cedió a su intranquilidad, y embargado por una profunda paz, fue avanzando lentamente, con imperceptibles pero seguros pasos, hasta ser absorbido por esa luz, junto a todos los seres que había visto y hacerse uno con su tía.

La ambulancia llegó con una velocidad de vértigo a esa

carretera perdida de los montes de Málaga. En aquella fría mañana de diciembre, la escarcha aún se deslizaba por las acículas de los pinos mientras que Julio intentaba reanimar a un Néstor que permanecía en el suelo, inmóvil. Catalina, agarrada de su mano, le recitaba llorando de manera dramáticamente desoladora, una y otra vez, un viejo poema de su tía abuela Estrella preguntándose si él, en la paz que transmitían sus huidizos ojos, habría llegado a escucharlo y a entender algo de todas esas palabras.



CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Han pasado veinticinco años desde aquella fría mañana de diciembre. Los pinos se mecen al viento igual que entonces, el sol lo inunda todo de vida igual que entonces. Nada parece haber cambiado en las serpenteantes carreteras de ese minúsculo rincón de los montes de Málaga. Un joven aparca su vehículo. En estas fechas toca ver a la familia, en estas fiestas toca salir de marcha... Todo eso también igual que hace veinticinco años. Nada ha cambiado en el alma de lo cotidiano para mucha gente.

En otras cosas sí se ha dejado sentir el paso del tiempo con sus cambios, con el pasar de la Historia. El joven sale del vehículo, se abrocha su chaqueta de cuero, se ajusta sus guantes y alza la vista. «No ha quedado mal», se dice.

Frente a él, el imponente caserón. La entrada, mucho más acondicionada y limpia, la puerta ya no está obstruida por las ramas de la vieja higuera, un timbre ha sustituido al

vetusto picaporte. Se dispone a tocarlo justo cuando alguien, desde atrás, lo sorprende tapándole los ojos.

—Sé quién eres.

—No me digas. ¿Quién?

—Luisa.

El joven se da la vuelta y se entrega a la muchacha con abrazos y besos.

—¡Qué tarde has llegado! ¡Ahora proyectan la historia de tu familia! —la muchacha le recrimina con ternura.

—Ja. Como si no la conociera.

—Te quiero.

-¿Sí?

—Sí, Néstor. Sí.

Una bella azafata de congresos les abre la puerta. En ella brilla con el sol un logotipo de la universidad de Málaga labrado en plata.

La entrada conserva la estructura que tenía hace veinticinco años. Las ventanas, las vigas de madera en el techo imitan a las que se erigían en aquellos tiempos. No obstante, no son las mismas. Los objetos tampoco lo son, ya

que ahora es un moderno *hall* lo que ocupa esa primera habitación.

—Vamos —la joven lo guía desde la entrada hasta la sala de exposiciones en la que tiene lugar el acto.

—Eres igual que mi madre.

Una marea de intelectuales, literatos y profesores de universidad, ocupan unas cuatro filas de asientos. El alboroto inicial apenas deja oír los primeros minutos de la proyección. Todos ellos aún intercambian impresiones, chismes o simples curiosidades acerca del evento y del lugar en el que se celebra. Poco a poco se va haciendo el silencio. Los jóvenes, con disimulo, sin que nadie se percate de su presencia, se sientan en la última fila.

—¿Sabes qué fue antes esta sala?

—Sí, una cuadra.

—Sí, pero no una cuadra cualquiera.

—¿Ah no?

—Luego te lo cuento.

Una voz en *off* va repasando los primeros momentos de la utopía de Ancestra. Los comienzos de Ambrosio Buendía y Estrella Rodríguez, la labor desarrollada en los años treinta

del pasado siglo en el pueblo, sus ilusiones, sus teorías, la tragedia de la guerra y la ruptura de ambos, el ostracismo posterior. Mientas, una serie de imágenes va ilustrando el contenido. Van pasando una por una. Son rostros de aquellas gentes, paisajes del pueblo, calles, plazas, fotografías, todas ellas muy antiguas y sacadas del archivo del pueblo que, minuciosamente, fueron recopilando Estrella e Inés antes del desastre.

Una música de fondo envuelve la sala de melancolía, de nostalgia, pero al mismo tiempo de una gran dulzura. Las luces apagadas contribuyen a crear cada vez más una conmovedora atmósfera.

—¿Sabes qué viene ahora? ¿No? —la muchacha lo mira, partícipe de dicha atmósfera.

—Claro, Luisa. Claro que sé lo que viene.

En ese momento, en la pantalla aparece un rostro prácticamente idéntico al del muchacho. Cara a cara, como si de dos imágenes especulares se tratara, los dos rostros se enfrentan.

—Mi padre.

Pasado y presente chocando en un encuentro brutal. Las dos caras de una misma moneda de relatividad.

La llegada a la venta «*La nada*» de Néstor Pérez, el contacto con Buendía, el descubrimiento de los manuscritos de Estrella, las investigaciones en el pueblo, su encuentro con Catalina Jiménez... Todo eso pasa a modo de relámpagos, de estallidos de mundos y tiempos, tan sólo unos segundos después de exponerse el tan remoto pasado de la generación anterior. La voz en *off* iba desgranando las claves:

«El día en el que Néstor Pérez buscaba infructuosamente el legado de su tía abuela Estrella en la venta «La nada», Catalina Jiménez asistía a la lectura de su testamento. En él se hacía especial mención al legado íntimo de la fallecida. La voluntad de ésta era que dicho legado llegara a formar parte del archivo de este municipio junto con los otros legados de la gente del pueblo. La guardiana de la memoria se haría, a su muerte, una más.»

Se trataba de un pequeño cofre en cuyo interior había un poema. En él, Rodríguez exponía, de una manera clara y concisa, todo su pensamiento».

La sala estaba absolutamente en silencio, el auditorio absorto. El muchacho, atento a una historia contada tantas veces por su madre. De repente, todo ese silencio fue inundándose poco a poco con el poema que Catalina, agitada, leyó a Néstor cuando lo encontró tumbado en aquella carretera de los montes.

El rostro de Estrella aparece en la proyección. Una voz de mujer repite, al final de éste, una frase:

«Tú eres, por siempre, tus ancestros».

«Tú eres, por siempre, tus ancestros».

La voz en *off*, tras el éxtasis provocado por el poema, retoma la narración.

«Dicho poema fue escrito por Rodríguez en el momento de mayor dramatismo, aquél en el que, antes de salir del pueblo, vuelve a entrar por última vez a la posada en la que pasó los primeros días de su estancia en éste con Buendía. Más concretamente lo ideó en una habitación que le había proporcionado gratos momentos, la habitación estaba presidida por «El amor», una copia de la obra de Klimt. El título de la representación pictórica le evocó la reflexión de que la ruptura con Buendía y el dolor provocado por la pérdida de éste hubiesen ocasionado que su legado no se hubiera quedado junto a los de los demás. Esto le provocó una gran angustia vital, de ahí que, como ella bien dijo en una de sus correspondencias, sus recuerdos estaban atrapados en el amor».

—Hasta hoy, Néstor.

—¿Hasta hoy?

—Hoy el legado de tu tía bisabuela Estrella ya es uno más en...

—En el cielo de los seres libres e inmortales, Luisa.

—No, si a ti en el fondo todo esto te interesa.

—Calla, que continúa.

«Hoy, la universidad de Málaga, a través de la facultad de Filosofía y Letras y del grupo de investigación Utopías del primer tercio del siglo XX en Málaga del departamento de Historia Moderna, tiene el privilegio de inaugurar este baluarte de la cultura...».

—Como siempre, los políticos echándose flores.

—Ya. Todo el mundo sabe que fue tu madre la que luchó por conseguir la subvención para que se rehabilitara el viejo caserón en ruinas.

—Y hasta que no ganó la cátedra no hubo manera.

—Debería ser ella la que tuviese el protagonismo.

—Como bien dice ella: «todos somos política».

—Claro.

—Bueno, al menos ahora hablan mediante voz en *off*. Cuenta mi madre que antes los políticos salían y hablaban en vivo.

—Qué horror.

«El Ateneo que Estrella Rodríguez tantas veces deseó: Ancestra».

La habitación que antes había sido la cuadra en la que Néstor cenó en su primera noche en *«La nada»* era ahora un hervidero de intelectuales y profesores de universidad que intercambiaban impresiones acerca del reportaje. La presencia de los jóvenes siguió pasando desapercibida.

—¿Dónde estará mi madre?

—Parece que no la conoces. Estará arriba, en su despacho.

—Debería ser un día muy importante para ella.

—Nunca le gustó la pompa y el boato.

—Sí, es muy tímida.

—En el tiempo que llevo en el departamento, creo que nunca ha asistido a ningún acto.

—Tendría que quitarse sus vaqueros y sus gafas esféricas.

—Ven, que te voy a enseñar más cosas del proyecto.

La chica lo cogió de la mano y lo llevó por otras habitaciones convertidas en salas de un gran museo. Custodiadas por vigilantes de seguridad, estas salas contenían una serie de urnas con objetos, también en la pared colgaban enmarcadas viejas fotografías y en las esquinas, a modo de adornos, aunque en realidad no lo eran, juegos para la montura de las bestias.

—Mira Néstor, una muñeca de trapo.

—Sí, es muy antigua.

—Fíjate, un reloj de mano.

—Debe tener siglos.

—Incluso un mechón de pelo.

—Impresionante.

—Néstor, ¿no te llama algo la atención de todos estos objetos?

—¿A qué te refieres?

—Ves que cada en uno de los objetos se indica el nombre del dueño o al menos el de la familia a la que perteneció.

—¿Cómo fue posible si dices que mi madre los encontró

apilados en cajas?

—Cuando ella y su grupo de investigación empezaron a mover todo esto, se organizó un gran revuelo. Los descendientes de todas estas gentes apenas recordaban cómo de niños sus abuelos les habían referido algo de todo esto.

—Tu grupo comenzó a preguntar...

—Bueno, yo aún no había ni empezado la tesis. A tu madre comenzaron a acercársele gentes que le preguntaban si tal o cual objeto que había encontrado correspondía a su abuelo, a su abuela o a cualquiera de sus antepasados.

—Y ella no lo sabía.

—Claro, estaban sin identificar. Sin embargo, fue tal la catarsis de recuerdos que se ocasionó en el pueblo, que algunos pudieron ser identificados. La gente en sus casas volvió a recordar a personas que creía olvidadas, volvió a recordar a sus ancestros.

—Tuvo que ser muy emotivo.

—Claro. Tu madre tenía especial interés en identificar a todos esos objetos.

—¿Y eso?

—No sé.

—Tuvo que ser agotador para ella.

—Además de su trabajo tenía que sacarte a ti adelante, con que sí, un poco agotador sí sería.

—Me estás llamando difícil.

—Ja. La cara que tuvo que poner la pobrecilla cuando supo que esperaba un hijo... Tenía que haber aparecido en el documental.

—Vamos a seguir viendo, que ya mismo viene todo el pelotón.

—No creo, están en el *hall* picando algo.

—Anda, revistas.

—Sí, de grupos anarco individualistas.

—Observa, en ésa de ahí escribe un tío que firma como nihilista sexual.

—Siempre pensando en lo mismo. Mira qué fotos.

—Es una foto de familia.

—Mira a los ancianos, mira a la anciana vestida de riguroso luto que sostiene al bebé.

—¿Todas estas fotos también las sacasteis del archivo?

—No, algunas estaban en la casa. Las tenía el viejo Ambrosio Buendía. No costó ningún trabajo convencer a su hija de que se deshiciera de ellas. Creo que ésta es una de ellas.

—Creo que esa vieja me está sonriendo.

—Tonto.

Algún profesor despistado se acercaba ya por esa sala. La mayoría aún conversaba fuera, pero los más eruditos se iban acercando para observar las pequeñas joyas con más tranquilidad.

—Vamos.

—¿Adonde me llevas?

—Sígueme.

—¿También hay cosas que ver en el patio?

—¡Nada te llama la atención!

—Claro, mira quién está ahí.

—«*El Ancestro*».

—No podía faltar. Por supuesto.

—Es una copia. El original está justo donde lo levantó tu tía bisabuela Estrella, en la misma plaza y en el mismo pueblo.

—Con una manita de restauración por vuestra parte, porque creo que se caía a pedazos.

—Bueno, algo hemos hecho. ¿Sabes? Ahí donde lo ves, en el centro del patio, por lo visto había una fuente rodeada de albercas de forma cuadrada que, en el pasado, debieron servir para que bebieran las bestias.

—Además de buena historiadora, eres una gran guía.

—Dime, ¿no oyes a las bestias? ¿Por qué no cierras los ojos?

—No. Te oigo a ti.

El sol brillaba con tanta fuerza que hacía verdaderamente agradable aquella mañana de diciembre. Los jóvenes, ajenos al alboroto, seguían explorando territorios de ese caserón interminable.

—Vamos.

—Esa escalera de caracol... ¿también estaba allí?

—Es muy similar a la que había entonces. Además, fíjate.

—Un ascensor.

—La *uni*, que siempre piensa en los minusválidos y esas cosas.

—Aquí será *ascenstror*.

—Dios mío. Sube.

La planta de arriba del remodelado edificio albergaba los despachos y oficinas que el grupo de investigación necesitaba para gestionar el ateneo y para seguir investigando la historia de Ancestra y su pueblo. Los amplios ventanales que daban al patio inundaban el pasillo con una penetrante luz.

—Cuentan que aquí estaban las habitaciones de la vieja venta «*La nada*».

—Pues ahora fíjate lo que hay.

—El despacho de tu madre.

—Vamos a ver qué está haciendo.

—No, estará muy ocupada. Tenemos que entregar mañana unos documentos y ha preferido quedarse preparándolos.

—Bueno, a ella la tengo ya muy vista. ¿Qué más cosas me vas a enseñar?

—Ven.

—¿Y esa frase?

— «Este sitio no cuestiona cicatrices», «confiar es de valientes», «no hay peor muerte que el olvido»... En cada puerta hay inscripciones con frases de la gente del grupo de los guardianes de la memoria.

—¿Aquí trabajas tú?

—Bueno sí, junto a otros compañeros del departamento. Entra, fíjate qué vistas tengo. Qué pena que no se pueda ver el pueblo. Los árboles apenas dejan ver más allá de la primera fila de pinos.

—¿Qué fue antes?

—No lo sé. Nunca me lo han dicho, pero tengo la sensación de que aquí ocurrieron cosas importantes.

—Que tú estás haciendo la tesis. ¿Hay algo más importante?

Él la abrazó desde atrás, mientras perdían sus miradas más allá del bosque o más allá, quién sabe, de sí mismos.

—Vamos, hay un último lugar que quiero enseñarte.

—¿No te estarán buscando los de tu departamento?

—No te preocupes.

Los dos bajaron por las mismas escaleras del patio y llegaron a la puerta del pasillo moderno e iluminado que, en época del viejo, aterrizzaba. Luisa se sacó una llave.

—En estas habitaciones hay proyectadas más salas para el futuro.

—Ya sé lo que me vas a enseñar.

Llegaron a la última habitación. Una recreación de cómo debió ser en época de Estrella y Ambrosio. Cómo no, presidiéndolo todo el enorme cuadro de Klimt: «El amor».

—Esta sala parece más antigua.

—Había una teoría que decía que para vencer al paso del tiempo y al olvido bastaba con encerrar al tiempo en un lugar, como si de una caja se tratase. Después, bastaría con entrar en ese lugar y encontrar las cosas tal y como fueron en el pasado. Son las cajas de tiempo.

—Así que esto es una caja de tiempo.

—Pues sí. Además fue la habitación en la que tu padre buscaba el legado de Estrella y donde murió Buendía, aplastado por un pedazo de techo.

—Tuvo un mal día.

—Lo siento, Néstor. Tengo que suplir a un compañero en la inauguración.

—Vas a tener que aguantar a esos académicos, con lo aburridos que son.

—Pues sí.

La misma azafata volvió a abrirles la puerta. Afuera esperaba el vehículo estacionado del muchacho.

—Ten cuidado esta noche.

—Luisa, simplemente saldré con unos amigos a la cena de Navidad y después iremos de marcha.

—¿Adonde?

—A Puerto Marina.

—Llámame mañana.

Bajo los pinos, dos sombras minúsculas. Un par de seres que piensan, sienten, aman, luchan, dudan. Como todo lo que dejan atrás, como los mundos de los que les precedieron, como las almas que los han hecho posibles, como las almas que pensaron, sintieron, lucharon y dudaron antes que ellos. Una nube esconde el sol bajo miradas eternas. Eternas sí, porque así miraron sus abuelos, los abuelos de sus abuelos y sus antepasados todos.



ACERCA DEL AUTOR

ENRIQUE BALLESTEROS FERNÁNDEZ (Málaga, 1981) es Licenciado en Biología por la Universidad de Málaga. Como biólogo dedica su carrera a divulgar las maravillas de la naturaleza, sobre todo de los espacios naturales andaluces, con apariciones en diversos formatos como televisión, radio, prensa o Internet.

Su otra gran pasión es la creación literaria. Desde hace más de 15 años no ha parado de escribir relatos cortos, ensayos, canciones y poemas, pero es ahora cuando está ante su proyecto más ambicioso con *Ancestra*, la primera incursión de este autor en el mundo de la novela.